

Ga
se

Querido Nadie:
Estoy embarazada, ¿qué hago?

Berlie Doherty



Helen es una estudiante de dieciocho años que se enfrenta con su novio, Chris, a un embarazo no deseado. Para encarar la soledad con la que vive su problema, escribe cartas a su futuro hijo, a quien llama Querido Nadie. Tras sopesar varias alternativas, Helen elige un camino nada fácil: quedarse con el niño. Además de su embarazo, tendrá que enfrentarse a problemas con sus padres, que aceptan difícilmente su relación con Chris, su vida de estudiante y su futuro profesional.



Berlie Doherty

Querido nadie

Gran angular - 138

ePub r1.1

Titivillus 12.01.2020

Título original: *Dear Nobody*
Berlie Doherty, 1992
Traducción: Amalia Bermejo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Mientras escribía este libro hablé con muchos jóvenes. Querido Nadie
es para todos ellos.

Es posible que todos deseemos cruzar el horizonte, entrar en el espacio quizá, llegar a un territorio desconocido y, allí, encontrarnos a nosotros mismos. Este libro es una especie de viaje, pero todavía no sé dónde va a terminar.

Todo empezó en enero. Era una tarde oscura y caía agua nieve. Curioso, no hace mucho tiempo. Entonces, yo era sólo un crío. Hoy, 2 de octubre, empiezo a escribir y es como abrir una puerta al pasado. Esa puerta me lleva a una habitación de mi propia casa, en una calle cercana al centro de la ciudad. Desde la ventana se ven las luces de miles de casas que salpican las colinas y valles de los alrededores de Sheffield. Es mi dormitorio, lleno de trastos. Mi tren miniatura empaquetado en cajas debajo de la cama, mis posters y fotografías en las paredes, como tristes banderines de mi niñez. Al abrir las puertas de mi armario sólo aparecen unas cuantas camisetas, un jersey demasiado estrecho y mis viejos chandals. Ya parece la habitación de otro.

Había terminado de llenar mi mochila, para irme el día siguiente a Newcastle. La había bajado y la había dejado en el vestíbulo. Me sentía inquieto; era muy pronto para irme a la cama, pero no me quedaba ningún quehacer con que llenar el vacío entre aquel día y el siguiente, entre mi vida pasada y mi futuro. En cierto modo me daba miedo dejar atrás todo aquello, saber que nada volvería a ser lo mismo. Me resultaba odiosa la idea de decir adiós. Habría sido mucho más fácil irme entonces mismo, simplemente atravesar la puerta de mi habitación y encontrarme en un cuarto de estudiante, con mis posters en las paredes y mi guitarra al lado de la cama.

Hacia las ocho, mi padre subió las escaleras con un paquete para mí. Se paró en la puerta y miró la habitación, con sus cajones abiertos y vacíos.

—¿Todo preparado ya, Chris? —dijo.

Lo más odioso era tener que despedirme de papá.

—Parece que vas a tener que abrirlo todo otra vez. Has recibido un regalo de despedida.

Me rozó el hombro al poner el paquete encima de la cama. Yo sabía que también iba a ser difícil para él. Le oí bajar las escaleras apoyándose un poco en la barandilla, por la pequeña cojera que tenía, y haciendo crujir con la mano los barrotes de madera cada vez que bajaba un peldaño. Cuando miré el paquete reconocí enseguida la letra. Era de Helen. Recordé la última vez que nos vimos; la expresión de su rostro entonces, mi sufrimiento. Abrí el paquete y lo vacié encima de la cama. Sólo había un montón de cartas. Las cogí una por una, sin entender qué significaba aquello. Todas empezaban igual: Querido Nadie. Me senté y una creciente sensación de angustia se apoderó de mí. Ella y yo fuimos una vez las personas más importantes de nuestro mundo. ¿Y yo me había convertido en esto para ella? ¿Nadie? Empecé a leerlas por orden, intentando encontrar sentido a lo que decían. Me hicieron retroceder a enero. Como ya he dicho, fue entonces cuando realmente empezó este viaje.

Enero

El pasado enero. Uno de esos días que nunca llegan a empezar, porque la luz apenas consigue abrirse paso, y a media tarde avanza la noche para, una vez más, acallar la vida en el sueño. Yo estaba en casa de Helen; estábamos solos y juntos. Recostados en el sofá, tan comfortable, leíamos, oíamos música, nos besábamos... Helen dijo que quería subir, separó sus dedos de mi mano y me sonrió desde arriba. Yo no quería que se apartase de mí ni un segundo. La seguí y puse en su habitación una música muy suave. De las paredes colgaban pañuelos de seda muy finos, azules y verdes, que se agitaban con la más ligera corriente de aire, como si fueran pájaros a la deriva. Puede que fuera por la música elegida, por la extraña y débil luz de la habitación, con las cortinas aún descorridas y esas largas alas ondulantes de seda apolillada, o por la forma en que ella me miró, sonriendo interrogante al acercarse a mí, no sé. Quizá fue porque algo de lo que nunca nos atrevimos a hablar había estado apoderándose de nosotros durante semanas, nos tomó por sorpresa y nos asaltó. Lo cierto es que no fue calculado, de eso estoy seguro. Ninguno de los dos sabía que sucedería. Pero aquella tarde de enero, con la casa vacía y la pálida luz acuosa de la luna dando un tono fantasmal a la habitación, mientras nuestra música favorita seguía sonando, Helen y yo nos acariciamos como nunca hasta entonces e hicimos el amor.

Después, para mí fue imposible mirarla sin sonreír. Su padre y su madre volvieron de la compra discutiendo quién de ellos era el culpable de haber olvidado comprar algo para la cena, y cuando Robbie llegó a casa mojado y hambriento, le regañaron por volver tarde. Helen y yo estábamos en la cocina, tomando café cogidos de la mano.

—Me pregunto si saben hablar —le susurré a Helen.

Ella miró a otro lado con una chispa de risa en los ojos y se levantó para ayudar a su madre a descargar detergentes y zumo de pomelo no azucarado. Yo la observaba mientras colocaba cosas en un armario debajo de la pila. Podía verla reflejada en la ventana, dos Helen que se juntaban y separaban cuando se movía hacia atrás o hacia delante, de la mesa al fregadero. Yo quería que se diese la vuelta y me sonriera. Sabía que yo la estaba mirando, lo mismo que yo sabía que estaba en medio de sus pensamientos. Mientras la miraba me di cuenta de que el centro de mi vida había cambiado. Durante años lo había ocupado mi padre. Ahora era como si él se hubiera alejado, con ese gesto pensativo, tan suyo, con la mano rozando la boca, recordando algo que tenía que hacer, y Helen, sonriente, hubiera ocupado su lugar.

—Me estoy muriendo de hambre —dijo Robbie—. ¿Qué vamos a comer con el té?

—Nada —dijo secamente la señora Gartone—. Lo único que le interesaba comprar a tu padre eran botellas de Newcastle Brown para el ensayo con su dichosa

orquesta.

—Papel higiénico —dijo Robbie vaciando una de las bolsas—. Lejía. ¡Limpiacristales! ¡Yo tengo hambre!

—¿Has escrito la carta, Helen? —preguntó de repente el señor Garton.

Helen se sonrojó y se tapó la boca con la mano.

—¡Oh, no! ¡Lo he olvidado!

—¡Lo has olvidado! —levantó con disgusto su tono de voz—. ¡Lo has olvidado!

—¿Qué ha olvidado ahora? —preguntó la señora Garton.

—Sólo el asunto más importante de su vida —dijo el señor Garton—. Su aceptación. ¿Cómo demonios has podido olvidarlo, Helen?

Helen me miró rápidamente, con un asomo de acusación, y enseguida desvió la mirada.

—Lo haré ahora —dijo—. Todavía hay tiempo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Lo único que sabía era que el padre de Helen se había enfadado, que estaba visiblemente decepcionado de ella y que, por alguna razón, eso era culpa mía.

—Casi nada —dijo el señor Garton con voz ronca—. La niña recibe una oferta del Real Colegio de Música para estudiar composición y se olvida de contestar aceptando. Eso es todo.

—He dicho que lo haré ahora —le dijo Helen, casi llorando—. Tengo tiempo hasta mañana, papá.

—Será mejor que me vaya —dije yo.

—Creo que sí —dijo su madre cruzando los brazos y mirándonos a Helen y a mí.

Helen me acompañó hasta la puerta.

—Lo siento, Helen —murmuré.

—Está bien —dijo—. Lo que pasa es que significa mucho para papá. Casi más que para mí.

La abracé. En octubre, nuestros caminos se separarían: yo iría a Newcastle; ella, a Mánchester. Pero octubre estaba muy lejos todavía.

—Está lloviendo —dijo Helen—. ¿Quieres un paraguas? Puedo dejarte el amarillo que me regaló la abuela en Navidad. Y puedes quedártelo. Cuando lo llevo parezco un narciso.

—No, me gusta la lluvia —y tuve que aclararme la garganta para añadir—: Te quiero, Helen.

—¡Helen, cierra la puerta! ¡Esto está como una nevera! —gritó su madre.

Helen me empujó y cerró la puerta a su espalda. Levantó los brazos y me los echó alrededor del cuello. Noté el olor de su pelo.

—Quiero que todo suceda otra vez. Ahora —dije.

—Es mejor que te vayas.

—Pero no quiero.

—Podríamos quedarnos aquí fuera toda la noche —sugirió ella—, pero mi pelo se desrizaría y tú me dejarías.

—Me doy por vencido. Te llamaré.

Eché a correr bailando hacia atrás mientras Helen levantaba la mano un momento, enmarcada en la luz de la puerta. Era como si posara para una fotografía. Sigo recordándola así. Después cerró la puerta y todo quedó en la oscuridad. La lluvia se había convertido en agua nieve y caía oblicua ante la luz de las farolas, como largas y afiladas esquirlas de cristal. Me bajé la cremallera de la cazadora y corrí con ella abierta, con la cara levantada, abriendo la boca. De repente sentí deseos de correr por la carretera hasta el parque y quedarme desnudo bajo el agua nieve. Después seguiría corriendo desnudo como un pez por el parque Endcliffe y cruzaría Wiremill Dam y Forge Dam, pasaría por delante de los columpios y toboganes donde jugaban los niños, y seguiría y seguiría hasta llegar a los oscuros pantanos.

«Llevaré a Helen allá arriba», pensé. «Cuando nieve, llevaré a Helen allá arriba, nos echaremos en la nieve y nos daremos calor uno a otro».

Un coche se detuvo a mi lado, salpicándome las piernas. La conductora tocó el claxon, y yo me volví en redondo y me cerré la cazadora. El claxon sonó otra vez y ella se inclinó para abrir la puerta.

—Entra. Estás calado hasta los huesos —dijo.

Yo me agaché, contento de encontrar un sitio seco.

—Se supone que no debo aceptar ayuda de mujeres desconocidas.

—Lo tendría difícil si estuviera pensando en secuestrar a una rata pelada como tú, Chris.

Miró al espejo y volvió a entrar poco a poco en el tráfico. Era hora punta. El agua nieve caía en el parabrisas y difuminaba el resplandor de las luces.

—No deberías desviarte de tu camino —dije.

—Ni en sueños. Llevo en el maletero algo de estiércol para tu padre. Tú puedes cargarlo hasta casa en mi lugar, si te parece. Me ahorraría gasolina.

Apoyé la cabeza en el respaldo y cerré los ojos. Tuve súbitamente el absurdo deseo de ponerme a cantar. Me hubiera gustado contarle todo sobre Helen.

—Creo que podría empezar a llamarte Jill —dije.

—Muy bien. Siempre he odiado eso de «tía». Parece que una tía debe dedicarse a tejer jerséis e invitarte a tomar el té.

—Entonces soy un sobrino desheredado. Sabía que digo no funcionaba en mi vida —bostecé satisfecho—. Estoy cansado, muy cansado.

Me sentía soñoliento y maravillosamente aturdido. Cerré los ojos.

Llamé a Helen en cuanto tuve ocasión. Sólo quería oír su voz. Estaba de pie en el vestíbulo, sonriendo sin decir nada, seguro de que ella también sonreía al otro extremo del teléfono.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—Sonreír.

—Lo sabía.

—¿Y qué estás haciendo tú?

—Sonreír también.

—Helen, necesito el teléfono.

Era su madre. Siempre hacía lo mismo.

—Tengo que colgar, Chris. Te veré mañana.

—Mañana tenemos una excursión a Rotherham.

—¡Rotherham! Nuestro instituto irá a Geneva en el Easter.

—Nosotros vamos a ver *Mucho ruido y pocas nueces* en el Cívico.

—¡Helen!

—Ya voy, mamá. Nos vemos, Chris.

Me quedé escuchando el zumbido del teléfono e imaginé que Helen subía aquellas escaleras verde musgo hasta su habitación, corría las cortinas y quizá se paraba a mirar cómo caía el agua nieve iluminada por las farolas de la calle.

—Eres tan dulce. Tan suave —murmuré al colgar el teléfono.

—Gracias —dijo mi padre, que bajaba las escaleras a mis espaldas—. Creía que no lo habías notado. ¿Qué tal si fregaras los platos, Chris?

Mi hermano estaba en la cocina. Había llenado la pila de espuma y, cuando entré, se puso a lanzarme burbujas. Siempre lo hace.

—Déjalo ya —dije salpicándole también. Cogí un puñado de espuma y se lo eché a Guy en la cabeza cuando se volvió para coger un paño de cocina.

—Tú puedes fregar las sartenes —dijo Guy—. Están todas quemadas y te está bien empleado por pasarte las horas colgado del teléfono.

Siguió dando vueltas por la cocina con aquella pirámide de encaje en la cabeza y, a pesar de la facha, sus gafas reflejaban una clara inteligencia. No sé cómo lo hace.

—Papá —grité—, ¿sabes que la nieve está entrando en la cocina?

—Muy bonito —dijo papá mirando al pasar—. Me gusta el adorno, Guy.

Guy se fue detrás de él con el trapo de cocina al hombro y se miró en el espejo. Hizo una pelota con el trapo y me lo tiró, mientras yo cogía otro puñado de espuma y se lo metía por el cuello. Gritábamos como locos. Él no tiene más que rodillas, codos y barbilla, es como pelearse con un saco de perchas. El gato se zambulló en la gatera, pero al ver el aguanieve volvió a entrar y subió disparado la escalera.

—¡Callad de una vez! —gritó papá—. Estoy harto de aguantar toda mi vida a dos críos de dos años.

Guy me colocó en la barbilla otro puñado de espuma, que se quedó allí colgado, como una barba canosa.

—Muy gracioso, Guy —dejé que el copo siguiera bamboleándose mientras hablaba. Los dos estábamos sin aliento, pero me gusta pelearme con Guy—, aunque yo estoy por encima de esas chiquilladas.

—¿Desde cuándo? —preguntó Guy.

—Eso es asunto mío —dije frotándome la nariz. Hubiera querido guiñar un ojo, pero no sé, tengo que cerrar los dos. Guy hizo el guiño por mí sin entender nada y yo volví a saltar sobre él.

—¡Las sartenes! —gritó papá desde la puerta—. ¡A trabajar!

Solté a Guy y él subió a saltos la escalera para hacer su redacción. También a las sartenes les di una buena paliza. Arriba sonaba el golpeteo de las casetes de Guy; su gusto musical es horrible, tendré que educarle. Terminé con las sartenes y cacerolas, pero dejé la peor en remojo, aunque ya llevaba tres días remojándose, desde mi desastroso guiso de judías al *curry*.

Helen estaría ahora sentada en su habitación, estudiando matemáticas, con los libros esparcidos a su alrededor y la barbilla apoyada en la mano.

Me senté un rato con papá a oír las noticias de las nueve. La habitación olía ligeramente a abono porque Jill y yo habíamos tenido que pasar cargados con las bolsas para dejarlas en el patio. A la hora del té había pensado hablar con papá y, ahora que estábamos solos, no sabía por dónde empezar.

—Sólo hablan de política —dije.

—Debes escucharlo. Te lo pueden preguntar en los exámenes, esto es historia.

Mientras oía las noticias, papá levantaba el labio inferior y se lo acariciaba con las puntas de los dedos. Guy decía que por eso no soportaba él las noticias.

Yo di un gruñido.

—Y está sucediendo ahora. Eso es verdadera historia, Chris.

—Vale, papá. Ya lo oímos todos los días en las clases.

—Eso espero. Es lo único que importa, ¿sabes?, lo que le ocurre a la gente. Recuerda lo que te dice tu padre.

—Voy a subir —dije.

—¿A esta hora?

—Estoy hecho polvo.

No le había preguntado y estaba disgustado conmigo mismo. Es difícil hablar de las cosas que importan, pero no sé por que.

—Tendré que comprarte un lavaplatos —murmuró papá.

Escribí una canción para Helen. Busqué unos acordes en mi guitarra y después lo volví a probar todo en otro tono. Escribí otro verso y lo canté con un pie en la cama, para poder apoyar la guitarra en la rodilla. El último verso era tan bueno que volví a cantarlo, esta vez mucho más alto. Guy tiró un libro contra la pared contigua y el gato salió disparado escaleras abajo, y se lanzó de cabeza a la gatera. Escribí las notas para no olvidarlas, y después puse una casete vacía en mi grabadora y canté desde el principio, acompañándome de un rasgueo suave y sacando unos cuantos bajos con el pulgar. Pensaba que al día siguiente lo grabaría mejor, pero necesitaba una nueva púa. La que tenía era la etiqueta de plástico de un paquete de pan y estaba agrietada. Probé

en otro tono. Todos los acordes de guitarra que conocía me los había enseñado Helen. Yo deseaba despertarme un día y poder tocar como Jimi Hendrix. Decidí que al día siguiente, al ir al instituto, dejaría en el buzón de Helen la casete tal como estaba.

Era casi medianoche. Bajé otra vez las escaleras. Mi padre estaba arrellanado, con los pies en el sofá, viendo una película.

—No deberías ver eso. Es muy violento —le dije.

—Cuando llegan las escenas duras cierro los ojos.

—Papá, ¿qué ocurrió contigo y con mamá? —yo no había pensado siquiera en preguntarle una cosa así en aquel momento.

La mujer de la pantalla sonrió comprensivamente y murmuró algo como si se dirigiera a mí. Al principio pensé que mi padre no me había oído por la forma en que yo lo había dejado caer. Si me hubiera pedido que lo repitiera, no habría sido capaz.

—Ya sabes lo que pasó. Se marchó.

Parecía estar esperando a que la mujer volviera a hablar.

—Quiero decir por qué.

Mi padre me miró severamente, como si fuera a decirme que me ocupara de mis asuntos. Después se incorporó en el sofá hasta quedar sentado, como si hiciera un gran esfuerzo, como si fuera un hombre viejo aquejado de lumbago.

—Encontró a un tipo. Era más joven que yo y tenía más pelo en la cabeza. Además vestía con elegancia y leía muchos libros. Ella decidió que le gustaba más que yo y se fue.

Durante un momento miramos la pantalla. La mujer tenía una cara delgada como la de una serpiente y agitaba la lengua al reírse.

—Se fue sin más —siguió papá en voz baja—. Se marchó. Una noche vine a casa después de hacer un turno; estaba muy cansado, ya sabes. Y la encontré en el vestíbulo, de pie, con el abrigo puesto, y ese fulano estaba con ella —se inclinó para ponerse un zapato—, atándose los cordones de los zapatos, o algo así, para esconder la cara. Y ella me dijo que se marchaba.

—¿Le conocías?

Papá resopló.

—En realidad, sí. No muy bien, claro. Había estado aquí un par de veces.

Los dos mirábamos la televisión. Yo no me atrevía a mirar a mi padre. Era como si no pudiese detenerse, una vez que había empezado. Casi como si estuviese hablando consigo mismo. Con el rabillo del ojo podía verle acariciándose el labio. No me atrevía a moverme. Las voces de la televisión seguían sonando como un murmullo.

—No sospechaba nada. Eso era lo que más odiaba tu madre de mí: decía que no tengo imaginación.

Sonrió un momento, con una risita cáustica. La pareja de la película estaba riñendo ahora. En un primer plano se veía a la mujer llorando.

—¿Son reales esas lágrimas? —dijo mi padre—. Seguro que usan un aceite o cualquier otra cosa. El maquillaje no se estropea y algo tiene que llevar, con todas esas luces.

—Tampoco puede decirse que lleve mucho —respondí yo con una risita nerviosa.

—¡Qué raro! —dijo, papá—. Yo no supe cuánto quería a tu madre hasta que me dijo que me dejaba. Pensarás que debería odiarla, y así fue más tarde. A nadie le gusta ser rechazado, ¿sabes? La odié porque no me quería. Y la odié porque estaba separando a una familia. Yo no quería que sucediera, pero no podía hacer nada por evitarlo. ¿Cuántos años tenías tú entonces?

—Diez. Guy tenía seis.

—Ya ves. Guy lloraba todas las noches llamando a su madre. ¿Qué iba a decirle yo al niño? Y tú preguntabas cada cinco minutos: «¿Dónde está mamá, dónde está mamá?». ¿Cómo podía explicarte yo que no iba a volver? Así que empecé a odiarla, y eso me ayudó. Pero te diré una cosa, Chris, y puede que te sorprenda: yo deseaba que estuviese muerta.

El drama de la pantalla se interrumpió con el ruido de los anuncios. Un grupo de champiñones sonrientes bailaba encima de una mesa antes de lanzarse en picado a un plato de sopa.

Mi padre se inclinó hacia delante, atento a los champiñones. Estaba manipulando la correa del reloj, como si de repente le apretara; tiraba de ella una y otra vez, con tanta fuerza que se arrancaba pelos de la muñeca.

Si hubiera muerto, yo lo habría superado mejor. Hay manera de enfrentarse a la muerte. Hay funerales y flores y llanto. Hubiera sido terrible, pero yo habría sabido con absoluta certeza que se había ido para siempre y que no volvería a verla, y de alguna forma habría continuado con mi vida y con vosotros. Pero mientras alguien está vivo, siempre hay una posibilidad de que regrese y nunca puedes desvincularte por completo. Yo quería que volviese, a pesar de lo mucho que la odiaba por haberse ido.

Yo tenía un nudo en la garganta. Ahora deseaba que mi padre parase, que dejase de hablar. Quería apagar el televisor, pero no me atrevía. Tenía miedo del silencio y de tener que mirarle otra vez y hablar normalmente. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos cerrados. Aun así, veía el baile de luces de la pantalla: un destello y otro y otro. La voz de mi padre seguía lenta y monótona.

Yo solía imaginarla divirtiéndose con ese tipo elegante con todos sus libros. Y sabía que no podía ser feliz, que estaría pasando un infierno. No me digas que una mujer puede dejar a sus hijos y continuar como si nada hubiera ocurrido. Yo creo que tuvo que pasarlo muy mal.

En la pantalla sonaba música de guitarra. El hombre y la mujer paseaban por una playa cogidos de la mano. Puede que fuera Brighton.

—Uno cree que es el único al que le ha sucedido eso, hasta que entra en el bar y habla de ello. Entonces, uno se pregunta: ¿y esto es amor? Yo no sé qué es el amor.

Una trampa para conservar la especie humana, eso es lo que es.

—¿Por qué no volviste a casarte o algo?

—¡Bah! —papá sacudió la mano como si se hubiera quemado los dedos. Apagó bruscamente el televisor cuando la mujer serpiente preparaba los labios para otro beso, y fue a la cocina. Oí que llenaba la tetera.

—¿Un chocolate, Chris?

Yo me acerqué a la cocina. Me apoyé en el quicio de la puerta con las manos en los bolsillos y dije como sin darle importancia:

—Papá, me estaba preguntando si tendrías la dirección de mamá.

Papá cogió dos tazones del aparador. Los había hecho él mismo en el sótano. Un día decidió dejar el trabajo y ganarse la vida como alfarero. Al echar el chocolate derramó un poco y lo limpió con cuidado; después limpió toda la mesa y la tetera antes de contestarme.

—Tendría que tenerla. En alguna parte.

Yo le pasé la botella de leche. El gato se acercó a él sin dejar de mirarle.

—¿Por qué? —preguntó papá. Apartó con cuidado al gato con el pie y dejó la leche en la nevera.

—He pensado que podría ir a verla alguna vez —dije, dando a mi voz un tono de indiferencia y despreocupación—. Buenas noches, papá.

Cogí mi taza y subí las escaleras despacio, bebiendo pequeños sorbos. No hubiese podido decir por qué quería ver a mi madre después de tantos años, pero quizá tenía algo que ver con Helen. Supongo que me habría gustado que mi madre la conociera.

Escuché otra vez la cinta. Helen volvía ahora a llenarme la cabeza hasta rebosar. Me eché en la cama y, pensando en ella, no podía dormirme. Un nuevo verso para la canción empezó a rondarme por la cabeza y decidí bajar las escaleras, prepararme tostadas con mermelada y escribirlo.

Y allí estaba mi padre, sentado todavía en el cuarto de estar. Con un tazón de chocolate frío entre las manos, miraba las líneas que el agua nieve dibujaba al deslizarse por los cristales de la ventana.

Febrero

Si no hubiera sido por lo que había sucedido entre Helen y yo, creo que no me habría atrevido a hacer esas preguntas sobre mi madre. Tenía la sensación de estar asomándome a la puerta de otra habitación dentro de mi vida. Ahora quería saber qué clase de persona era mi madre; aunque me doliera, quería saberlo. Una vez, hacía ya tiempo, ella y mi padre se habían amado, cuando él era un hombre joven y ella una muchacha. Yo sabía que él había nacido en la misma casa donde vivimos y que aquí había cuidado de sus padres hasta que ellos murieron. ¿Qué le habría parecido a mi madre iniciar aquí una nueva vida? Ella era más joven que él, también lo sabía. Quizá la casa estaría para ella llena de fantasmas. Muebles viejos, alfombras descoloridas, fotografías pardas; el sillón del abuelo; el juego de té de la abuela; el juego de cubiertos de madera pulida; el reloj de péndulo. Yo no conocí a mis abuelos, pero su presencia se nota aquí, sin duda. Cuando intentaba imaginar aquí a mi madre, era como si encendiese una vela en un cuarto oscuro y por primera vez notase ciertas cosas que ahora adquirirían un aspecto diferente. En la casa no había huellas de mi madre. Ninguna.

Tardé varios días en escribir una carta para ella. Helen me ayudó. Luego empezamos de nuevo y la volvimos a escribir varias veces.

—¿Estás seguro de que es acertado lo que haces? —me preguntó Helen—. Sabes que no va a volver. Seguro que no, después de tanto tiempo.

Pero yo no quería que volviera. Quería verla otra vez, eso era todo. Me parece que sólo quería creer en ella, no sé como explicarlo. En mis recuerdos, mi madre era alguien que me leía cuentos por la noche y me llevaba de la mano al cruzar la calle. Ahora esa imagen no encajaba en ningún sitio, era como si ya no fuese real.

Llevé la carta en el bolsillo unos cuantos días y, por fin, Helen la echó al buzón de correos. Después de un par de semanas, dejé de esperar respuesta. A fin de cuentas, yo no era nada para mi madre. Era una mota de polvo, y me habían echado de un soplo. Cuando llegó su carta, pasado casi un mes, sólo pensé en enseñársela a Helen. Íbamos a salir juntos aquella tarde, para ver los pantanos en la oscuridad y tomar algo después. Mi carta era un secreto bien guardado en un bolsillo, en espera de ser compartido.

Fue la noche del eclipse total de luna anunciado para las 6,52. Todo resultó decepcionante. El cielo estaba completamente cubierto, lloviznaba y Helen estaba de mal humor.

Habíamos cogido un autobús hasta Fox House, para ver el eclipse lejos de las luces anaranjadas de la ciudad. Recorrimos a pie el camino de los pantanos, por debajo de Stanage Edge. En la oscuridad, las ovejas hacían crujir los helechos empapados.

—No sé en qué dirección hay que mirar —se lamentó Helen.

—Prueba a mirar hacia arriba. A unos doscientos cincuenta mil kilómetros.

La rodeé con un brazo, pero se apartó de mí, tensa. No acostumbra a estar de mal humor.

—Tengo frío y estoy harta, y por esto me he perdido el té.

—Se suponía que tendría el aspecto de un globo de sangre —dije—. Hubiera merecido la pena verlo, ¿no?

—Quizá —dijo ella, y empezó a desandar el camino, tan accidentado y pedregoso que la hacía perder el equilibrio. La oía refunfuñar por lo bajo.

La alcancé, cogí su mano y la albergué en mi bolsillo como un guante.

¿Te imaginas qué será contemplar el amanecer desde aquí? ¿Por qué no lo hacemos una noche?

Al pensarlo me invadió una oleada de calor. Helen se escapó con la cabeza baja, y yo me planté delante de ella para obligarla a pararse muy cerca de mí.

—Podríamos traer una tienda, Helen, y podríamos ver la puesta del y la salida de la luna y las estrellas. Y al día siguiente veríamos el amanecer... Imagínate ver cómo el cielo se tiñe de rosa y dorado...

—Y después llegaríamos a clase muertos de sueño y yo le contaría a mi madre que habíamos perdido el último autobús.

—Podríamos venir en junio. Dormir al aire libre, en los brezos; ni siquiera necesitaríamos la tienda; sólo estaríamos nosotros...

—Y unas cuantas ovejas mordisqueándonos.

—Podríamos venir el día más largo. Hay una cueva debajo de la cresta. Se puede dormir dentro.

—Mientras tanto, vámonos a casa a comer unas judías —Helen me empujó para poder pasar—. Estoy hambrienta, Chris. En este momento me encuentro mal, tengo mucho hambre.

Ya en el autobús, le enseñé la carta. Había estado esperando el momento adecuado para compartirlo con ella, pero ya había renunciado. Me quedé mirándola, con la esperanza de que mostrara algo del entusiasmo que yo había sentido al encontrar la carta en el suelo del vestíbulo aquella mañana. Supe de quién era antes de leer el remite. Creo que hasta reconocí su letra, que es de esas que parecen artísticas a cierta distancia y de cerca no son más que garabatos. Llegó en el momento en que iba a salir para el instituto y la metí rápidamente en el bolsillo, antes de que la viera mi padre. Pasara lo que pasara, yo no quería hacerle daño. La leí en el instituto, entre clase y clase, y como era de esperar, mi compañero Tom me vio leerla y me la quitó. A veces es muy infantil.

—Chris ha recibido una carta de amor —dijo agitando la carta en el aire.

—Piérdete —le dije.

Intentaba provocarme para que me peleara con él. Pero tendría que haberse dado cuenta de que aquello no era para mí una cuestión de broma. En aquel momento le

odié de verdad, no me reí.

—Dámela, Wilson.

—De todas maneras, no puedo leerla.

La dejó caer en el suelo, para que yo la recogiera. Al hacerlo, se arrugó un poco. A decir verdad, yo tampoco podía leerla. Durante todo el día no dejé de echarle miradas furtivas. Realmente, la letra era horrible, y yo tenía que adivinar la mayor parte de las palabras. Intenté recordar cómo era mi madre y no pude. Recordaba un abrigo azul con botones pequeños de terciopelo y su olor a aire frío cuando volvía a casa por la noche.

—¿Quieres ver esto? —pregunté a Helen en el autobús.

Se la pasé con gesto de indiferencia, como si me diera igual que quisiera o no, y esperé para ver cómo cambiaba su expresión. Ella miró la carta y me la devolvió.

—¿Es médico o algo así? No entiendo ni una palabra.

—Dice *Querido Christopher*.

—¡Christopher! Eso es demasiado formal.

Cuando seguí leyendo me temblaba un poco la voz. Me aclaré la garganta y tomé aliento:

Gracias por tu carta, fue una gran sorpresa, me parece que dice eso. Siento no haberte contestado inmediatamente, pero acabo de regresar de los Alpes. No sé si sabes que soy fotógrafo profesional. Estoy haciendo un trabajo para ilustrar un libro de montañismo. Además, escalo, con Don.

Dejé la carta un momento. Me había quedado sin aliento. Respiré profundamente y continué:

Este trabajo es maravilloso y creo que me tendrá ocupada varios meses. Sí, ven a verme. Sería bonito. Con mis mejores deseos, Joan.

—¡Joan!

—¿Qué iba a poner, con todo mi amor, Mamá?

Miré la carta otra vez. Había esperado ansiosamente compartirla con Helen. Había pasado todo el día imaginando el momento de enseñársela.

—¿Qué te parece? —pregunté.

—No me gusta.

Helen me cogió la carta otra vez. Estaba de mal humor.

—Ni siquiera la conoces.

—Para empezar, no me gusta que te llame Christopher. ¿Qué tiene de malo Chris? Christopher es demasiado formal, como si no te hubiera visto en toda su vida. Y al final firma *Joan*.

—Yo pensaba que era genial. Una manera de decir: ahora nuestra relación es diferente, seamos amigos.

—¡Estupendo! —exclamó Helen—. Yo desaparecí durante ocho años, mientras eras un mocoso molesto y, ahora que eres adulto, vamos a ser amigos.

Miré por la ventanilla. Noté que enrojecía y el calor me llegaba al cuello.

—¿Hay algo más que no te guste de ella, ya que has empezado?

—No me gusta que hable todo el rato de que es fotógrafo y alpinista y de que tiene encargos y todo eso.

—No habla todo el rato de eso.

—Suenas presuntuoso. No pregunta nada de ti. Qué notas tienes. Cómo está tu padre. Cómo está Guy. Si tenéis todavía el gato. Lo único que le interesa es ella misma.

Cogí otra vez la carta y la doblé lentamente. Me quedé con ella en las manos, mirando mi reflejo en el cristal y la oscuridad más allá.

—Mi querida señora desdeñosa —murmuré.

—Se cree en la obligación de decirte que no tiene tiempo para verte.

—Está bien, está bien.

—Tú me has preguntado. Sólo te lo he dicho porque me has preguntado.

—Ojalá no te la hubiera enseñado hoy.

Helen me tocó la mano.

—No creo que debas intentar verla, Chris. Te haría sufrir. Lo he pensado desde el principio.

—Es asunto mío, ¿no?

El autobús giró de repente hacia las luces de la ciudad. Yo me levanté.

—Iré contigo.

—No es preciso que vengas.

—Pero voy a ir.

Caminamos en silencio cogidos de la mano. Yo estaba enfadado y preocupado, como si nos halláramos al borde de una pelea. Me hubiera gustado saber qué pasaba por su cabeza. A veces no lograba entenderla. Quizá por eso me apasionaba, pero normalmente no era así. Era como si su entusiasmo habitual la hubiese abandonado. El mes anterior habíamos tenido nuestra primera pelea y tampoco aquello había sido como lo de ahora. La primera pelea fue culpa mía, lo admito. Empezó cuando nos tropezamos con su mejor amiga, Ruthlyn, y al pasar junto a nosotros dijo en voz alta:

—¡Portaos bien esta vez!

—¿A qué se refiere? —pregunté yo.

Ruthlyn es de esas chicas a las que les gusta poner en aprietos a la gente.

—¿Tú qué crees? —bromeó Helen.

—¡No se lo habrás contado!

—Pues claro que sí.

No podía creerlo, la verdad. Me sentí traicionado.

—Pero no todo, ¿verdad?

—Es mi mejor amiga —me dijo Helen, como si eso fuera una explicación.

—¿Qué tiene que ver eso con nosotros?

—Apuesto a que tú se lo has contado a tus amigos. Todos los chicos presumís de lo que hacéis con vuestras amiguitas.

Yo había alardeado a menudo de que casi lo había hecho. Y había llegado a dar la impresión de haber hecho más de lo que en realidad había hecho. Pero no habría podido contar nada sobre aquella tarde especial. Me imaginaba a Tom vociferando en el instituto. Me imaginaba las palabras que habría usado para hablar de nosotros, rebajándonos, degradándolo. No habría podido contarlo. Era demasiado importante para compartirlo.

—Pues te equivocas. Deberías conocerme mejor —dije—. Pero nunca pensé que tú fueras por ahí contándoselo a todos.

—No he dicho que se lo haya contado a todos. He dicho que se lo he contado a mi mejor amiga.

Yo estuve sacándole punta a todo como un perro que busca restos de carne en un hueso, zarandeándolo y royéndolo hasta dejarlo seco e insípido.

—Supongo que también se lo habrás contado a tu madre —dije yo.

—Hablábamos apartados, con las manos en los bolsillos y sin mirarnos uno a otro. Lo único que a mí me importaba era tenerla junto a mí, y no sabía cómo.

—La verdad es que no. No es de esa clase de madres. ¡Ojalá lo fuera! Ya sabes lo difícil que es, Chris. Ruthlyn le cuenta todo a su madre.

—Entonces, también ella lo sabrá ya.

—No, claro que no. ¡Qué necesidad tiene su madre de saber cosas tuyas y mías! Chris...

Helen se paró y me puso la mano en el brazo. Fue como una chispa eléctrica.

—Por favor, no te enfades conmigo.

—Haré lo que me apetezca.

Ahora que había pasado el peligro, empezaba a disfrutar un poco con mi rabieta. No estaba todavía dispuesto a ceder.

—Sabes muy bien que no eres mi dueño por lo que hicimos juntos —dijo Helen, tan suavemente que apenas podía oírla—. Después todo, no tienes ningún derecho sobre mí.

Y esa suavidad fue como una mano helada, me dio la impresión de que ella era mucho más vieja y sabía mucho más que yo. Advertí que, si quería librarme de ella, me dejaría marchar con facilidad. Y ahora parecía que se estaba repitiendo todo, como si estuviéramos pisando un hielo agrietado que amenazase con hacernos caer a cada uno por un lado.

—¿Qué te pasa estos días? —pregunté.

—Nada.

—Parece que yo te altero, por alguna razón.

—No me altera nadie. Pero vete a casa o adónde quieras, Chris. Déjame sola.

Yo me encogí de hombros y caminé con la cabeza alta, silbando como si no me importase.

—No se trata de ti, Chris. Me he levantado con el pie izquierdo. No debería haber salido. Sólo he venido porque habíamos quedado.

Yo quería animarla y que ella me animase a mí. Me hubiera gustado poder empezar la tarde otra vez. La miré y ella miró a otro lado. Las luces le daban un color bronceado y sus ojos brillaban. Habíamos llegado a su calle, de grandes casas levantadas en medio de jardines privados, donde todas las ventanas estaban iluminadas y las cortinas echadas. Pensé en todas las familias, con su particular modo de vida, en todas las casas del mundo, en gentes que se aman y se hacen sufrir unas a otras, en gente que corre cortinas a su alrededor.

Al llegar a su casa, abrió la puerta y yo entré tras ella. La casa olía a pintura. Helen se quitó los zapatos y yo me acordé de limpiar los míos en el felpudo. Nunca lo hago en nuestra casa.

Ted Garton, su padre, estaba solo en la cocina, cantando. Cuando entramos bajó el tono hasta un tímido tarareo, como si estuviese ensayando una nueva melodía.

—¿Cómo va la guitarra, Chris? —siempre decía eso. La verdad es que nunca sabía de qué hablar conmigo. Menos mal que toco la guitarra.

—No va mal. Pero iría mejor si fuese eléctrica.

—¿Cuándo vas a unirte a mi orquesta?

—No sé tocar *jazz*, es muy difícil.

Yo miraba a Helen, que se había quedado junto a la ventana subiéndose el pelo y dejándolo caer otra vez sobre los hombros. La veía reflejada en el cristal. «Está a mil kilómetros de distancia», pensé. «¿Dónde estás, Nell?».

El señor Garton gruñó y se sentó; nos miró a los dos sonriendo, dispuesto a entablar conversación. No dijimos nada. Helen seguía de pie junto a la ventana, ocupada en subirse el pelo una y otra vez, y yo no podía apartar los ojos de ella. Pensaba que si seguía mirándola fijamente haría que se volviera y me mirara. Me sentía desamparado. Ted Garton se aclaró la garganta unas cuantas veces y por fin pareció comprender que estorbaba. Poco después empezó a tararear de nuevo, se fue al cuarto de atrás y se puso a tocar el piano. Al poco rato estaría tan absorto en su música que no habría oído a su mujer si hubiese entrado a quejarse, y los miembros de su orquesta habrían tenido que esperar a que cualquier otro les abriera la puerta, porque él nunca oía el timbre.

—Habla conmigo, Helen —dije.

Me acerqué a ella y di la vuelta a su alrededor, levantándole la barbilla para verle la cara. Cerró los ojos y apretó la boca en una línea dura y firme. Intenté besarla para ablandar esa dureza, pero ella se limitó a bajar la cabeza otra vez. Entonces entró su madre. Antes de apartarme de ella pude verle los ojos y advertí que estaba asustada.

La madre de Helen tenía manchas de pintura en el pelo y en la nariz, en las gafas y en las manos. Llevaba puesta una camisa vieja de su marido. Se dejó caer en una silla de la cocina y se quitó los zapatos. Tenía un agujero en la media y, para esconderlo, dobló el dedo gordo del pie.

—Estoy agotada —dijo—. Pon la tetera, Helen.

—La pondré yo —dije.

Helen continuó mirando a la oscuridad de la calle. Tuve que estrecharme al pasar junto a ella para llegar a la pila.

—Si piensas que hay cena para ti en el horno, te equivocas —dijo la señora Garton—. Esta noche se arregla cada uno como puede. He estado ocupada.

—Yo no quiero nada —dijo Helen.

—Puedo prepararte unas judías, si quieres —me ofrecí yo.

Se encogió de hombros.

—No tengo hambre:

Se sentó frente a su madre y se puso a deshilar las puntas de un mantelillo, hasta que su madre se inclinó por encima de la mesa y se lo quitó.

Yo les puse dos tazas de café y volví al armario a coger otra para mí. Helen apartó la suya.

—¿Qué haces? —preguntó su madre.

—No quiero; no me gusta el café —dijo Helen.

—¡Pero qué dices! —exclamé sorprendido—. ¡Si lo bebes por litros!

—Para empezar, yo no lo he pedido.

—Entonces llévaselo a tu padre —dijo la señora Garton—. Quizá le despierte de su trance antes de que llegue su banda.

Helen suspiró e hizo lo que le mandaban. La señora Garton me miró por encima del borde de su taza. Yo me sentí a disgusto. Era como si estuviese explorando mi mente. Siempre me sentía mal cuando me quedaba a solas con ella.

—¿Ha habido enfado?

—No, que yo sepa.

—Pues parece que lo ha habido, lo sepas o no —dijo—. Yo me enfadaba muchas veces con Ted, y él nunca se daba cuenta —bostezó y continuó—: ¡Hombres!, seres insensibles, eso es lo que sois.

Se volvió en redondo para mirar a Helen, que entraba.

—Creo que no estás bien —dijo—. Tienes los ojos llorosos, puede que estés cogiendo la gripe.

—Puede ser —confirmó Helen—. Me voy a ir pronto a la cama.

—Haces bien —dijo la señora Garton, satisfecha—. Parece que tocan a marcharse, jovencito —añadió dirigiéndose a mí.

Me removí en la silla, molesto.

—En cuanto me termine el café.

Se habían confabulado las dos contra mí.

Fue a la pila, se echó un chorro de lavavajillas en las mallos y se frotó con un estropajo verde.

—Ya has oído a la niña —dijo dándonos la espalda, que se encorvaba vigorosa sobre la pila—: está cansada. Es por el trabajo del instituto. No se puede llevar vida social y sacar buenas notas. No deberías haberle hecho salir en un día como éste, con tanta lluvia. Habría podido ver el eclipse de luna en las noticias. Por Dios, Chris, le quitas demasiado tiempo. Ya tiene bastante quehacer con el instituto.

Yo miré ansiosamente a Helen, pero ella no me ofreció ayuda. Parecía haber vuelto a su silenciosa ensoñación. Las grietas del hielo se habían hecho más profundas, y ella se alejaba de mí flotando muy deprisa sobre las oscuras aguas.

—Es cierto —dije por fin. De repente, todo parecía ir mal. Hasta las manos me resultaban demasiado grandes para los bolsillos—. Bueno, me voy.

Helen me siguió hasta el vestíbulo. La puerta de la cocina estaba abierta, y vi a la señora Garton con la silla ligeramente inclinada hacia atrás, como si tratara de oírnos por encima de la música del piano. Yo me hallaba desolado, como si estuviese viendo a Helen por última vez.

—Sal un minuto —dije.

Cerramos un poco la puerta. Helen levantó los brazos para rodearme el cuello y apoyó la cabeza contra mi pecho. Mi corazón saltaba como un pájaro.

—¿Qué es lo que pasa? —murmuré.

—Nada. Nada, de verdad.

—Has estado muy rara. Ha sido horrible. He llegado a pensar que querías dejarme.

Respiró profundamente. Le acaricié el pelo, un poco reconfortado al sentir su calor tan cerca de mí.

—Si fueras a dejarme, me lo dirías, ¿no? Si hubiera otro, no me lo ocultarías, ¿verdad?

Tenía los labios secos por el nerviosismo.

—No hay ningún otro. No seas tonto, Chris —hablaba tan bajo que apenas podía oírla.

—Entonces, ¿qué es?

Se paró un coche en la calle, y dos hombres se apearon y cerraron las puertas con estrépito. Los dos llevaban cajas de instrumentos.

—No puedo decírtelo —susurró.

—Bien, bien. Eso sí que es un abrazo —dijo uno de ellos, un barbudo grandullón de unos cincuenta años. Al pasar junto a nosotros tuvo que aplastar su tripa de bebedor de cerveza.

—El amor es un sueño de juventud. Esto me hace recuperarla un poco.

Helen volvía a ser dulce y suave entre mis brazos.

—¡No les des la lata! Seguid tranquilos —dijo el otro saludándonos con la mano.

—No importa —murmuré deseando verlos lejos.

—Puede que esté cogiendo la gripe, como dice mi madre —Helen se apartó de mí —. Mañana no iré a clase.

—Pasaré por aquí —dije.

Otro miembro de la orquesta llegó rugiendo con su moto.

—No —dijo Helen—. Nos veremos el miércoles después de clase.

—Faltan años. No puedo esperar tanto —repliqué. Estaba loco, loco por ella.

Quería decirle enseguida cosas que nadie más debía oír, pero su madre se acercó al vestíbulo, con la camisa vieja sobre los hombros. Se apoyó contra la puerta con los brazos cruzados y observó al hombre del ciclomotor. Él colocó el vehículo en su sitio y sacó de la cartera unos palillos de tambor.

—¿Cómo te las arreglas para transportar tu tambor en eso? —preguntó ella.

—Hoy lo he dejado en el coche. Esta noche voy a golpear cacerolas —contestó él —. De todos modos, a los vecinos les va a gustar.

Alice se echó a reír y abrió la puerta para dejarle pasar. Dio un golpecito a Helen en el hombro.

—Pensé que iba usted a acostarse temprano, señorita.

—Hasta el miércoles entonces —dije yo.

Helen me apretó la mano y entró en casa detrás de su madre y del pequeño músico del tambor. Yo me quedé una eternidad mirando la puerta cerrada y las cortinas que se corrían en la habitación donde los hombres empezaban a ensayar y la luz que se encendía arriba, en el cuarto donde Helen dormía. «No me ha mirado ni una sola vez», pensé. «He estado con ella cuatro horas completas y no me ha mirado a la cara una sola vez. ¿Qué pasa, Nell?».

Cuando llegué a casa mi padre estaba en el sótano. Subió limpiándose las manos en el mono de trabajo. Llevaba una jarra que acababa de hacer.

—¿No te parece un bonito diseño, Chris? —preguntó.

Apenas la miré.

—Maravilloso —dije.

Mi padre pareció disgustado.

—No es tan malo. ¿Te preocupa algo?

—No, nada.

Metí las manos, en los bolsillos y encontré la carta de mi madre, ahora fría y desagradable al tacto como un puñado de cubitos de hielo medio deshechos.

—Tengo que hacer una redacción para mañana.

Corrí escaleras arriba y me senté en la cama a releer la carta. Helen tenía razón. Mi madre había tardado cuatro semanas en contestar y ni siquiera preguntaba cómo era yo. Durante ocho años, su único contacto, conmigo habían sido los regalos de cumpleaños y de Navidad, pagados con dinero de la cuenta de mi padre. Y ahora se creía en la obligación de contarme que se hallaba muy ocupada, que su vida estaba llena de éxitos y satisfacciones y que tenía muchas cosas en común con aquel tipo elegante, como si a mí me importase. Ojalá no le hubiera escrito. Era obvio que no

me necesitaba. Había sido una locura pensar en ir a verla. ¿Qué demonios nos hubiéramos dicho uno a otro?

«Hola, mamá. Quiero decir, hola Joan, soy Christopher». Lo ensayé en voz alta, con un tono ligero y amable. Probé con un tono profundo, como Tom. Y también hice un falsete para hablar por mi madre:

«Vaya, como has crecido. Mira, Christopher, éstos son mis nuevos crampones. Y éste es el *zoom*». «Son magníficos, Joan». «Y éste es Don». «Hola Don, ¿cómo estás? ¡Tienes mucho pelo! ¡Y cuántos libros, Don!».

Arrugué la carta y la tiré a la papelera. Bueno, si ella no me necesitaba a mí, yo tampoco a ella.

Seguí intentando hablar con Helen, pero nunca estaba cerca del teléfono. Su madre siempre decía: «Está trabajando, Chris», como si quisiera que me sintiera culpable de estorbarla. Aunque era verdad que trabajaba mucho. Sus padres siempre habían procurado que fuera así. Yo creo que tenían planes ambiciosos para ella, y también ella los tenía. Me pregunté qué esperaría mi madre de mí. Y supuse que ni siquiera se lo plantearía.

Los días siguientes fueron tormentosos, los peores que yo recuerdo. Cuando estábamos viendo la televisión, la alfombra se elevaba como si cabalgase sobre las olas del mar y el gato observaba la gatera con la cola levantada y el lomo arqueado, dispuesto a saltar. Por la noche, tuvimos que llevar el colchón de Guy a mi cuarto, porque la ventana de su dormitorio se desquició, a pesar de que la habíamos pegado con cinta adhesiva. Me encantó tener a Guy en mi habitación otra vez. Nos sentamos en mi cama y nos quedamos hablando hasta las tantas. Guy estaba excitado por las tormentas.

—¿Sabes cuál es la causa de todo esto? —dijo—. El efecto invernadero. ¡Podemos conquistar el espacio e inventar *chips* y ahora estamos cambiando el clima! Estamos demostrando lo poderosos que somos.

—No digas tonterías, mocososo —le contesté—. Tú no sabes nada. Lo que estamos probando es lo impotentes que somos. Nuestro planeta va camino de la autodestrucción y no somos capaces de detener el proceso. Todo está regido por el destino. Todo ha sido planeado.

—¿Como un programa de ordenador?

Nos echamos a dormir. El viento gemía alrededor de las casas como un animal en acecho. Durante la noche, la parte superior de nuestra chimenea se desprendió y cayó encima del tejado y después a la calle. Me desperté sudando. Me di cuenta de que había estado soñando con Helen; en el momento del golpe, ella había salido rodando de mi lado, se había roto en pedazos y yo había corrido para recogerlos. Lo único que tenía para envolverlos era un abrigo azul con botones de terciopelo.

La llamé antes de salir para el instituto. El sueño aún me perseguía como las imágenes de una película.

—¿Te encuentras bien?

Hubo un largo silencio al otro extremo.

—¿Estás bien? —pregunté asustado.

—No sé.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué pasa?

—Ven a buscarme al instituto. Hoy voy a tener que ir. Mi madre está muy enfadada conmigo.

Colgó el teléfono rápidamente y yo salí corriendo, ya tarde. Trituré con los tacones los trozos del tubo de la chimenea. Los tiré a la cuneta a puntapiés y eché a correr, con el viento azotándome la cabeza. Helen quería verme otra vez. Eso era lo que importaba.

Su instituto estaba a unos tres kilómetros del mío y todo el camino era cuesta arriba. Me di prisa. Llegué a la verja sin aliento. Me apoyé en la pared jadeando, hasta que recuperé la respiración normal. No había señales de Helen. Apenas se veía a nadie por los alrededores. Pensé que me estaría esperando dentro, al abrigo del viento. Me daba reparo entrar en un instituto que no era el mío. Yo había jugado allí partidos de fútbol, cuando era más joven y, poco después de empezar a salir con Helen, había ido para verla actuar. En realidad fue entonces, mientras la miraba, cuando me di cuenta de que era diferente de todas las chicas que conocía. Yo pensaba que, al verla bailar en el escenario, delante de todo el mundo, me sentiría cortado, pero no fue así. No podía apartar los ojos de ella. Sólo la miraba a ella, como si fuera la única en el escenario. Era como si bailara sólo para mí. Y creo que era verdad. Me acuerdo del momento exacto en que lo pensé. Yo estaba sentado entre el público y no dejé de sonreír en toda la noche. Pero eso no era algo de lo que presumir delante de Tom y los demás. Después del acto, ella se acercó a mí, y entonces decidí decírselo.

—Tengo que decirte algo —empecé muy decidido.

Ella se había puesto a dar vueltas, se apartaba de mí y volvía otra vez.

—Y yo tengo que decirte algo a ti —me contestó—. La tutora de sexto quiere que me examine de danza. ¡Hasta ahora nadie lo ha hecho en nuestro instituto!

Seguía dando vueltas, excitada como un niño pequeño, y yo me contagié y empecé a bailar igual que ella, como si sólo tuviera piernas y unos codos que empujaban por todas partes. Me reía y ella se reía conmigo.

—¿Qué querías decirme? —me gritó.

—Lo he olvidado. No sería importante.

Recuerdo que me aparté el pelo de los ojos y le sonreí, con ganas de broma. Me callaría. Tenía la sensación de que habría muchas ocasiones para decirlo. Además, de momento, no sabía si podría pronunciar las palabras sin sonrojarme.

—¿Cuántas palabras eran, Chris? —me preguntó tranquilamente Helen.

—Dos —dije yo.

Y ella se rió de mí y dijo:

—Yo también dos, Chris.

Tampoco estaba dentro, en el pabellón de sexto curso. Allí estaba su amiga Ruthlyn, apoyada bajo el retrato del último director y silbando desenfadadamente. Cuando me vio, me saludó con la mano y se acercó a mí sin prisa, sonriente, moviendo la cartera como el péndulo de un reloj.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—¿A qué te refieres? ¿Por qué ha tenido que pasar algo? —preguntó Ruthlyn sonriendo más aún.

—Podría apostar por la cara que pones. ¿Dónde está Helen?

—Ah, Helen. Se ha ido a casa.

—Se suponía que había quedado conmigo.

—Esta tarde estaba un poco rara, y la señorita Clancy la ha mandado a casa.

—¿A qué te refieres cuando dices que estaba rara? —pregunté con el mismo tono desenfadado de Ruthlyn.

Ella sonreía y le brillaban los ojos, como si estar rara durante las clases de la tarde fuera lo mejor que podía sucederle a Helen.

—Como un poco... una especie de... ya sabes... —dijo moviendo mucho las manos y fingiendo que se tambaleaba.

—Borracha, quieres decir.

Ruthlyn rió con ganas y se metió la cartera debajo del brazo.

—Sólo rara. Sólo un poco rara —dijo. Dale un poco de tiempo.

—Entonces le telefonaré.

Ella sacudió la cabeza.

—Ha dicho que esperes a que te telefonee ella.

Me hubiera gustado sentarme.

—Ruthlyn, ¿qué está pasando?

—Mira —contestó—, yo le diré a Helen que venga a mi casa una tarde, y tú vienes también y hablas con ella.

—¿Esta tarde?

—Dale tiempo hasta el fin de semana. De verdad, Chris. Helen sólo necesita un poco de descanso. Después estará bien.

Yo sabía que me compadecía, y eso no me gustaba. Por alguna razón, mi respiración era jadeante. Hasta el último fin de semana, Helen y yo nos habíamos visto a diario durante meses.

—Supongo que a ti te permiten verla. Quiero decir que tú no has contraído la lepra, o la peste, o cualquier otro mal por el que se me cierre a mí su casa.

—Pasaré esta noche por allí —dijo Ruthlyn—. Nos vemos, Chris.

Habíamos llegado a la esquina de la calle donde vivía.

Uno de sus hermanos pequeños acudió corriendo y ella le cogió en brazos con una sonrisa.

—¡Eh, Chris! —gritó cuando me iba—. ¡Cógelo! —y me lanzó un paquete pequeño.

Lo abrí apenas doblé la esquina. Era un libro de sonetos de amor de una poeta victoriana llamada Elizabeth Barrett Browning. Dentro había una frase escrita a mano: «Feliz día de San Valentín. Helen».

Yo había estado con frecuencia en casa de Ruthlyn, de ordinario en fiestas familiares. Siempre habían sido fiestas animadas, con música ruidosa y buena comida jamaicana. La madre de Ruthlyn era una mujer gigantesca y amable llamada Coral. Tenía una voz dulzona como la melaza. Ruthlyn y todos los pequeños hablaban con claro acento de Sheffield, pero el de Coral era puro jamaicano. Debe de ser una madre formidable; es tan tierna y tan amable. Nunca deja de hablar, o de cantar si está de buen humor.

—¡Aquí está la araña! —dijo al abrirme la puerta aquel sábado—. ¿Cuándo vas a poner un poco de carne encima de tus huesos? ¿Cuándo vas a rellenarte y a ser un hombre musculoso?

Yo miré ansiosamente a mi alrededor:

—¿Está aquí Helen?

La casa estaba llena de niños risueños, todos con la cara vuelta hacia mí.

—Oh, está con Ruthlyn. Estarán contándose secretos. —Como siempre.

Subí las escaleras de tres en tres, deseoso de ver otra vez a Helen. Tras dudar un momento delante de la puerta, llamé y entré.

Las dos amigas dejaron de hablar a la vez. Era obvio que Helen había llorado. Estaba pálida y tensa. Me quedé en el umbral de la puerta, desconcertado.

—¿Estás mejor? —pregunté.

Ruthlyn se levantó.

—Voy a hacer café.

—Odio el café —dijo Helen—. Huele a mondas de patatas.

Ruthlyn cerró la puerta al salir. Yo me acerqué inmediatamente a Helen y me senté en el brazo de su butaca. Ella no quería mirarme y yo no sabía qué decirle. Estaba recostada, con los ojos cerrados y la boca un poco entreabierta. Parecía enferma y cansada. Le cogí la mano y ella la dejó en la mía, desmayada y fría.

—¿Qué te pasa? —dije—. ¿Es gripe?

Ella negó con la cabeza. Las lágrimas fluían lentamente de sus párpados cerrados, sin que intentara detenerlas. Yo las veía aparecer de una en una, cansadas y lentas, como lánguidos regueros que nunca se detienen. Helen seguía en silencio. Mi corazón empezaba a tamborilear con golpes lentos y deprimentes. Estaba tan atemorizado que los miembros me pesaban. Volví a recordar mi sueño. Recordé la

grieta en el hielo entre nosotros, abierta para apartarnos. Cogí la otra mano de Helen y sujeté las dos entre las mías, como intentando reanimarla.

—Helen, ¿qué pasa?

Y entonces ella contestó con una voz hueca, asustada, cansada, que difícilmente hubiera reconocido como la suya y que no olvidaré en mi vida.

27 de febrero

Querido Nadie:

En el cuarto de baño de casa hay un grifo que no cierra bien. Necesita una nueva válvula, eso es todo, según dice mamá. Unas veces no se oye y otras tiene a uno despierto toda la noche con su monótono e insistente tap, tap tap.

Así me siento yo contigo.

Es como oír el latido de mi propio corazón y no ser capaz de pararlo.

Como pisadas en la oscuridad.

No sé siquiera si estás ahí.

Pero la idea de que puedas estar es como un tap, tap, tap, que no desaparece de día ni de noche, de día y de noche ahora, monótono, lento e insistente como el latido de un pulso que no se detiene, como un reloj que nunca apaga su tictac.

Embarazada, ¿y si estoy embarazada? Tictac, tictac, tic...

Por la noche estoy tan asustada que apenas puedo respirar.

No puedo decírselo a nadie. No puedo decírselo a Ruthlyn. No puedo decírselo a mi madre.

Tú eres sólo una sombra. Eres solamente un susurro.

Eres un grifo que gotea noche y día.

Pero por fin, por fin, se lo he dicho a Chris. Quizá eso haga que te vayas.

Déjame sola.

No te quiero.

Vete. Por favor, por favor, vete.

Esta es la primera de las cartas que Helen escribió a «Querido Nadie». Leerlas fue como abrir la puerta a una pesadilla.

Marzo

Sería difícil describir los sentimientos que pasaron por mi mente aquella tarde de febrero: sobresalto, sorpresa, incredulidad y una arrolladora sensación de alivio porque Helen no estaba enferma y porque no quería dejarme. Yo no creía lo que me había contado, pero me sentí más cerca de ella de lo que nunca antes me había sentido, responsable y protector.

Después fue horrible. Yo seguía sentado y cogiéndole las manos cuando Ruthlyn llevó un carrito con café, leche y tostadas. Su parloteo fue una música de fondo mientras yo acariciaba el pelo de Helen y notaba que era suave y cómo brillaba bajo la luz; deseaba que Ruthlyn se fuera y nos dejara solos.

Volvimos en silencio a casa de Helen. Teníamos tanto en qué pensar, que no podíamos decir nada. Yo la rodeaba con el brazo.

—Todo saldrá bien —dije por fin—. Y suceda lo que suceda, estaré contigo.

Las palabras me salieron así. No tenía ni idea de lo que quería decir con ellas. Más tarde, me parecieron palabras frías y espantosas, pero en aquel momento creí que era lo único que debía decir, así que lo dije. En realidad no podía creer que fuese cierto, pero lo sentía muchísimo por Helen, que lo estaba pasando muy mal. Habría hecho cualquier cosa porque se sintiera mejor.

Cuando llegamos a la puerta, Helen se separó de mí y yo intenté que se quedara un poco más. No quería que se fuera, ni quería quedarme solo con mis desconcertantes pensamientos. Las nubes se deslizaban por delante de la luna como grandes pájaros que al pasar ocultaban y descubrían su luz, ocultaban y descubrían el rostro de Helen.

—No quiero que entres —dijo.

—No, no quiero entrar. Pero tampoco quiero separarme de ti.

—Me he portado mal contigo —dijo—. Lo siento, estaba asustada. No sabía qué decirte.

—Yo también estaba asustado. Pensaba que querías terminar conmigo.

—¡Oh, Chris!

Era difícil hablar después. Sólo advertíamos las luces que se encendían y apagaban en la casa, el ruido del agua en el baño, los pasos de alguien en la escalera.

—Es mejor que entre —dijo Helen con voz afligida.

No soportaba dejarla así.

—Probablemente te has equivocado. Puede ser aprensión. Es demasiado pronto para saberlo, ¿no?

—No sé. Sinceramente no lo sé.

—Ojalá hubiera tenido más cuidado.

—No sólo tú. También fue culpa mía.

—¡Fuimos tontos! Ya no somos niños.

La puerta se abrió. La madre de Helen dejó dos botellas de leche en la escalera.

—No me gusta que os quedéis en la puerta. Ya te lo he dicho, Helen.

Y Helen entró corriendo, tan alterada que no me dio las buenas noches.

Los dos días siguientes fueron como una condena a prisión. No me atrevía a salir de casa por si ella llamaba mientras estaba fuera. Yo no llamé a su casa ni fui por allí. Pasé muchas horas sentado en las escaleras, junto al teléfono, fingiendo que leía o que me peinaba delante del espejo, o que acariciaba al gato o hacía cualquier otra cosa. Mi padre me miraba sin decir nada. No creo que en todo ese tiempo mereciera la pena hablar conmigo. Nuestro teléfono lanza un pequeño erupto cuando está a punto de sonar. Al oírlo por fin, lo cogí, seguro de que era ella: no quería que nadie le hablase antes que yo.

—¿Hay noticias? —pregunté.

—Todavía no —me dijo—. Pero mamá cree que estoy anémica.

—¿Y qué puedes hacer?

—Bueno, puedo comer montones de ciruelas o puedo ir al médico y pedirle que me recete hierro. Así que voy a ir al médico esta tarde.

—¿Nos vemos después?

—Está bien.

Fui andando hasta el centro de salud, cerca de la casa de Helen, y me senté en el muro a esperarla. Un hombre con un grupito de niños cruzaba la calle desde la biblioteca; llevaba a uno en brazos, sujetaba a otro de la mano y otros dos se agarraban al borde de su abrigo. Todos llevaban libros y hablaban a la vez, como un nido de pájaros. A él le hubiera venido bien un afeitado. De pronto pensé que podría ser yo, si Helen tuviera cuatrillizos y yo los sacara de paseo. El más pequeño dejó caer el libro por la espalda del hombre y empezó a berrear; el hombre gritó a uno de los niños por no cogerlo. La niña se sentó en el suelo y gritó también, otro de los niños se cayó encima de ella y todos se pusieron a chillar. Yo salí de mi ensoñación y salté del muro para ir al encuentro de Helen.

—¿Está todo bien? —pregunté. Ella asintió y me cogió la mano. La doctora le había dado una receta y había dicho que muchas chicas de su edad necesitaban tomar hierro.

—Dice que vivimos demasiado deprisa y que nos deprimimos fácilmente. Me ha preguntado por mis estudios y por ti.

—¿Por mí?

—Bueno, me ha preguntado si salía regularmente con algún chico y yo le he dicho que sí; luego me ha preguntado si necesitaba hablar de algo en relación contigo y yo le he dicho que no.

—Quizá deberías haberlo hecho, sólo para quedarte tranquila.

—¿Cómo iba a hacerlo? Lo habría puesto en mi historia, ¿no? Imagina que un día viniese mi madre conmigo al consultorio y se enterase de eso al leer mi historia. Así

que me ha dado estos folletos sobre planificación familiar y me ha dicho que no había por qué avergonzarse de hablar con ella y preguntarle cualquier cosa. Ha estado muy amable.

—¿Y tú crees que estás bien?

—Creo que sí. Sólo con verla me siento mucho mejor.

—Se te nota. Hemos tenido suerte, entonces.

—Ya lo sé. No tenemos que volver a correr riesgos.

Es sorprendente lo que uno puede llegar a creer si de verdad quiere creerlo. Aquella tarde estábamos tontos de pura felicidad: contábamos chistes y nos reíamos alto, como para espantar a los fantasmas. Pero ellos vuelven arrastrándose, ¿verdad? No vi a Helen hasta el fin de semana. La llamaba todos los días, y ella siempre contestaba con monosílabos, en voz baja. Así que yo me daba cuenta de que probablemente no podía hablar con libertad porque su madre estaba en casa. Le preguntaba si estaba bien y ella siempre decía «no lo sé».

—¿Cómo que no lo sabes? ¿No dijo la doctora que...?

—Todo sigue igual, Chris.

Yo no sabía que hacer. Era como si, mirara donde mirara, sólo viera pajarracos negros que aleteaban proyectando sus sombras, agitando el aire a mi alrededor con sus alas y contemplándome con sus caras picudas y sus ojos furibundos. No podía hablar con nadie de mi problema. Por la noche me sentaba a observar a mi padre, que se estiraba el labio como suele hacer mientras oye las noticias; yo no sabía por dónde empezar. Ni siquiera sabía si era verdad. En mi desesperación hubiera querido esconder la cabeza en el regazo de mi madre, como hacía cuando era pequeño y me dolían las rodillas. Al recordarlo, sentí ganas de gritar: incluso ese recuerdo había tenido que ahogarlo en alguna parte, probablemente en mi almohada, ocho años antes. Ahora parecía surgir, no sé de donde, para convertirme en niño otra vez. Más que ninguna otra persona, ella debería haber estado allí para hablar. Y al pensar en ello, de pie, mirando por la ventana y con los puños hundidos en los bolsillos, intenté imaginar ginar cómo hablaría con mi madre si estuviera a mi lado y qué me diría ella sobre todo aquel asunto. No pude imaginarlo. ¿De dónde demonios venían las palabras?

Una tarde, Tom me dijo que iba a escalar la pared del polideportivo y me preguntó si me apetecía acompañarle. Creo que llegó a insinuarme que yo parecía deprimido por algo. Le dije que iría, sobre todo porque de repente me pareció un modo de volver a ponerme en contacto con mi madre. Así podría contarle que estaba empezando a escalar. Quizá ella me escribiera dándome algunos consejos. «¡Agárrate bien, Christopher!». Yo no sabía qué pared íbamos a escalar, pero contaba con que fuera un poco más fácil que colgarse de Stanage Edge delante de todos los curtidos montañeros de Derbyshire y Yorkshire. Sería una forma de descubrir algo más sobre mi madre.

Hacía calor allí. Pequeños grupos de estudiantes, de pie o en cuclillas, flexionaban los dedos como si estuviesen ensayando con invisibles instrumentos musicales. La pared se elevaba en rampa lejos de nosotros, con muchos salientes en la parte baja y menos y más pequeños a medida que se ascendía. Sin embargo, parecía bastante fácil. Yo estaba sorprendido de lo precavidos que eran algunos escaladores.

—¿Te imaginas, Chris? —me preguntó Tom—. ¿Te imaginas llegando a la cumbre?

—Detrás de ti, tío —dije.

Él se colgaba como una araña, mientras yo me agarraba a la roca de plástico con el estómago revuelto, apretaba los puños en los agujeros y me temblaban las rodillas. Menos mal que Helen no estaba viéndome.

Volví a ver a Helen un día que la encontré en la calle Ecclesall; iba con las manos en los bolsillos y totalmente absorta. Al principio ni siquiera me vio. Me gustaba verla así, inesperadamente.

—¡Helen! —grité.

Crucé la calle esquivando el tráfico, llegué hasta ella y caminé a su lado.

—Voy a casa de mi abuelo —me dijo.

—Iré contigo —respondí.

Su abuelo me gustaba. Hablaba con franqueza, y eso merece mi respeto. Pero su abuela es extraña. Creo que nunca he conseguido sacarle una palabra, y mira como a veces la madre de Helen, que te mira sin decir nada y te hace sentirte mal.

—Preferiría ir sola —dijo.

—Bueno, no importa —dije, y me encogí de hombros.

Pero sí importaba. Yo no quería compartirla con nadie, ni siquiera con su abuelo.

—Estás bien, ¿no? —pregunté.

Ella volvió a hundir las manos en los bolsillos y yo la rodeé con un brazo, como si sentir su calor me ayudara a ahuyentar el pavor que me invadía como una niebla helada.

—Estoy bien —dijo—. Todo sigue igual, Chris.

Querido Nadie:

Todo sigue igual.

El grifo gotea sin descanso una noche tras otra.

Y si estoy embarazada, qué, qué, qué.

Pasé un día espléndido con Chris, cuando creímos que todo podía ser una falsa alarma.

Pero todo sigue igual. Todo.

Un pequeño y horrible pulso late dentro de mí, muy dentro.

Vete, vete, vete.

No hay nadie ahí.

Por favor, no estés ahí.

Hoy, al levantarme me he mirado en el espejo. Tenía la cara gris. Tenía ojeras de no dormir. No me he reconocido. ¿Dónde me he ido?

Me he puesto mi vestido favorito. Me lo he quitado y lo he tirado al suelo. He apretado las manos y he escuchado ese latido dentro de mí mientras miraba a esa criatura de cara gris y enormes ojos negros. Mi cuarto es un basurero, hace días que no lo ordeno. Tengo mi ropa tirada en el suelo, la alfombra llena de montoncitos. Hay una taza de té con posos verdes. No me conozco. Me siento desesperadamente sola.

He decidido ir a ver al abuelo. Algunas veces creo que es mi mejor amigo. Cuando era pequeña, solía contarle todas mis penas. Él hacía que me sentara en una silla de la cocina, se ponía en cuclillas frente a mí y me escuchaba con seriedad. Al terminar de hablar ya me sentía mejor. Bastaba con que él se tomase tiempo para oírme, creo yo; me tomaba en serio, a pesar de mis pocos años. Así que he pensado que podía hablarle al abuelo, y quizá él me entendería. He encontrado a Chris en el camino. Quería venir conmigo, pero le he dicho que necesitaba estar sola. Si Chris hubiera estado allí, no habría podido contarle nada al abuelo. Me parece que Chris no lo ha entendido, pero no es culpa mía.

Cuando he llegado, el abuelo estaba haciendo té, huevos fritos y patatas. El olor me ha hecho sentirme mal. Le he pedido un vaso de agua.

—¿Estás bien, Helen? —me ha preguntado.

Yo me he encaramado a una silla de la cocina y le he mirado. Echaba cucharadas de aceite caliente sobre los huevos y contaba por lo bajo: tres cucharadas en cada huevo. El aceite chisporroteaba alrededor de las yemas, mientras las claras cuajaban. Ha levantado la vista para mirarme.

—Pareces un poco descolorida.

Era mi momento, pero no he sabido aprovecharlo. Le he sonreído por encima de mi vaso, y aunque él ha seguido mirándome con ese gesto interrogante, tan suyo, que normalmente hace que yo le eche los brazos al cuello y le cuente todo, no ha dicho nada más y yo tampoco lo he hecho. Se ha puesto otra vez a cocinar silbando, y cuando la comida estaba preparada, he subido con él para ver a la abuela. Pasa la mayor parte del tiempo en su habitación, oscura y mal ventilada. Yo he sentido ganas de abrir las ventanas de par en par y descorrer las cortinas para que el viento las agitase. Todo está allí tan quieto como si los relojes se hubiesen parado hace mucho tiempo. Le he hablado de Robbie y del instituto, mientras ella comía y asentía de vez en cuando. Pero no escucha. Yo creo que está encerrada en un mundo de sueños en el que se encuentra a gusto. Me pregunto en qué piensa. Tenía unas ganas locas de decirle: «Abuela, puede que esté embarazada». Creo que ella hubiera seguido asintiendo con la cabeza y sorbiendo el vinagre sin oír ni una palabra. Ojalá lo hubiera dicho. Al menos hubiera dado salida a mi pesadilla. Cuando he salido, el

abuelo se había ido a ver una película, y yo he cogido el autobús para volver a casa; me sentía desgraciada y enferma de inquietud. No tenía a nadie con quien hablar.

Así que he ido a la clínica de planificación familiar. He pensado pedirle a Ruthlyn que viniese conmigo, pero al final no me he decidido. No me he sentido capaz de decírselo. Puedes imaginar qué dirías a tu mejor amiga en un caso así, pero cuando ocurre de verdad, no lo logras. No puedes decírselo a nadie. Lo adivina, estoy segura, pero es demasiado discreta para preguntarme abiertamente y yo estoy demasiado avergonzada y nerviosa para contarlo.

Así que he ido sola a la clínica de planificación familiar. Y en cuanto he entrado en la sala de espera y he visto sentadas allí a tantas mujeres jóvenes, la mayoría fumando y con aspecto de estar hartas, cansadas y solitarias, he sabido que no podría quedarme. Estaba desesperada.

Estoy tan asustada. Es como atravesar un desierto. No hay nada a que agarrarse. Vete. Vete, por favor.

Querida Joan:

Estoy en un descanso, después de una sesión de escalada en el Polideportivo. Todavía no tengo el equipo adecuado, pero cuando esté en la Universidad (el año que viene iré a la Universidad de Newcastle para estudiar filología inglesa, ¿te lo dije?) creo que podré hacerme con cuerdas, casco y todo eso. Alguna vez tienes que contarme cosas sobre tus expediciones. Me vendrían bien algunos consejos. Es un hobby maravilloso, ¿verdad? Yo acabo de empezar y todavía no puedo llamarlo hobby (ni siquiera he llegado a lo más alto de la pared, pero ya sé cómo se hace. Me he torcido un poco un tobillo por bajar deprisa, pero creo que cuando esté mejor llegaré hasta arriba fácilmente). Debo de llevar esta afición en la sangre. ¿Escalabas en Derbyshire cuando vivías aquí? Supongo que ahora escalarás en Los Lagos o en Escocia. ¡Puede que vaya allí cuando tenga más experiencia y tú puedas ponerme al tanto! Bromas aparte, me gustaría ir a verte alguna vez.

Tu hijo

Christopher

Tuve que esperar durante horas junto a la pared de escalada, mientras Tom subía y bajaba por ella y daba gritos presumiendo. Me dolía el tobillo, tema los dedos doloridos y las rodillas hinchadas. Le escribí una carta a mi madre en el tono que creí correcto: no me las daba aún de escalador experto, pero dejaba entender que teníamos algo en común y le sugería otras cuestiones para que contestara. La metí en la cartera del colegio y esperé a que Tom bajara de la pared.

—¿Estás bien? —me gritó cuando al fin terminó. Naturalmente, todo el mundo se volvió a mirarme.

—Claro —dije—. Ha sido estupendo.

—No has estado mucho tiempo.

—Me he acordado de que tenía que escribir una carta importante.

Sonrió. ¡Pobre Tom! Se cree el tío más guapo del mundo, ¡y que dientes tiene cuando sonrío!

—¿Tomamos una *birra*?

—Sólo una —dije—. Tengo que hacer un trabajo esta noche.

—Como todos —dijo Tom—. «Lo que podría hacer Hamlet con una jarra de Heineken. Discusión».

Entré cojeando en el bar detrás de él y me senté con la cabeza baja, apretando el vaso entre las manos como si quisiera calentarlo. El ruido del local me aturdía, y creí ahogarme. Pensé en Helen. ¿Qué estaría haciendo ahora? ¿Qué le ocurría? Los pájaros de ojos asustados se fijaron en mí, me miraron desde las sombras. Sentí ganas de irme a casa.

—A ver si te callas —dijo Tom—. No me dejas meter baza.

Me encogí de hombros. El bar estaba lleno de gente ruidosa; se reían, hablaban demasiado alto y se empujaban unos a otros. Me recordaba el establo de junto al mercado. Incluso olía igual.

—Voy a recorrer Francia en bicicleta este verano —dijo Tom—. ¿No te apetece venir?

Yo negué con un movimiento de cabeza.

—Hemos hablado muchas veces de que lo haríamos al terminar el bachillerato. Estás bien entrenado, ¿no?

—Llevo mucho tiempo sin hacer largas distancias.

—Aún puedes prepararte. Haz una carrera larga todos los fines de semana.

Yo suspiré y sacudí la cabeza otra vez. Eso significaría estar cuatro semanas lejos de Helen.

—Pero ¡Francia! —Tom se inclinó hacia delante levantando el vaso—. ¡*La belle France!* ¡Baguettes al amanecer! ¡Di que vendrás! Sería un asco ir solo.

Yo me apoyé en el banco. ¡Francia! Siempre habíamos pensado hacer aquel viaje antes de ir a la Universidad, tenía razón Tom.

—Antes tenías unas ganas locas, Chris.

—Se me han pasado, eso es todo.

Si Helen iba con Ruthlyn a acampar en Bretaña, nosotros podríamos viajar hasta allí y regresar con ellas. ¿Qué sería una acampada para una embarazada de seis meses? ¿Qué sería estar embarazada?

—Despierta —dijo Tom.

—Estaba pensando —dije—. ¿Y si Hamlet hubiera dejado preñada a Ofelia?

—¡Qué tontería! —dijo Tom.

Apuró el vaso de cerveza, me miró con un bigote de espuma en el labio superior y repitió:

—¡Qué tontería, Chris!

22 de marzo

Querido Nadie:

Hoy he traído a casa un test de embarazo. Esta mañana me encontraba mal otra vez. Tú eres un cultivo extraño dentro de mí. Eres una enfermedad. No quiero que existas.

Tengo que saberlo. No he ido al instituto hasta media mañana. Mamá y papá estaban fuera, trabajando. Quería decirle a Ruthlyn que me comprara el test, pero no he tenido valor. He entrado en una farmacia donde no me conocían y me he quedado temblando junto al mostrador. He mirado a otro lado y he pensado comprar pastillas para la tos o algo así. Encima ha venido un hombre a atenderme. Ni siquiera me ha mirado. Es posible que también a él le haya dado vergüenza o que ya esté harto de vender esas cosas a chicas asustadas. Yo me había maquillado, cosa que nunca hago porque el maquillaje me irrita la cara. Lo he cogido del cuarto de mi madre. Quería parecer mayor, pero cuando me he visto en el espejo de la farmacia me he encontrado horrorosa, pálida como una muerta y pintarrajeada de color naranja. He vuelto a casa en autobús, agarrando mi paquetito como si tuviera miedo de que alguien me lo arrebatara.

Lo casa estaba silenciosa. He subido con el paquete a mi cuarto y he corrido la cortina. Contenía un frasco y un tapón de plástico con algo de líquido dentro, un tubito de ensayo y una cuchara parecida a las varillas de cóctel. Todo era en minúsculo. Había que echar el líquido en el tubo, e inmediatamente se ponía de color púrpura. De repente se me ha escapado una risita tonta, aunque no creo que me estuviese riendo. Creo que en realidad estaba llorando. Muy alto, sabes, hipando con cortos estallidos. Me temblaban tanto las manos que ha sido un milagro que no haya derramado todo encima de la alfombra. A duras penas he conseguido leer las instrucciones, sujetar las cosas debidamente y hacerlo. Después he tenido que esperar cinco minutos.

¿Sabes lo largos que pueden resultar cinco minutos? Mientras estaba sentada mirando el reloj, el silencio de la casa pesaba como la calma sepulcral durante un examen de tres horas, te lo juro. Tres horas en las que lees una y otra vez las preguntas y no sabes ninguna de las respuestas. He intentado pensar qué estaría haciendo la gente en ese momento. Mamá estaría tecleando en su ordenador del banco. Papá estaría clasificando libros, tarareando para sus adentros una melodía de *jazz* en su tranquila biblioteca. El abuelo estaría haciéndose una taza de té, removiendo bien las hojas en su tetera, mirando entre el vapor. Ruthlyn estaría en

clase de *mates*, donde debería estar yo. Y Chris. ¿Qué estabas haciendo tú, Chris, mientras yo fabricaba mi brebaje en el tubo de ensayo? ¿Estabas pensando en mí?

He sacado la varilla, y no tenía la punta coloreada. La tenía blanca. He leído las instrucciones otra vez. Si la punta está rosa, estás embarazada. Si está blanca no estás embarazada. No estoy embarazada. Tú no existes.

No eres nadie.

Querido Nadie:

Más tarde.

Después de hacer la prueba de embarazo he ido al centro musical a trabajar, como si fuera un día corriente. Y lo era, después de todo. Tenía que ensayar una Misa de Bach. Me gusta esa música. Me gusta toda la música ultramoderna y supongo que Bach también es moderno para la gente de mi edad. Cuando la he ensayado un rato, suena en mi cabeza sin parar. He echado un vistazo a algunas partituras y, sin darme cuenta, he empezado a leer en voz alta los nombres de los compositores. Hasta ahora no había advertido lo bien que suenan: Stravinsky, Vivaldi, Delius. No me extraña que, con esos nombres, escribiesen una música magnífica. ¿Cómo puedo esperar yo llegar a ser una compositora famosa con un apellido como Garton? He mirado el índice para ver si había algún Garton y he encontrado Gluck. Fabuloso, tener un nombre como Gluck. Suena como el agua al bajar por las tuberías. Gluck, Gluck, Gluck, he dicho en voz alta, y todos los estudiantes de música me han mirado ceñudos.

Me siento tan bien.

He corrido a casa con la cabeza llena de música y me he peleado con Robbie a la hora del té, porque él contaba con quedarse mi parte. Pero yo había decidido tener hambre otra vez. Mamá estaba sentada en su silla de la cocina y no ha intervenido. Parecía cansada. Últimamente he estado tan obsesionada conmigo misma, que apenas me he fijado en nada más. Me pregunto qué habrá pensado si se ha dado cuenta de lo que yo estaba pasando. Qué difícil habría sido tener que contárselo. No habría sabido por dónde empezar. Me gustaría hablar con ella, pero he sido incapaz de hacerlo desde que era niña, no sé por qué. Ahora que soy mayor, quizá no me quiera como antes. A veces pienso que le gustaría que yo fuese otra vez una niña pequeña, para hacerme vestiditos y besarme al ir a la cama. En realidad, ya no me conoce.

He ido a casa de Chris en cuanto he podido. Estaba impaciente por verle. Quería decirle que todo iba bien y que el mundo había empezado a girar de nuevo. No estaba en casa. Pero me ha gustado el paseo, recorrer las calles con el frescor de la lluvia.

—¿Te encuentras bien? —ha dicho el padre de Chris—. Pareces un poco pálida.

—Estoy bien. Dígale a Chris que estoy bien.

—Entra y espera un rato —ha dicho—. No puede tardar. Está en un equipo de escalada o algo así.

La verdad es que me gusta el padre de Chris. Aunque nunca sé muy bien si me está tomando el pelo o no.

—Iba a apagar el horno. ¿Quieres ver el sótano?

Le he seguido por una escalera estrecha que llevaba a su taller de cerámica. En las estanterías había tazas, cuencos y vasos alineados, preparados para el vidriado, y montones de cajas etiquetadas con palabras interesantes. Grog y dolomita, ceniza de madera, ocre. Hacía un calor sofocante, y los nombres me daban vueltas en la cabeza. El padre de Chris ha apagado el horno, y el zumbido sordo ha cesado.

—¿Puedo ver el horno? —he preguntado.

—Está demasiado caliente —me ha dicho—. Tengo que dejarlo apagado un día antes de abrir esa puerta. Mira esto. Lo saqué el otro día.

Ha cogido de un estante una bandeja con jarros.

—Mira éste —ha dicho complacido—. Magnífico, ¿verdad? Perfecto.

Manejaba sus cacharros con cariño, los ponía junto a la luz para que yo pudiese ver la marca de una concha en la base. Nunca había pensado que las tazas pudieran ser obras de arte. Sólo son recipientes para utilizar.

—El barro es un material hermoso —me ha dicho.

Yo creo que está un poco obsesionado con el tema. Es posible que todo el mundo se obsesione cuando se pasa el día entero dedicado a algo.

¿Nunca lo has trabajado? Es como hacer pan, pero más rápido. Cuando lo coges, se escurre como un pez. Si no lo agarras bien se te queda en las manos como una porquería húmeda. Vamos a probar. Ahora, mientras esperas. Inténtalo.

Me ha acercado una silla y me he sentado frente a un poco de arcilla; luego ha puesto a mi lado un cubo de agua.

—Juega con eso —ha dicho—. Hay que acostumbrarse a la textura.

Ha puesto en marcha el torno y ha echado una pella de arcilla en el centro. La ha ahuecado con los pulgares y después ha dejado caer agua encima mientras levantaba los bordes deprisa con los dedos curvados.

—La arcilla tiene buena memoria —me ha dicho—. Una vez que has empezado a darle una forma, continúa siempre así. Es casi como yo —ha añadido riendo—: Testaruda.

El material fluía bajo sus dedos, sólido y líquido al mismo tiempo. Como agua viva. Yo no podía apartar los ojos.

—Hay que perderle el miedo —ha dicho—. Inténtalo.

Una especie de canción me rondaba por la cabeza. Quería librarme de ella. He girado mi bola de arcilla; me ha gustado la forma en que resbalaba entre los dedos. He probado a hacer una pelota, después he hundido los pulgares para hacer un agujero, al tiempo que pellizcaba la base para ensancharla. Estaba totalmente absorta. Se ha ahuecado como una caverna. La he dejado a un lado. La canción no se iba. He cogido un trocito de barro y he empezado a darle forma, sin saber qué hacía. Sin darme cuenta he hecho un muñequito, como los que hacía de plastilina en el jardín de

infancia. Tenía una cabeza diminuta y un cuerpecillo gordo y redondo. Era tan pequeño que podía ponerlo en la palma de la mano y cerrarla sobre él. He dejado el muñequito en la caverna y muy de prisa, por si el señor Marshall me había visto, he mojado bien los bordes para que se uniesen como la cola de una sirena. Para darle forma y suavizarlo lo he encerrado entre mis manos.

—¿Qué estás haciendo —ha preguntado el señor Marshall riendo—, un huevo de Pascua?

—Algo así —he contestado.

Ha sido como si él me hubiese despertado de un profundo sueño. He puesto el huevo en la mesa y he dejado que rodara. He sentido una oleada de calor, alfilerazos calientes que me pinchaban la piel como arañazos. El aire era negro a mi alrededor. En algún lugar, debajo de un mar negro, retumbaba una voz. Yo estaba en un océano caliente y mis brazos y piernas pesaban y resbalaban de acá para allá, mi cabeza era una enorme cueva y la voz seguía retumbando. Después se ha hecho más débil y ha desaparecido.

Cuando he vuelto en mí estaba sentada delante de la puerta del sótano, respiraba el aire frío de la noche y el padre de Chris estaba arrodillado a mi lado. Me sujetaba la mano.

—Me olvidé de lo sofocante que resulta a veces el sótano —ha dicho—. Me has dado un buen susto cuando te has desplomado. Quédate aquí sentada hasta que estés mejor. Bajaré una manta para que te abrigues.

—Lo siento —he dicho. Estaba helada.

—¡No seas tonta! ¡Sentirlo! He visto hombres fuertes, incluso soldados, desmayarse por el calor. Desfilan a paso caído, lo llamaban, y caían todos como moscas. Estarás bien en un momento. Dentro de un rato llamaré a tu padre para que venga a recogerte.

—¡No! ¡No le llame! —he dicho.

El señor Marshall me ha mirado extrañado. Tiene que haber notado pánico en mi voz.

—Su orquesta toca esta noche en el Ringinglow —he añadido. No estaba segura de que fuese verdad, ni siquiera recordaba qué día es—. Estaré bien en un minuto. Ya me siento mejor.

El señor Marshall ha hecho té y hemos esperado un poco más a Chris. Yo estaba deseando irme a la cama. El padre de Chris me ha acompañado hasta la esquina de nuestra calle y después he corrido a casa, derecha a mi cuarto. Tenía ganas de gritar.

No existes.

No eres nadie.

Entonces, ¿por qué? ¿Por qué?

Tengo en el bolsillo otra carta para mi madre. Cuando volví a leer la última me pareció escrita por un chico de siete años. Fui a casa andando bajo una lluvia torrencial. Estaba pronunciando las palabras que había escrito y pensando si tenía valor para mandar la carta, y si el esfuerzo merecía la pena, cuando vi que mi tía Jill llegaba a nuestra casa y mi padre la hacía entrar. Eché a correr y llegué en el momento en que iba a cerrar la puerta. Me sacudí como un perro en el vestíbulo, con intención de fastidiarlos, no sé por qué.

—Hace media hora te hubiera necesitado —me dijo papá—. Tu Helen ha estado aquí. Se ha desmayado en el sótano, y no me sorprende, pues ese agujero es sofocante.

—Pasaré a verla —dije.

—Ni se te ocurra —me dijo papá—. Está como una rosa, pero le he dicho que se acostara pronto. No hay razón para despertarla, Chris.

—Es una buena chica, Helen —dijo Jill—. La echarás de menos cuando se vaya.

—Ya lo sé —dije.

Me había puesto más nervioso que un flan. No me apetecía seguir charlando en el vestíbulo, quería ver a Helen.

Mi padre se encogió de hombros.

—A su edad, ¡quién sabe! Los dos piensan que el mundo no es más que el del otro. Pero sois demasiado jóvenes para ataros, Chris.

—Ya lo sé, ya lo sé. No soy tonto —dije.

Fui a la cocina a poner agua para el té, sólo por quitarme de delante a los dos, que se reían de mí como si tener una novia fuera lo mismo que ganar un premio en unas competiciones deportivas.

—¿Ha venido por alguna razón? —pregunté sin darle importancia.

—Sí, ha venido a decirte que estaba bien —dijo papá riendo.

Yo cerré los ojos y apoyé la cabeza en la pared de azulejos.

—No parecía estar muy bien allí abajo: blanca como un fantasma.

—Ha tenido gripe, o algo así —dije.

—Me ha dicho que está haciendo danza para unos exámenes —comentó papá—. Vaya un tema raro.

—No más raro que griego —dijo Jill—. Eso fue lo que yo hice, y ya ves adónde me ha llevado: tres críos y una cuadra con caballos.

Sus voces sonaban a mi espalda, en el vestíbulo.

—¿Te apetece una copa? —preguntó papá.

—¿A qué crees que he venido, a oír las noticias de las nueve?

Era mejor librarse de ellos. Cerré la puerta y puse el casete muy alto. Toda la casa vibró con el ruido. Guy me gritó que bajara el volumen, y no hice caso. Abrí todas las

ventanas de par en par. Quería que la música se oyese a lo largo de las calles hasta la casa de Helen. Ella está bien. No ha pasado nada.

Querido Nadie:

Ayer por la tarde compré otro test de embarazo. Esta vez leí bien las instrucciones, era lo primero que debía hacerse. Esta mañana me he encerrado en mi cuarto. Mamá estaba abajo, en la cocina, cantando en voz alta una melodía de *jazz* que oía en la radio. Era uno de sus escasos momentos de buen humor. Me parece que cuando yo era pequeña solía cantar a menudo, no me acuerdo bien. La mayor parte del tiempo está encerrada en sus pensamientos, como la abuela. Y no parece que mi madre y su madre simpaticen mucho: apenas se ven. Yo espero que entre mamá y yo nunca vayan tan mal las cosas, sería odioso.

«Hablaré con ella», me he prometido a mi misma. «Sea lo que sea, hablaré con ella». Al meter el palito de plástico en el tubo de ensayo me temblaban las manos. Me he sentado en la cama y he esperado. No me importaba que mamá entrara en mi cuarto y me viera. He sacado el palito, y antes de mirarlo ya sabía de qué color era. Rosa. Positivo. Jueves negativo, sábado positivo.

Ha sonado el teléfono. Mamá seguía cantando y no lo ha oído. Yo lo he dejado sonar y sonar. Me parecía una voz de otro planeta intentando tomar contacto con la Tierra. Por fin, Robbie ha bajado las escaleras haciendo mucho ruido y ha contestado.

—¡Helen! —ha gritado—. Es para ti.

Yo no me he movido.

Robbie ha colgado el teléfono y ha vuelto a su cuarto. Ha puesto la música muy alta, para no oír a mamá. Yo he vaciado el tubo en el lavabo y he dejado el recipiente de plástico, el palito, el tubo y todo lo demás en un cajón. Me he lavado la cara, me he cepillado el pelo y he bajado a ver a mamá. Iba a decírselo.

Mamá se ha vuelto cuando he entrado en la cocina. No sé cómo no se ha dado cuenta de que yo estaba alterada.

—Eres tú. Pensaba que estarías aún dormida. Voy a hacer un pastel para el té. ¿Quieres preparar la masa? Te sale mejor que a mí.

Le contaría todo y ella me abrazaría y me acariciaría como cuando era pequeña. Haría que me sintiera mejor. Vendaría mis heridas hasta que se curaran. Tenía que saberlo. Más que ninguna otra persona en el mundo, ella tenía que saberlo.

He sacado harina y mantequilla de la despensa y las he puesto en la tabla. Me sentía vacía. Tenía la impresión de hacer todo a cámara lenta. Las palabras se iban alineando solas en mi cabeza, como soldados. Mamá se ha puesto de puntillas para dar una nota alta y después se ha echado a reír.

—Deberías cantar en un coro, mamá —he dicho yo. Tenía que ir derecha al grano, ahora estaba en una trampa—. Tienes muy buena voz.

—¿Tú crees? Pero no sé música, ése es el problema.

—Que te enseñe papá.

—¿Ted? No sabría enseñar a una rana a saltar.

«¡Vamos, vamos, empieza de una vez!». He respirado profundamente.

—Mamá, quiero decirte algo.

Ha terminado el programa musical de la radio y han comenzado a dar los resultados de críquet. Mamá ha chasqueado con la lengua y ha buscado otra emisora. Todo eran sonidos deformados. Robbie ha irrumpido en la cocina.

—¡Helen, imbécil! Te he estado llamando a gritos. Chris ha llamado hace media hora. Ha dicho que te esperaba en el parque a las doce.

—Estoy ayudando a mamá —he contestado. Estaba a punto de llorar. La radio aullaba y farfullaba sin parar.

Mamá me ha cogido la bolsa de harina de la mano y le ha dado unos golpecitos.

—Fuera de aquí, jovencita —ha dicho—. Creo que Chris y tú os habéis peleado, a juzgar por tu conducta de estos días. Vete y haz las paces con él.

—Mamá...

—Fuera de aquí, Helen.

Me he apartado y, después, he vuelto a acercarme a mi madre. La he rodeado con los brazos y he apoyado la cabeza en su hombro. Ella se ha echado a reír, sorprendida, y ha intentado apartarme. Yo quería que me meciese, quería que me apretase fuerte, no quería irme.

—¿A qué viene todo esto? —me ha preguntado.

—¡Puf! —ha exclamado Robbie.

Entonces mamá se ha apartado.

—Así nunca conseguiré preparar la comida —ha dicho—. Vete de una vez. No le hagas esperar al muchacho.

Chris estaba sentado en un pequeño tiovivo de madera del parque infantil; cuando giraba le arrastraban los talones. Tenía la cabeza agachada y no me ha visto acercarme, de manera que el tiovivo ha dado otra vuelta antes de quedar de nuevo frente mí. Me ha dado tiempo a preparar mi guión.

—Chris —he dicho.

Ha saltado inmediatamente.

—No hables —ha dicho—, sólo déjame abrazarte. Te he echado de menos. Han sido días y días.

—He querido hablar con mi madre —le he contado—, y no he podido.

—Ahora estamos juntos. No hables todavía.

Hemos caminado hasta el arroyo que atraviesa el parque, hasta las sombras de los árboles. Preciosos árboles. He acariciado sus troncos ásperos, me gustaba apoyarme en su solidez. Preciosos árboles amigos. ¡Qué sería vivir en un país sin árboles!

—¿Qué pasa? —me ha preguntado Chris.

—Hice un test —le he contado—, y fue negativo. Después me desmayé en casa de tu padre. Esta mañana he hecho otro test, y ha dado positivo.

Cuando se lo he contado me he sentido más fuerte, aunque aún no podía separarme del árbol. Hablaba abstraída, con la mejilla apoyada en él. Alguien más estaba hablando.

—¿Cómo puede ser algo negativo y positivo? ¿Cómo puede ser y no ser?

Hay un misterio inmenso dentro de mí, demasiado profundo y espantoso para ser resuelto.

—Yo no lo entiendo —he dicho.

—Ni yo tampoco —ha dicho Chris—. No te dejaré, Nell, tú lo sabes. Te quiero.

Era como si no se le ocurriese más que decir.

Después de dejar a Helen, regresé a casa corriendo. Estaba petrificado. Hay un bebé. No hay un bebé. Algo y nada. Alguien y nadie. Ahora y siempre. La vida empezó hace tres mil seiscientos millones de años. La vida empezó en enero. Y yo soy el padre. Intenté que esa palabra me hiciera despertar y no lo conseguí. No tenía sentido. Significaba responsabilidades. Significaba que Newcastle se desvanecía como un sueño. Me sentía como un ratón agazapado en un agujero diminuto. El aire ratonil me sofocaba.

«Todo saldrá bien. Suceda lo que suceda no te dejaré». Corría con seguridad, procuraba respirar regularmente y dejaba que las palabras surgiesen a cada paso que daba, echando las piernas hacia delante, la cabeza atrás, los puños apretados. «Suceda lo que suceda, no te dejaré. No te dejaré, Helen. ¿Qué hemos hecho, Helen?».

Esa tarde corrí varios kilómetros.

Y después no pude dormir. A las dos de la mañana vi que algo se encendía en el cielo y cruzaba por delante de mi ventana. Parecía preparado para destruir el planeta; venía como un rayo hacia la Tierra, brillante y enorme entre las demás estrellas, un tiburón entre peces. Cuando lo observaba echado de espaldas, con los brazos cruzados bajo la cabeza, se fue elevando en el centro de la ventana, después pareció cambiar de dirección y de pronto desapareció por completo. Si Helen hubiera estado allí conmigo, me hubiera ayudado a entenderlo, a entender el espacio y a entender la vida.

Fui al cuarto de Guy y le desperté.

—Acabo de ver un cometa impresionante —le dije.

Se sentó un momento.

—Era un avión —dijo, y se dejó caer en la almohada como un muerto, ya casi dormido.

30 de marzo

Querido Nadie:

Anoche decidí lo que tenía que hacer. No te pido perdón por esto. Después de todo, tú no me pediste permiso para instalarte en mí. Eres como esos sicomoros que siguen brotando, no se sabe de dónde, en nuestro jardín. Mamá siempre los arranca.

—No os queremos aquí —dice.

Ahora sé bien lo que quiere decir.

Ayer, sábado, le pregunté a papá si podía coger el coche. Le dije que quería ir a montar a caballo. Robbie quería venir conmigo, pero cuando ha subido para cambiarse, me he ido sin él. No había vuelto a montar desde los doce años. Recuerdo que entonces adoraba a un caballo llamado Henry. Noche tras noche soñaba que corría por los páramos montada en él. Después lo vendieron, pobre Henry, porque era demasiado viejo, y yo dejé de montar.

Así que esta mañana, cuando me he despertado después de haber dormido sólo a ratos, sabía lo que tenía que hacer. No he ido a las cuadras que solía frecuentar de niña, sino que me he alejado unas diez millas de casa. Cuando he llegado, iban a comenzar un paseo a caballo, dirigido por una chica no mucho mayor que yo. Han esperado mientras yo montaba un caballo tordo que quedaba libre. Después hemos subido en fila por la carretera que lleva a los páramos.

Iba en la cola y necesitaba estar en cabeza. He espoleado al caballo hasta que ha cogido un trote con el que podía adelantar a los demás. Una mujer que salía a caballo de las cuadras me ha gritado que me detuviera, y yo he vuelto a mi puesto. Debería haberla reconocido, pero no ha sido así. Venía por detrás, bastante lejos, y yo sólo miraba hacia delante. Estaba tensa y segura de mí misma, pero no tenía miedo.

Tenía que ponerme en cabeza. Cuando hemos cruzado la carretera en fila para pasar por la valla, he dejado que mi caballo empujase a los otros y lo he puesto al trote. La chica que nos guiaba me ha dicho que Nab no tenía modales y que debía esperar su turno. Yo la he ignorado. He llevado el caballo hacia la senda de que sube a la colina, y han vuelto a gritarme. La chica me ha alcanzado al trote y ha tirado de las riendas.

—Tienes que esperar a que el guarda abra la puerta —me ha dicho. Tenía la cara roja y parecía un poco violenta. Podría decirse que no le gusta su papel.

—Es la costumbre —ha dicho—. Soy yo quien está al frente. Y tengo que ir delante de los demás.

—Lo siento —he contestado, mientras observaba los senderos buscando la ruta más corta para subir a la colina.

—¿No sabes frenarlo?

—Claro que sé.

—Pues hazlo. Vas a conseguir que los demás se impacienten. O déjale pastar un rato, no le hará daño.

He seguido sujetando las riendas tan cortas como podía, y he luchado contra Nab, que daba tirones y sacudía la cabeza para llegar con los dientes a la hierba fresca. Resoplaba y piafaba, intentando avanzar, y yo he tensado las riendas hasta que se ha quedado quieto y tranquilo. En cuanto se ha acercado la guía, el caballo se ha adelantado otra vez. Ella me ha dicho que me pusiera atrás. Ahora tenía la cara como un tomate.

De todos modos, yo me he relajado. Ya veía dónde podía separarme del grupo. Estaba tranquila.

Hacía mucho calor para ser finales de marzo. Ya había moscas que danzaban alrededor de los caballos y les hacían resoplar y sacudir la cabeza. El cielo estaba tan azul como en verano y en alguna parte cantaba una alondra. Yo sabía exactamente lo que tenía que hacer. Pensaba con frialdad y nunca me había sentido tan segura.

Lo hacía por Chris.

A mitad del estrecho camino, la guía ha mirado por encima del hombro y ha gritado:

—¡Trote a la inglesa! ¡Moveos!

Inmediatamente, los caballos han acelerado paso sin que los jinetes los espolearan. Yo me he apoyado en los estribos. Me gustaba moverme así, levantarme y sentarme, levantarme y sentarme, subir y bajar. Hubiera querido cantar. Luego me he quedado tensa, atenta como un pájaro, en espera de mi oportunidad. En el camino había, delante de nosotros, una piedra grande. Más allá, el camino se partía un sendero serpenteante y una senda de cabras que subía casi en línea recta. He dirigido a Nab hacia esta última.

—¡Tráelo aquí! —me ha gritado la guía.

No la he hecho caso.

«¡Vamos, Nab! ¡Vamos, Nab! ¡Vamos, Nab!».

Pronto me he puesto en cabeza y he coronado la colina. Delante de mí se extendía una llanura cubierta de helechos jóvenes y de tojos. La atravesaba un camino ancho y arenoso. No oía ya a los otros jinetes, y me he sentado muy derecha en la silla, preparándome. Había llegado el momento. He apretado con las rodillas y los pies la panza de Nab, que ha empezado a alargar el paso. Lleva la cabeza levantada y echaba las patas hacia delante, para entrar en un medio galope y después en un galope regular que golpeaba la tierra con fuerza. Yo iba agachada, pegada a la silla. He soltado las riendas y lo he dejado a su aire. Al apoyarme en él notaba la línea firme de mi columna vertebral. Eramos un solo ser fluyendo como agua por el aire seco. Eramos una sola mente. Y mi estómago se revolvía como un bote en la marea. He oído voces detrás de mí y he azuzado a Nab. Una de las voces gritaba y se acercaba. Yo oía el golpeteo de los cascos que llegaban por detrás. He mirado por encima del hombro y he visto que la mujer mayor de las cuabras venía hacia mí fustigando a su caballo. Cuando he vuelto a mirar hacia delante, he visto que la colina descendía hacia un bosquecillo. Me he levantado y he intentado frenar a Nab. No ha obedecido.

Me ha entrado pánico. He perdido la sujeción en la montura y he empezado a bambolearme y a darme golpes contra ella. Cada salto sacudía todo mi cuerpo. Mis brazos y piernas se agitaban, sueltos e inútiles. La base de mi columna vertebral golpeaba la silla una y otra vez. Yo tenía la sensación de que mis costillas se iban a descoyuntar. Había perdido los estribos. He tirado de las riendas, pero Nab se ha librado de un tirón; le veía los dientes y las encías cuando sacudía la cabeza. Me he inclinado hacia atrás tanto como he podido, he tirado nuevamente de las riendas, y se me han escapado de los dedos, Me he agarrado a la silla y he metido los dedos en las crines de Nab. Mi único pensamiento era Chris.

He notado que llegaba otro jinete. Era una mujer y me gritaba que detuviera el caballo. Vociferaba cada vez más cerca, hasta que su caballo casi ha rozado al mío. Se ha inclinado y ha cogido mis riendas. Los caballos han chocado y se han empujado por el primer puesto, ya más despacio. Después la mujer les ha hecho dar vueltas, apartándolos de su recorrido, en un círculo cada vez más estrecho, hasta que al fin se han parado.

He tenido la sensación de que mi piel colgaba de los huesos. La mujer me estaba gritando. Yo me he echado hacia delante hasta quedar con el vientre apoyado sobre el lomo de Nab. Me he dejado caer, he aterrizado a cuatro patas en el brezo y he vomitado.

La mujer ha saltado de su caballo y se ha arrodillado junto a mí. Me ha dado unos pañuelos de papel para que me limpiara la boca.

—Quítate el sombrero —ha dicho—. Te sentirás más fresca.

Estaba demasiado débil para hacerlo. Ha tenido que desatármelo ella. Mi pelo estaba húmedo de sudor.

Me ha ayudado a levantarme y a caminar hasta un montículo cubierto de hierba. El sol caía de plano, caliente y agradable. Me ha preguntado por qué lo había hecho, y yo me he limitado a sacudir la cabeza. El resto del grupo se acercaba a nosotras, y ella se ha levantado y les ha indicado que se apartaran. La guía ha preguntado si me había caído, y ella ha contestado que estaba bien y que ella regresaría conmigo.

—Estás más blanca que la cera —me ha dicho—, pero no quiero que los caballos se enfríen. Mira cómo están. Cuando estés lista volveremos.

Yo le he dicho que estaba lista, pero apenas podía tenerme en pie. Las piernas me temblaban como si me fallasen las rodillas. Me ha ayudado a montar en Nab.

—No quiero montar.

—Ya me lo figuro. Pero si no lo haces ahora, no volverás a montar un caballo en tu vida. Procura no vomitar encima de él, eso es todo.

Ha juntado las manos para formar un estribo, en el que yo he puesto el pie para subir. Me he quedado atravesada en el lomo de Nab, y ella me ha ayudado a colocar las piernas y me ha puesto los pies en los estribos.

—Estás como un trapo —ha dicho ceñuda—, pero sobrevivirás.

Hemos hecho, en silencio el camino de vuelta, que para mí ha durado una eternidad. Ella me miraba de vez en cuando, pero no decía nada. Al llegar a la casa, me ha dicho que fuera a darme un baño.

—Si no lo haces, mañana estarás más tiesa que un palo —me ha asegurado.

Yo necesitaba que me cuidaran. Me hubiera gustado que me levantaran en brazos y me mecieran suavemente, que me acunasen hasta dormirme. Mientras ella llenaba la bañera, me he levantado hecha un ovillo.

—No te dejaré ir a casa hasta que alguien venga por ti. Creo que debería verte un médico.

—¡No, por favor!

—Entonces tu padre. O Chris.

En realidad, yo sabía quién era: Jill, la tía de Chris. Me había resistido a reconocerla.

—Estamos tratando de suprimir lo de «tía» —ha dicho—. Ahora ya es un chico grande, ¿no?

Esto es lo que te he hecho.

¿Te irás ahora?

Me despertó la llamada de teléfono de tía Jill. Debía de ser casi mediodía.

—¿Qué tal tienes la bici? —preguntó.

Era una pregunta tonta, incluso para ella. Le conté que tenía una nueva y muy buena, pero no pareció impresionarse mucho.

—¿Te apetece pedalear hasta aquí y almorzar conmigo?

—Estupendo —estaba encantado—. ¿Quieres que vaya Guy también?

—No, por Dios. Los dos a la vez sois demasiado para mí.

Cuando llegué estaba en las cuerdas, sacando con la horca paja sucia y echándola a un montón que humeaba en el patio. Salió al oírme.

—Veintiocho minutos —grité yendo hacia ella.

—Yo sería más rápida en coche.

Entonces vi el *volkswagen* del señor Garton casi escondido a un lado de la casa y me di cuenta de que aquello no era una simple invitación a almorzar.

—¿Qué está haciendo aquí ese hombre? —pregunté asustado.

Cogió con la horca paja nueva de un montón y la echó en la cuadra. Algunos fragmentos dorados se derramaron por el patio.

—No es él. Es Helen. Va a almorzar con nosotros.

—¿Dónde está?

—En este momento está casi dormida en el sofá.

Yo salté de la bici y me dirigí a la casa.

—Deja que descanse un rato. Se ha llevado un buen susto. Uno de los caballos se ha desbocado con ella.

—¿Está bien?

—Ahora sí. Pero Chris, antes de que el caballo se desbocara y ella perdiese el control, lo ha montado como si estuviese corriendo el Grand National. Menos mal que yo iba con Mercury; si no, nunca la hubiera alcanzado. Tengo que decírtelo: ha podido matarse.

Yo me apoyé en la pared de la cuadra, me eché hacia atrás y me deslicé hasta quedar en cuclillas.

—El problema es por qué ha querido hacerlo —dijo Jill.

Yo no supe qué contestar. Miré a la casa. Tenía la garganta seca, como si me hubiese tragado una pelota de alambre.

—Ocurre algo muy grave, Chris, ¿no es así?

Yo asentí. Jill metió la horca en el montón de paja y la vació en la cuadra, repitiendo el gesto varias veces: cargar, levantar, echar, voltear. Cuando se movía, su sombra oscura se recortaba en el oro del montón. El esfuerzo le hacía gruñir, pero continuaba levantando y volteando. El pelo oscuro le caía por delante de los ojos.

—No es asunto mío y puedo estar completamente equivocada. Perdóname si lo estoy, Chris. Pero lo que Helen ha hecho esta mañana en el páramo me parece un intento desesperado de librarse de un embarazo.

Jill hizo algo de ensalada. No comimos mucho. Después de comer, ella se sentó en el suelo, abrazándose las rodillas. Helen y yo estábamos sentados en el sofá, uno al lado del otro. La ventana del salón de Jill, enorme, daba a una zona arbolada tras la cual se hallaban los pastos de los caballos y, más allá, los campos y páramos. Aunque ya hacía calor, aún había al pie de las paredes de piedra restos de nieve visibles a distancia. Fuera se oía el susurro de las hojas nuevas, y el sol, bailando entre ellas, penetraba en la habitación.

—Es curioso. Hace años que dejé de fumar, y de repente me apetece un cigarrillo —dijo Jill. Estiró los brazos por encima de la cabeza con un largo y cansado bostezo—. Es que quiero contaros algo, sabéis, y me resulta bastante difícil.

Uno de sus perros se acercó pisando el suelo de madera y se acomodó a su lado en la alfombra. Ella le acarició las orejas.

—Voy a contaros algo que nunca he contado a nadie. Además voy a guardar vuestro secreto. A vosotros os toca decidir a quién, cómo y cuándo lo vais a contar. Buscad el momento adecuado. Y si queréis ayuda, decídmelo, ¿de acuerdo?

Nosotros asentimos.

—Quiero contaros algo sobre mí. Otro secreto.

—Estoy harta de secretos —dijo Helen—. Cualquiera día voy a reventar. En el instituto, todo el mundo me cuenta secretos.

—¿Como qué? —pregunté sorprendido.

—No se pueden contar —sonrió Helen.

Se quitó los zapatos y se acurrucó en el sofá, apoyada en mí, cercana y cálida. Observé que Jill parecía insegura, como nunca la había visto.

—Fue cuando Ginny tenía tres años y los chicos estaban en el colegio. Yo empezaba a trabajar con el picadero, cosa que siempre había querido hacer. Fue el año en que Mac me dejó. Y lo último que hizo fue darme otro niño.

—Yo no sabía... —empecé. Helen me puso la mano en el brazo.

Jill miraba por la ventana. Los árboles ejecutaban una especie de danza silenciosa, y sus sombras recorrían el suelo y las paredes.

—Y yo no quería el niño, ¿sabéis? Yo no lo había buscado y no lo quería. Al principio no podía creer que estuviese embarazada. En aquel momento me pareció lo peor que podía ocurrirme. Así que fui al médico, y fue muy comprensivo. Yo estaba bastante deprimida: me había dejado Mac y tenía el problema del picadero. Estaba asustada y me sentía desgraciada. Y cuando él me preguntó si quería un aborto, yo dije que sí.

El silencio de la habitación era casi palpable. Sólo el perro parecía respirar, profundamente dormido.

—Me preguntó si estaba segura y dije: «Sí, absolutamente segura, sí. No quiero este niño». No se lo dije a nadie: ni a Mac, ni a mi hermana, ni a mi madre. A nadie. Fui sola al hospital, y me lo hicieron. Fue muy rápido, muy fácil. Al despertar de la operación no podía creer que lo hubieran hecho. Pero me lo aseguraron. Incluso me dijeron que era niño. Yo no quería saberlo. Y me vine a casa y seguí con mi vida.

El perro se movió y estiró las patas, babeando.

—Fue como si nunca hubiese sucedido. Conseguí poner en marcha el picadero. Y como no se lo había contado a nadie, no tenía con quién compartirlo. Después me sentí completamente sola. No había razón para llorar. No tenía derecho a llorar. Escondí mi tristeza tan profundamente, que pensé que nunca afloraría.

Se hizo un largo silencio. Parecía haber terminado de hablar, pero no se movió y siguió mirando el baile de las hojas en la ventana.

Golpeó el suelo con los dedos como si estuviese apagando un cigarrillo.

—Ahora tendría casi quince años.

Abril

Querido Nadie:

El momento adecuado para hablar con mamá no llegó nunca, según parece. Pasé unos días entumecida y dolorida, pero no ocurrió nada. Le dije a mi madre que mi caballo se había desbocado y me había zarandeado. No puede decirse que fuera muy comprensiva, entre otras cosas porque no le gustan los caballos. Dice que le hacen estornudar, pero yo creo que les tiene miedo. «Los caballos son tan gordos», me dijo un día un poco estremecida, como si por eso fuesen repugnantes o desagradables o brutales. Pero yo sé lo que le pasa. Los teme porque son fuertes, vitales, musculosos. No sabe lo que es sentir cómo esa enorme masa de músculos se mueve debajo de ti, contigo. Así que cuando le dije que mi caballo se había desbocado, dio un respingo, como si dijera: «¡Qué otra cosa se podía esperar! Olvidemos el terna». A veces creo que nunca volveré a tener confianza con mi madre. Deseo hablarle de muchas cosas, como Ruthlyn habla con su madre, pero no me da pie. Creo que no le apetece saber lo que pasa por mi cabeza. En ocasiones, trato de hablarle y se marcha sin más, como si me diera con la puerta en las narices. ¡Qué extraño me resulta pensar que un día fui un ser diminuto que se movía dentro de ella como tú dentro de mí! ¿Quería ella que yo estuviese allí? ¿Se sentía lo bastante cerca de la abuela para hablar de esas cosas?

No sé cómo he pasado los días siguientes a la galopada. Estoy avergonzada. No puedo creer lo que pretendí hacer en el campo. Es como si se hubiera apoderado de mí un mal espíritu, algo frío, enloquecedor. Desde aquel día en casa de Jill, no sé cómo hablar de todo esto con Chris, y sé que está sufriendo y pasa horas sentado en su habitación, triste o enfadado, quizá, y también confuso. Yo desearía decirle «no te preocupes, Chris, déjame solucionarlo sola». Pero ni eso soy capaz de decirle. Así que sólo le digo a mamá que no quiero hablar con él. Ella debe de pensar que nos hemos peleado y puede que no le disguste. Dice que soy demasiado joven para unas relaciones serias. Pero ¿qué son unas relaciones serias? Cuando estoy con Chris me río o sonrío, hacemos locuras y el mundo entero es una broma. Bueno, al menos así solía ser.

Pero hoy me he sentado a la mesa y no he querido comer porque no podía soportar la comida. Creo que esta semana lo he hecho todas las noches. Esta vez mamá me ha mirado de una manera que me ha dejado helada. Ha sido una mirada extraña, callada e interrogante. Le ha pasado mi plato a Robbie sin decir nada y después lo ha mandado con papá a la ciudad a hacer unas compras. Los dos se han quejado mucho: no querían desperdiciar la tarde del sábado en las tiendas. Papá y Robbie se llevan bien, y yo he pensado que estarían encantados en cuanto llegaran. Y entonces me he dado cuenta de que iba a quedarme sola con mamá.

En cuanto han salido he corrido a mi cuarto. Mamá me ha seguido. Ha entrado sin llamar y se ha quedado de pie, con las manos en los bolsillos y mirándome sin decir nada. Yo sabía que ése era el momento, oportuno o no. Me he puesto a revolver tontamente las cosas de mi cartera, como si buscara allí las palabras que necesitaba decir y pudiese y ordenarlas de forma lógica.

—Quiero saber qué está pasando —ha dicho.

He mirado por la ventana y he visto que empezaba a llover. Sentía un calor sofocante en el cuello.

—Estoy comenzando un nuevo proyecto —he dicho—. La señorita Clancy me ha sugerido que empiece a prepararlo en casa.

—Me importa un comino la señorita Clancy.

Mi madre ha cerrado la puerta y se ha apoyado en ella con los brazos cruzados. Respiraba con dificultad y por el movimiento de la boca parecía que tenía que tragar saliva continuamente. La foto de Chris me sonreía desde la mesita de noche.

—¿Qué pasa, Helen?

Me dolían los ojos. La voz de mi madre me ha asustado, no estaba tranquila. Yo buscaba las palabras y no las encontraba.

—¿No te lo imaginas?

Debía de estar mordiéndome las uñas. No estoy segura de eso, pero sí de que mamá se ha inclinado para apartarme la mano de la boca. Era un gesto habitual cuando yo era pequeña. Me ha hecho bien.

—Me lo imagino, sí —ha dicho mamá, y se ha apoyado otra vez en la puerta. Ha cerrado los ojos, respirando con dificultad—. Habría preferido oírtelo a ti, pero me lo imagino —se le ahogaba la voz en la garganta, una voz que me resultaba extraña—. ¿Cuántas veces lo has hecho, por amor de Dios?

Y esa pregunta estúpida e inútil ha hecho que me enfadara con ella.

—¿Qué importa eso? —he gritado, y me ha dado vergüenza. Ella estaba trastornada y no era culpa suya, nada de lo que pasaba era culpa suya.

—¡Sí, claro que importa! ¡Me importa a mí!

Mamá tenía muy marcadas las líneas que convergen en las comisuras de los labios. Le salían gotitas de saliva, que ella se quitaba con el dorso de la mano, pero que volvían a aparecer. No sé por qué, me aliviaba observar eso, en vez de escuchar su respiración entrecortada. Hasta ahora no había notado que tenía el cuello hundido y la piel llena de granitos como la carne de pavo. Estaba segura de que sufría mucho.

Le he dicho que había sucedido una vez y que había sido en esta habitación y en esta cama. Como si eso fuera lo más grave, ella ha cruzado y descruzado los brazos, ha metido las manos en los bolsillos y ha vuelto a sacarlas y a cruzar los brazos. Se ha frotado la piel de los codos, que se ha arrugado formando círculos.

—¿Es que nunca has oído hablar de decencia? ¿Cómo has podido hacerlo, después de todo lo que te he enseñado?

Yo tenía la sensación de estar en una habitación con un extranjero que no acertase a usar las palabras apropiadas.

—No lo pensamos.

Sus manos se agitaban en el aire como pájaros sin lugar donde posarse. Deseaba cogérselas y mantenerlas quietas.

—Sucedió sin más.

La foto de Chris era una mancha borrosa en mi mesita. Yo no me atrevía a mirarla.

Mamá jadeaba otra vez como un niño pequeño. Ha venido hacia mí, insegura, con las manos extendidas, y yo me he levantado y la he mirado sin saber qué hacer. Ella me ha estrechado como si fuera una niña de seis años.

—¿Qué vamos a hacer contigo, niña? —ha murmurado.

El lunes por la mañana, mamá me llevó al médico. La sala de espera estaba llena de posters que decían «No dejes que sea tu bebé quien te lleve al médico». Hasta entonces, nunca me había fijado. Sentí vergüenza.

No era mi médico habitual. Me hizo un reconocimiento rápido y profesional. Le dijo a mi madre que probablemente estaba embarazada de doce semanas. A pesar de que lo sabía desde hacía tiempo, me pareció que desde siempre, el estómago me dio un vuelco. Me sentí agotada. Oírlo de una forma tan profesional y categórica era como si me dijeran «mañana te ahorcan» o algo así. Recuerdo que dije: «No quiero un bebé», con una voz tan débil que no parecía la mía, y recuerdo a mi madre sentada allí, con los labios apretados, mientras el médico nos decía que si queríamos interrumpir el embarazo, había que hacerlo antes de las dieciséis semanas.

—De lo contrario será muy traumático para ti —afirmó.

Las lágrimas me pinchaban como agujas. No me enteraba de lo que oía. Tenía un niño dentro de mí.

Pasé todo el día en mi habitación, escribiéndote todo esto. No quería hablar con nadie. No me siento obligada a hacerlo; mi madre sabrá qué hacer. El teléfono continúa sonando, y siempre contesta mamá. Yo me duermo y me despierto, no sé en qué día vivo. Lo único que sé con seguridad es que tú sigues ahí. Está oscureciendo, la lluvia suena en la ventana y me reconforta oírla. Estoy echada en la cama y dejo que la oscuridad me rodee como un suave manto. Oigo a Robbie subir de puntillas a su cuarto. Nunca lo hace, deben de haberle advertido que no me moleste. Y después me habré dormido otra vez: me ha despertado el ruido de la puerta y mi madre estaba allí, con la luz encendida detrás, y mi habitación en la oscuridad. La luz me hacía daño en los ojos. Tenía frío y estaba agarrotada encima de la cama. Mamá se ha acercado a mí. Su ropa ha crujido levemente cuando se ha arrodillado a mi lado.

—Pareces una muñequita —ha dicho.

Yo me he dado la vuelta; me dolía la garganta.

—No se enterará nadie, ni siquiera papaíto —ha dicho.

«No le he llamado papaíto desde que tenía diez años» —he pensado. Y ella me ha dicho que el doctor lo había preparado todo y que para el fin de semana ya habría pasado; yo la oía susurrar y me sentía seca como un hueso.

—Quieres terminar cuanto antes, ¿no? —ha dicho.

Me he mordido el dorso de la mano. El dolor de la garganta me llegaba ya a los ojos.

—No vas a armar un escándalo, ¿verdad?

Me he mordido los nudillos con fuerza.

—Piensa en tu futuro. Es tu futuro, no puedes echarlo a rodar.

He sacudido la cabeza. Las lágrimas no me dejaban ver nada. Mi futuro es un pozo profundo y negro, todo lo que veo en él me aterra. Mi madre me ha tocado en el pelo.

—Eres sólo una niña —ha dicho.

Me ha echado el edredón, y yo he vuelto a morderme la mano cuando el dolor de la garganta, el cuello y los hombros ha aumentado hasta acongojarme.

—Y he hablado con Chris —ha dicho—. No te pongas en contacto con él. Está de acuerdo conmigo. Es lo mejor.

Me he hecho la dormida. No la he oído No puedo ordenar las piezas de esas palabras. Cuando ha salido de la habitación he oído el frufrú de mis leotardos verdes en la percha de la puerta.

Querido Nadie: tú no lo pediste. Yo no tengo nada que darte. Nada. Lo siento con todo mi corazón.

Cuando llamé a Helen por la noche, se puso al teléfono la señora Garton.

—Sólo un minuto —dijo.

Pensé que había ido a buscar a Helen y me instalé en el último peldaño de la escalera, imaginando que Helen bajaba sonriente hasta el teléfono; después oí cerrarse bruscamente una puerta, y cogieron otra vez el teléfono.

—Tú al fin —dije.

—No soy Helen. Está dormida —dijo la señora Garton.

Miré el reloj. Eran las ocho en punto.

—Escucha —dijo bajando la voz. Sonaba como si estuviera silbando al teléfono, pero sin duda era sólo que hablaba bajo para que nadie la oyera. De todos modos, esa manera de silbar, y lo que me dijo, me puso la carne de gallina.

—Me lo ha dicho todo. Quiero que sepas que jamás volverás a entrar en esta casa, ¿entiendes?

Asentí como un imbécil. ¿Qué palabras había con que responder? No había ninguna. Y su voz continuó, helada y silbante:

—Ha decidido operarse, ¿entiendes?

Volví a asentir.

—Es lo mejor, Chris. Pero tú no debes volver a verla.

Colgué el auricular mientras las palabras me daban vueltas en la cabeza. Guy pasó con la ropa que acababa de coger de la secadora y me lanzó con la cabeza dos calcetines enrollados y aún calientes; como no le devolví el pase de cabeza me envió otro par desde mitad de las escaleras. Descolgué el teléfono y llamé otra vez, pero la señora Garton colgó al oír mi voz. Yo deseaba desesperadamente hablar con Helen. Subí a mi habitación, arrastrando las piernas como pesas, como si llevara hormigón en los zapatos. El gato iba hacia la puerta y se paró a mirarme. Subió de un salto a mis rodillas, lo eché y se volvió a subir. Abrí un cajón, saqué mi bloc y lo balanceé encima de él. Empezó a hacer ruidos como si lo hubiera puesto en marcha.

Querida, querida Helen, escribí.

Entró Guy y tapé el papel con las manos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Nada —dije—. Piérdete.

—¿A quién le estás escribiendo?

—A nadie. Lárgate.

—¿Puedo coger el gato?

—¡No! —le grité—. ¡Por el amor de Dios, aquí no se puede ni escribir una carta en paz!

—He hecho el lavado por ti —se apartó cuando yo arrugué la carta y se la tiré—. Es la última vez que lavo tus asquerosos calzoncillos.

El gato saltó tras el papel arrugado y se tumbó de costado. Clavó en la bola las uñas de una pata delantera e intentó romperla con la otra.

«Querida Nell», escribí. Las letras flotaban sobre el papel: «El bebé es también mío, es un huevecito, es la vida misma». No sabía lo que estaba escribiendo; a decir verdad, ni siquiera veía bien la hoja de papel. «Doscientos millones de espermatozoides intentaron penetrar en ti, y sólo éste lo hizo. Nada en el mundo volverá a ser igual, nunca, nunca. Es único. Soy yo en ti, Helen, y tú en mí. Por favor, no lo destruyas. Yo te amo, haz lo que hazas».

No pude leerlo después. Estaba pasmado, como si después de escuchar una música estrepitosa se hiciera súbitamente el silencio y uno se ahogara en él. Metí la carta en un sobre y puse el sello.

Me di cuenta de que la casa estaba en silencio y yo podía llevar horas allí sentado, con la carta en la mano. Salí a la calle. Ya había algunas estrellas, que parecían estremecidas. Saqué mi bici del patio y pedaleé hasta casa de Helen. Probé a lanzar grava a su ventana, pero se me derramó encima. Metí la carta por el buzón y la retuve esperando a que en cualquier momento otra mano la cogiera desde dentro. Me imaginé a su madre leyéndola, odiándome por lo que le había hecho a su hija. Helen tenía que saber que yo le escribiría si no podía llegar a ella de otra forma. Y lo primero que haría al levantarse sería bajar a ver si había una carta para ella. Tenía que arriesgarme. Abrí la mano y oí el suave revoloteo de la carta al llegar al suelo.

Levanté la bici y cargué con ella para volver a recorrer de puntillas el camino de guijarros rojos. El ruido de las pisadas retumbaba en toda la calle. Y al subirme a la bici miré hacia la casa y me pregunté si alguna vez volvería a ser bien recibido allí. Por un momento pensé que el padre de Helen salía a escondidas para enseñarme unos acordes de guitarra, y en un momento de mayor locura pensé subir por el canalón al cuarto de Helen y acostarme a su lado hasta el amanecer, como Romeo, hasta ser desterrado del país. Pero yo sabía que antes de llegar a un metro del suelo tendría que descender como un bombero por la barra.

No quería ir a casa. Agaché la cabeza y me lancé calle abajo a toda velocidad, sin más compañía que el zumbido de las ruedas; cuando giré en la calle principal, me dirigí al campo. No había coches en las calles, no se oía nada y al dejar atrás las farolas, sólo la luz de mi pequeño faro se abría camino en la oscuridad. En aquel silencio, tuve la sensación de que una enorme boca negra me estaba engullendo. Me puse de pie sobre los pedales para correr más; no sabía con quién pretendía competir o de quién quería escapar, quizá de mi mismo, de aquel pobre desgraciado que se había parado a la puerta de Helen.

Todo el camino era cuesta arriba, y yo sudaba como si estuviera envuelto en una manta. Al abandonar la carretera, bajé sin pedalear hasta la Fox House, con el viento de cara. Ni casas, ni coches, ni árboles: sólo las oscuras matas de brezo y las borrosas siluetas de los acantilados. Sabía exactamente a dónde iba, y cuando el camino se hizo tan desigual que la bici me zarandeaba, me bajé y la dejé apoyada en un pedrusco. La blanca cara de la luna mostraba su sonrisa torcida, y las estrellas eran como rocas. Eran impresionantes aquella noche, rocas blancas flotantes que en cualquier momento podían desplomarse desde el cielo. Anduve despacio hasta llegar al pie de un saliente que había a unos veinte metros por encima de mí, frente a la cueva de Robin Hood.

Una vez quise llevar allí a Helen. Quería pasar toda la noche con ella, abrazarla, amarla, contemplar la puesta de sol y después las estrellas y el amanecer.

Subí fácilmente el primer tramo, después tuve que ir buscando donde agarrarme. La luna estaba ahora medio oculta por las nubes. Me encaramé al siguiente pico y me tumbé para recuperar el aliento. Conseguí subirme a un pequeño saliente avanzado poco a poco con los dedos, sin dejar de pensar «menos mal que Tom no está aquí; él habría subido hasta arriba y habría bajado sin problemas». Entonces cometí el error de mirar hacia abajo. La altura no podía ser grande, pero yo sólo veía debajo negrura y pequeños destellos de salientes dentados. Me apoyé en el acantilado y empezó a dar vueltas muy despacio, una vuelta y otra y otra, como la noria del parque de atracciones, que gira con las sillas y la gente mientras oyes los latidos de tu sangre y el corazón se te sube a la garganta; el montón de rocas y el espacio sembrado de estrellas daban vueltas a mi alrededor y por encima de mí.

No sé cómo conseguí bajar. Había perdido el control y era como un muñeco de guiñol. Cuando logré dominarme y miré hacia arriba, vi que el saliente en el que

había estado se hallaba, como mucho, a unos tres metros del suelo. Cogí una piedra y la tiré contra el saliente. Sonó una explosión al rebotar a lo largo de la cresta; se desprendieron algunas piedras blancas y cayeron hasta el agua, como ovejas asustadas. Cogí otra piedra y la tiré, y después otra y otra.

—¡Bastardo! ¡Bastardo! ¡Bastardo! —rugí, y mi voz resonó a un millón de kilómetros—. ¡B-A-S-T-A-R-D-0!

Tardé siglos en encontrar mi bicicleta. Apenas empecé a pedalear tropecé en una piedra y la cadena se salió. Estaba encasquillada y me corté el pulgar al intentar ponerla bien. Juré a voz en cuello. Y sollozar a gritos, sudoroso y pringado de aceite, me hizo sentirme bien.

Al fin, la carretera empezó a bajar, y apareció Sheffield, Un enorme resplandor naranja con millones de lucecitas centelleantes. Allí estaba la calle de Helen, y las tiendas, y el instituto. Nuestra calle, nuestra casa, las escaleras. Mi cuarto. Y la cama.

Querido nadie:

Me sentía como si fuese el último día de mi vida. Como mi madre no sabe conducir, tuve que hacerlo yo; ella iba a mi lado y no paraba de hablar. Leía los nombres de las calles al pasar, los anuncios de las vallas publicitarias y hasta las matrículas de los coches. Parecía temer el silencio. Y mientras ella parloteaba, yo pensaba sólo en una cosa: es una operación muy sencilla, es sacar de mi cuerpo unas células que no deseo, eso es todo.

Aparqué el coche en el hospital y vi un pájaro muerto en la hierba, pequeño, flaco y sin plumas.

Mi madre estuvo conmigo mientras me pesaban y me hacían pruebas. Después tuve que quitarme la ropa y ponerme un camisón. Ella metió mi ropa en su bolso. Iba a pasar la noche en casa de su hermana, que vivía al final de la calle del hospital. La tía Pat nos llevaría a casa al día siguiente. Todo estaba cuidadosamente planeado.

Entró un médico con una asistente social. Se sentaron a hablar conmigo y me preguntaron si estaba segura de que era eso lo que quería hacer. Casi no podía hablar. Me pregunté si ellos me odiaban y por qué trabajaban allí. Después, mi madre me cogió la mano y me dijo que estaba siendo muy valiente y que, a la semana siguiente, podría ir otra vez al instituto, y todo volvería a la normalidad. Al despedirse, no fue capaz de besarme. Si me hubiera besado, yo le habría echado los brazos al cuello y le habría pedido que se quedara conmigo porque tenía miedo.

La cama era alta, y las sábanas estaban tan tiasas que era como hallarse entre tarjetas postales. Echada de lado, con los ojos cerrados y las rodillas dobladas casi hasta la barbilla, yo trataba de imaginar cómo serías. Tenías doce semanas. Parecerías un pequeño renacuajo rosa. Antes de ir allí te había visto en un libro de medicina. Medirías unos nueve centímetros de largo y pesarías unos catorce gramos.

Me acordé de mi carrera a lomos de Nab, sacudida como una muñeca de trapo; y tú, una cosa tan pequeña, pero que sigue ahí. Tú no piensas nada y no sabes nada, pero sigues ahí.

Y echada ahí, en aquel silencio, tuve la sensación de que era yo quien estaba ahí dentro, de que tú eras yo misma en pequeño. De que tú sabías algo que yo nunca entendería. Era como si me hubiese convertido en dos personas.

Seguía tratando de concentrarme en ti, de ver a través de mi miedo, de saber qué era lo que de verdad me asustaba, cuando entró la enfermera con una camilla. Llegó demasiado pronto, yo no estaba aún dispuesta. No me habló. Levantó una jeringuilla hacia la luz, y yo sentí calor y miedo. Estaba al borde del pánico. Le pregunté para qué era y me dijo que iban a operarme.

Yo quería ver a Chris.

Le dije que quería hablar con alguien, y me contestó que me estuviera quieta, que sólo iba a durar un minuto, que no me haría daño y que pronto habría pasado todo. Yo oía su voz y, a la vez, la mía en mi cabeza, pero no era capaz de formar las palabras. Sollocé y aparté el brazo. Me dijo que, si necesitaba hablar, iría a buscar a alguien. En cuanto salió de la habitación pude respirar de nuevo. Salté de la cama y me puse las zapatillas. En mi armario no había nada, excepto mi pequeño bolso y mi bolsa de aseo. Cogí los dos y me fui. Al principio pensé esconderme en los lavabos, pero cuando oí llegar a la enfermera por el pasillo hablando con alguien, pasé de largo por los lavabos y me encontré en recepción. La recepcionista estaba de espaldas, buscando algo en los archivos, así que seguí derecha hasta la puerta y salí al aparcamiento. Tenía las llaves en el bolso y, aunque me temblaban las manos, conseguí abrir el coche y sacarlo a la calle. Una vez vi una película que empezaba en blanco y negro y seguía en color. Noté de pronto que las hojas de los árboles eran muy verdes. Los jardines estaban llenos de tulipanes rojos. Cuando me acerqué a las luces de tráfico, la mujer que conducía el coche de al lado me miró y dijo algo a su acompañante; los dos me miraron y se rieron. No se lo reprocho. Me reí con ellos. Me gustaba aquel camión, pero me hubiera gustado decirles que normalmente duermo con una camiseta larga. No es extraño que me costase trabajo conducir: mis zapatillas tenían las suelas curvadas. Puse una casete, bajé las ventanillas y empecé a cantar.

Lo peor fue cuando llegué a casa y tuve que andar por los guijarros con aquellas zapatillas.

Me di un baño. Puse abajo un disco muy alto y dejé abierta la puerta. Espero que te guste la música.

Después me puse la falda de terciopelo que compré en la tienda de los años cincuenta, y que pronto me quedará fatal, y fui con el coche a la biblioteca en busca de mi padre. Estaba en la sección de estudios locales y ayudaba a un estudiante a encontrar algo. Al verle me puse nerviosa. Me senté y le miré, con la esperanza de que se diera cuenta de que estaba allí. Tenía las manos en la espalda y movía los

dedos uno a uno, como si practicase escalas de piano. Y a lo mejor era verdad. Está muy agachado. Es tan delgado. Y tan callado.

El estudiante dijo algo que le hizo gracia, y papá se llevó la mano a la boca, tosió suavemente y entonces me vio. Se disculpó y vino casi de puntillas.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó.

Yo le di las llaves del coche.

—Mamá está en casa de tía Pat —dije—. Pronto te llamará. Quiere que la lleves a casa.

—No entiendo nada —contestó—. Ella me dijo que ibais a estar las dos un par de días en casa de Pat.

Yo sólo quería que cogiera las llaves del coche. Pero estaba perplejo. Así que se lo dije:

—No hemos estado en casa de tía Pat. Voy a tener un niño.

Pareció tan dolido y lastimado que le estreché la mano entre las mías. Le hablé de la clínica ginecológica. Él me echó la cabeza hacia atrás y me miró como si no me reconociese, perplejo y angustiado. Y sorprendentemente, me pareció que yo era quien tenía que consolarle.

Una de las ayudantes de la biblioteca vino hacia donde estábamos y se paró junto a nosotros. Papá, al darse cuenta, quitó la mano de mi barbilla y la dejó sobre mi hombro. La bibliotecaria le dijo que su mujer estaba al teléfono. Él la siguió sin volverse a mirarme.

Cuando salí de la biblioteca eran las tres en punto. Fui a pie al instituto de Chris, acortando por el parque. Estaba lleno de mujeres jóvenes con cochecitos de niño. En toda mi vida había visto tantos cochecitos. Las mujeres se sonreían unas a otras al pasar, como si hubiera entre ellas una especie de conspiración, como si fueran miembros de una sociedad secreta.

Chris fue uno de los últimos en salir. Tenía aspecto de haber pasado la noche en vela. Iba solo, con la cartera colgada al hombro, y caminaba como ausente. Si no le hubiera llamado, habría pasado de largo. Se puso pálido al verme. Fui hacia él y esperé a que dejara la cartera en el suelo. Y cuando me abrazó se lo dije.

Pequeño Nadie. Ahora no quiero separarme de ti.

—¿Qué vamos a hacer?

Fue lo único que se me ocurrió preguntar, y cuando Helen dijo: «No sé, piensa algo tú», yo sugerí que podíamos huir a nuestra cueva de los páramos de Derbyshire. Lo dije en broma, claro, para hacerla sonreír.

—Ese es precisamente tu problema, Chris.

Su voz sonó cansada y tensa. Había pasado un infierno ese día.

—Eres un romántico. Y en esto tenemos que ser prácticos.

—Tengo veinte libras. Y en agosto cumpla años. Conseguiré un empleo para el verano.

Por ahí no había nada que hacer, y yo lo sabía. En mi calle, la mayor parte de la gente estaba en paro todo el año, no sólo en verano. Para encontrar algo tendría que ir al sur, y ¿dónde viviría allí?

—¿Y después? —dijo Helen en voz baja—. ¿Cuando llegue el bebé? ¿Qué haremos entonces, Chris?

Cuando llegué a casa esa noche, papá y Guy estaban en el cuarto de estar viendo una caja de fotografías viejas. La mayor parte eran de mi abuela y mi abuelo, que habían muerto antes de que yo naciera. Había algunas de mi padre cuando era niño. Me dejé caer en la silla del gato y observé cómo las ordenaban. Papá estaba contándole a Guy las historias que las fotos le recordaban; las habíamos oído ya muchas veces. Yo estaba adormilado y sus voces, que iban y venían, eran como maderos que me mantenían a flote.

—Cuando tenía tu edad, yo era igual que tú, Chris —dijo mi padre—. Mira ésta.

Yo no quería mirar nada. No quería ni abrir los ojos. Guy se acercó a mí de rodillas y me tiró del brazo. Yo sabía de qué fotografía hablaba papá, no necesitaba mirar. Era una en uniforme militar, que le había hecho su padre: con el pelo muy corto, sonrisa emocionada y orgullosa, dispuesto a servir a la nación. Yo solía mirarla y pensar que era un hombre. Pero no lo era. Sólo era un muchacho de rostro dulce y tímida sonrisa.

—¿Fue en la guerra? —preguntó Guy.

—No soy tan viejo —dijo papá—. Además si hubiera estado pensando que me iban a enviar al frente para hacerme picadillo no habría estado tan sonriente.

Se inclinó para coger la fotografía, la miró con curiosidad y la limpió con la punta de los dedos, como si pretendiera tocar la cara de aquel chico del pasado.

—¡No me reconozco! —dijo riendo—. Parece de otra vida. Aunque en aquellos días yo era el dueño del mundo. Como tú ahora, Chris.

Yo cerré los ojos.

—Pero tú tienes más oportunidades de las que yo tuve nunca —continuó papá.

Me sentía incapaz de alejarme de su voz.

—Aprovéchalas. Nunca se puede volver a empezar.

Querido Nadie:

Al volver de casa de tía Pat, mi madre, tu abuela, pasó a mi lado como si no me conociese. Yo la esperaba sentada en la cocina, y cuando oí el coche, salí a abrir la puerta. Me había arreglado por ella y estaba preparando el té. Pasó a mi lado, se dirigió a las escaleras y dijo sin mirarme:

—Me has fallado, Helen.

Yo tenía que fallar a alguien.

Papá entró detrás de ella con las llaves del coche en la mano. Me miró preocupado, fue al cuarto del piano y se encerró allí para perderse en su música. Esa es su evasión, y la mía, pero no esta vez. Yo le seguí y me senté en el taburete del piano, adelantándome a él. Me volví y le pregunté:

—¿Qué ha dicho?

—Está muy disgustada, Helen.

—Ya sé que está disgustada —le dije—. Pero ¿me dejará quedarme aquí?

Pareció alarmado.

—¡Santo Dios, Helen, no va a echarte a la calle!

—¿Permitirá que yo viva aquí con el bebé?

—¿De verdad quieres tenerlo, cariño? —su voz era implorante.

Yo notaba que me estaba derrumbando otra vez, y pensé: «¿Es que nunca va a acabar el llanto, no va a terminar todo esto?». Oía mi respiración entrecortada. Después de todo, era mejor no hablar. Le volví la espalda y levanté la tapa del piano. Era lo que él hubiera hecho, y yo no pude evitarlo; estaba dentro de mí, igual que lo estás tú, formaba parte de mí como mi sangre y mi aliento. Empecé a tocar; no sé lo que era, estaba improvisando y oí que él seguía hablando, bajo el mar agitado de mi música.

—Hubiera dado cualquier cosa por ir a la Escuela de Música, ¿sabes?

Nunca le había oído levantar la voz irritado, ¿o era dolido?

Yo no quería oírle. Seguí tocando más fuerte.

—Estás destrozando tu vida.

Mayo

Después de aquello, Helen y yo procurábamos estar juntos todo el tiempo. Creo que las semanas siguientes fueron las mejores que hemos pasado juntos. Era como si fuéramos una sola persona. Vivíamos el presente, el futuro y el pasado eran el espacio exterior.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntaba Helen de vez en cuando, o le preguntaba yo, y la respuesta era siempre que no sabíamos: el espacio era todavía demasiado grande para entrar en él.

—En cualquier caso, estaremos juntos.

No me dejaban ir a su casa ni telefonarle. Yo quería estar con ella el mayor tiempo posible. Por eso, cuando una tarde me encontré a su hermano Robbie al volver a casa, le soborné para que le llevara un recado. Parecía recelar. Sin duda, Alice Garton le había aleccionado bien.

—Te daré unos bombones —le ofrecí, y cuando empezaba a ablandarse, añadí—: Es una misión secreta, Robbie, y tú eres la única persona que puede hacerlo.

Yo quería encontrarme con ella en la estación de ferrocarril el 15 de mayo a las ocho en punto. Cuando la vi ahí, apenas podía creerlo. Estaba de pie junto a la librería, leyendo una novela de Thomas Hardy.

—¿Estás nervioso? —me preguntó al llegar nuestro tren.

—Mucho —dije.

—Todo saldrá bien.

El tren estaba abarrotado. Nos alegramos al llegar a Manchester y apearnos para cambiar de tren.

—¿Cómo lo llevas? —pregunté.

—Muy bien —sonrió.

Estábamos en el andén, cogidos de la mano y mirando hacia delante, sumido cada uno en sus pensamientos.

Subimos al tren e hicimos cogidos de la mano todo el trayecto hasta Carlisle. A ella no se le notaba nada todavía. Nadie habría pensado que había cambiado algo, pero nosotros lo sabíamos. Era un secreto compartido que nos impulsaba a apretarnos la mano de vez en cuando, sin mirarnos. Había algo muy íntimo y muy especial en ese gesto de cogemos las manos sin mirarnos y sabiendo con seguridad lo que sentía el otro. Cuando vi a Helen por primera vez, me gustó porque parecía afable y sosegada; parecía tener ese equilibrio típico de las que personas que no se enfadan fácilmente. No me gustan las chicas que se enfadan. Pero poco después supe que lo que más me gustaba de ella era su sonrisa. En realidad es una persona muy seria, como su padre, y cuando estás hablando *con* ella te estudia en silencio como si intentase leerte el pensamiento; te desconcierta un poco. Uno se pone a gastar

bromas tontas para intentar distraerla de alguna forma. Y de repente sonrío y se transforma. Cuando sonrío es sencillamente fenomenal. Había pasado semanas sin sonreír, con los ojos reflejando tensión y miedo, y con aspecto de enferma. Fue horrible. Yo sabía que la culpa era mía y que yo era quien le había robado aquella fabulosa sonrisa. Y ahora ella estaba bien y volvía a ser feliz, y cuando le apretaba la mano yo sabía que estaba sonriendo, aunque ella mirase por la ventanilla y yo estuviera leyendo un libro. Y saberlo era agradable y me aturdí un poco. Yo no podía soltar su mano, quería su contacto continuamente.

No me contaba cómo le iba en casa. A mí, por supuesto, me habían prohibido volver por allí. Creo que su madre deseaba verme muerto.

Su madre y su padre vinieron a ver a papá inmediatamente después del asunto de la clínica. Yo no estaba en casa. ¡Por suerte! Estaba arbitrando un partido de fútbol bajo la lluvia, y cuando volví se habían ido. Parece que no se quedaron mucho tiempo. Alice Garton había preparado lo que iba a decir y lo soltó de carrerilla. Estaba muy enfadada, según me dijo mi padre. El señor Garton se limitó a aclararse la garganta y a limpiarse las gafas con la corbata. Mi padre se sentó a escuchar. Cuando llegué a casa, seguía sentado. La televisión, encendida sin sonido, hacía guiños locos desde un rincón del cuarto. Papá la miraba inmóvil, en aquel silencio pesado y frío, como envuelto en un abrigo de invierno del que todavía colgasen algunos copos de nieve. Era evidente que los Garton habían estado allí. Yo iba a subir directamente a mi habitación, pero mi padre levantó un poco la mano, y me senté en el borde de la butaca del gato.

—Me hubiera gustado que me lo contases —dijo—. Esa mujer ha venido aquí hablando más de la cuenta. Dice que vas a casarte con Helen. Yo no sé qué demonios pasa, ¿o sí?

—Yo quería decírtelo —no conseguía aclararme la garganta.

—Lo que pasa con los chicos —dijo papá— es que pueden lavarse las manos si quieren. O creen que pueden.

La pantalla del televisor centelleaba como un animal encerrado y deseoso de escapar. Yo carraspeé.

—Yo no quiero.

—Entonces, ¿has pensado hacer algo? ¿Vas a decirme que queréis casaros a los dieciocho años?

Boda y un apartamento en alguna parte. Una hipoteca hasta la edad madura, hasta que yo fuera más viejo que mi padre. La idea me asustaba hasta desquiciarme. Pensé en la reencarnación. Una segunda oportunidad para hacerlo bien.

—¿Qué quieres, entonces? ¿Qué va a ser de tu graduación? ¿Y de Newcastle?

Cerré los ojos. Deseaba que se callase.

—No pensarás llevarla contigo, lejos de su familia y de sus amigos. ¿Qué va a hacer la pobre chica encerrada con un bebé en un cuarto de estudiante en medio de Newcastle?

Otra vez tenía un nudo en la garganta.

—Al parecer es una chica muy lista.

—Sí —murmuré—, es muy inteligente.

—¿Y esperas que también ella desaproveche sus posibilidades? ¿Qué demonios estás pensando?

Veía todo borroso. Las luces de la televisión eran chillonas y deslumbrantes.

—Su madre dice que o te casas con la chica o no volverás a verla. No puedo culparla. Piensa que lo hecho, hecho está.

Alargué la mano para acariciar al gato, en busca de su calor, y él me cogió un dedo entre los dientes, con mucho cuidado y ternura. Mientras yo no sacara la mano, él no me mordería. Saqué el dedo y me levanté. Papá se levantó también. Apagó el televisor y subió conmigo. Papá tenía una leve cojera a raíz de un accidente de trabajo. Cuando yo era pequeño, algunos de mis amigos tenían miedo de entrar en casa. Ahora se acercó a mí, y yo iba a apartarme porque estaba asustado; me puso el brazo encima del hombro, como si no pudiera evitarlo.

—No creas que no lo siento por ti —dijo.

Yo volví a acordarme de mi madre.

15 de mayo

Querido Nadie:

Debía de estar loca para hacer todo ese recorrido con Chris. Lo hice porque era una forma de pasar algo de tiempo con él. Le dije a mamá que era una excursión del instituto, aunque hacía siglos que no iba a clase. Es horrible mentirle a tu propia madre odio hacerlo, pero ella no es de esas madres a las que se les puede contar la verdad: no quiere oírlo. No quiere oír hablar de ti, pequeño Nadie. Tú no existes. Nosotras no hablamos de ti.

Y como no hablamos de ti, no hablamos de nada. He perdido a mi madre. En casa pasamos una al lado de la otra como extrañas. Yo como en mi habitación porque no encuentro nada que decir, porque no puedo soportar la atmósfera de abajo, porque soy una proscrita en mi propia familia. Papá me trata como si fuera de cristal, me pregunta si estoy bien, me coloca cojines a la espalda cuando me siento. Pero no se apoya en el piano cuando toco, ni lleva el compás con su mano izquierda, ni me toma el pelo con Chris, ni pone sus viejos discos de *jazz* y baila en la cocina feliz y despreocupado.

Es por mi culpa.

Así que cuando Chris me pidió que fuera con él a Carlisle para ver a su madre, acepté. En cierto modo, pensé que podría acercarme a mi propia madre.

Cuando encontramos la calle, Chris era un manojo de nervios. Creo que habría preferido darse la vuelta y regresar a casa en el próximo tren.

—Cualquiera diría que van a sacarte una muela —le dije. Pero sabía muy bien cómo se sentía. Pequeño Nadie, no seas nunca un extraño para mí.

La madre de Chris fuma, así que le di una calificación baja desde el principio. Lo noté en su aliento y en su ropa cuando vino a abrir la puerta. De hecho apestaba. Es realmente bonita, pero apesta. En cierto modo, eso me dio valor para hablar con ella, porque pensé que no podría tratar de imponernos lo que debíamos hacer. Nadie que se atiborre de nicotina y les ensucie el aire a los demás tiene derecho a decir a otros lo que deben hacer con sus vidas; al menos eso creo yo. Así que me sentí más confiada en cuanto la oí. Nadie va a respirar esa porquería encima de ti. No lo permitiré.

Parece mucho más joven que el padre de Chris. No llevaba maquillaje, ni iba bien vestida, ni nada de eso, pero resultaba bonita de verdad, con el pelo cortado como un chico y sus enormes ojos negros. En realidad, Chris tiene sus ojos. Además, parecía feliz, supongo que porque escala, respira aire puro y hace mucho ejercicio. Lástima que fume. Si no fuera por eso, creo que me habría gustado. Chris parecía verdaderamente emocionado de estar con ella; no paraba de sonreír y pasarse las manos por la cabeza. El pelo se le erizaba, y me daban ganas de alisárselo. Me pregunté si también su madre desearía hacerlo.

Su nueva pareja estaba allí también. Tiene la misma pinta que todos los escaladores que he visto en Stanage Edge, incluso la barba canosa. Los he visto pasar, con las cuerdas colgadas del hombro y todo tipo de garfios, ganchos y chismes.

Aquel día hacía mucho calor y él llevaba pantalón corto. Tiene las piernas muy peludas. Apostaría a que es igual de peludo por todas partes. Debajo de la rodilla tiene un pequeño haz de varices, como un diminuto racimo de uvas. Lo noté cuando se sentó. Al ver que lo miraba, puso la mano encima.

Yo estaba demasiado tensa para quedarme sentada y di una vuelta por la casa. Ella seguía llamando Christopher a Chris y diciéndole lo alto que era, como si él no lo supiera, y le preguntaba por Guy y por el instituto; hasta se acordaba del gato. Noté que no mencionaba a su padre. Yo me preguntaba qué habría sucedido. Era más fácil imaginarlos separados que juntos, pero han tenido que estar enamorados alguna vez. Es extraño pensar que la gente pueda enamorarse y «desenamorarse», que el amor pueda convertirse en odio y que las personas que te amaban sean las que más daño pueden hacerte. Lo sé porque me lo han dicho y porque lo he leído en las novelas, pero no lo entiendo. No entiendo, por ejemplo, que mi madre y mi padre sean una pareja. Él solamente es feliz leyendo o tocando el piano. No puedo imaginarlos besándose, cogiéndose las manos o cuchicheando uno con otro. Supongo que lo habrán hecho alguna vez. Pero, entonces, tampoco entiendo qué es el amor. No entiendo que pueda apoderarse de ti, inundarte como una inmensa ola, dejarte sin aliento, anegarte. Yo podría haberme encontrado con cualquiera de los chicos de Yorkshire, y cualquiera de ellos podría haberme gustado, pero fue Chris quien se apoderó de mí. ¡Cómo es posible que no haya un momento del día en que no esté pensando en él, cuando antes me parecía que tenía tantas cosas en que pensar! A

veces pienso que no soy carne y sangre y huesos, sino un montón de espejos diminutos, cada uno de los cuales me refleja a mí por un lado y a Chris por el otro, y todos ellos giran y giran como el polvo en la luz del sol, y yo ando por ahí sin que nadie note que soy diferente...

Mientras ella hablaba con Chris, yo tenía la impresión de estar escuchándola agazapada en su cabeza; me sentía tensa e incómoda y, al mismo tiempo, feliz por él. Di una vuelta mirando las fotografías. Las tenía todas colocadas en las paredes. Me dio una porque la cogí para preguntarle de dónde era. Reproducía una larga cadena de montañas que descendía hasta un lago. Dijo que era Catbells, más arriba de Derwent Water, en el distrito de Los Lagos. Había una atmósfera de maravillosa calma y era casi una imagen doble, porque el lago reflejaba las montañas al revés y el cielo convertido en agua. Fue amable al dármele. Quiero ir a ver ese paisaje, pero tendré que esperar a que tú puedas venir también. Es una tontería, ¿no? Porque ahora puedes ir conmigo a todas partes. Algún día te llevaré en un bote de remos hasta el centro del lago, y verás las cumbres arriba y las rocas a tu alrededor.

—Son para ti, pequeño Nadie —te diré—. Voy a darte el mundo entero.

No puedo pensar siquiera qué va a suceder ahora. Pero esa fotografía es como un puente, como algo que me lleva al otro lado de una negra sima.

Durante el viaje, Chris había dicho que no hacía todo aquel camino sólo para decirle a su madre lo buena que estaba la sopa de lentejas y adónde iba en vacaciones. Aseguró que quería hablarle de las cosas más importantes de su vida y, al oírlo, tú y yo nos acurrucamos y nos sentimos protegidos durante un rato. A veces me da risa que Chris diga esas cosas y me impacienta que sea tan romántico. A veces, también, me da vergüenza que la gente vea la forma en que me mira. Pero estoy contenta.

Y había sopa de lentejas. No pude mirar a Chris cuando su madre la trajo. Pero estaba buena. Luego, ella preguntó si alguno de los dos habíamos hecho ya planes para las vacaciones, sólo para tener un tema de conversación, y Chris sonrió y dudó un momento. Entonces yo fui derecha al asunto.

—Yo creo que no iré a ningún sitio —dije—. Voy a tener un niño en otoño.

Deseé haber esperado hasta terminar las lentejas.

—Oh, ya veo —dijo mirándonos a uno y a otro como si tratara de pillarnos.

A algunas personas se les notan los sentimientos en la cara, pero el rostro de ella no permitía colegir qué estaba pensando. Su amigo acababa de meterse en la boca una cucharada de lentejas y se atragantó. Nos quedamos todos en silencio, con el caldo de las lentejas goteando de las cucharas, mientras él trataba de impedir que la sopa se le saliera de la boca. La cara se le estaba poniendo roja, tenía los ojos llenos de lágrimas, y deglutía poco a poco las lentejas con la boca cerrada; la nuez le daba saltos por encima y por debajo de los pelos del cuello.

—Por Dios, vete a beber agua, Don —le regañó ella, y Don se levantó de un salto y corrió a la cocina con la mano en la boca y la sopa por la barbilla. En cuanto estuvo fuera de nuestra vista tosió muy fuerte; en realidad parecía un ladrido. Después ya no

volvió a la mesa. Probablemente estaba avergonzado porque había hecho el ridículo, después de exhibir sus piernas peludas.

Yo salí una vez con un tipo antes de conocer a Chris. Era mayor que yo y me impresionó porque era analista de sistemas. Me llevó a cenar a un restaurante. Yo pensé que íbamos a tomar café y no me atreví a decirle que ya había tomado el té. Él pidió salmón fresco para los dos. Yo no lo había probado nunca y no sabía cómo eran las espinas. En el salmón de lata sólo hay unos trocitos crujientes. Así que me llevé un trozo a la boca y me encontré con que estaba lleno de espinas, y yo no podía morder, ni masticar, ni tragar. No sabía qué hacer, y aquel tipo no dejaba de mirarme y de hablar de programas informáticos, así que tampoco podía escupir el bocado. Me lloraban los ojos igual que al peludo marido de la madre de Chris. Por fin me levanté, fui al servicio y me libré de las espinas. Estuve allí mucho tiempo, dándome ánimos para volver y enfrentarme al resto de las espinas. Al salir me equivoqué de puerta y me encontré, no en el restaurante, sino fuera, en la calle. Cogí un autobús y me fui a casa. Supongo que hice mal y espero no tropezarme con ese hombre nunca más. Quizá debería haber propuesto pagar parte de la cena, pero él era muy aburrido y ni siquiera me había preguntado si quería salmón.

Ese recuerdo me hizo sonreír, y me puse a comer las lentejas antes de que se enfriaran. La madre de Chris se inclinó hacia mí y me preguntó qué edad tenía y si estaba segura de la decisión que había tomado; de pronto sentí ganas de llorar y exploté:

—¡El bebé también es de Chris!

Ella se echó a reír, con una risa fría y cortante, y sacó un cigarrillo. No puedo soportar a la gente que fuma durante las comidas. No te dejan saborear lo que comes. Pregunté si podía comer más lentejas, que estaban muy buenas, y salí al jardín con mi plato y me senté en un banco. Al cabo de un rato, me había calmado y el calor del sol me dio sueño. La oía hablar con Chris, y sus voces iban y venían en oleadas, porque yo estaba casi dormida. Entonces Chris dijo que no pensaba abandonar sus estudios.

Yo entré en la cocina y me puse a lavar el plato ruidosamente, dejé caer las cucharas al suelo y busqué algo más que comer. Estaba hambrienta. ¡A quien se le ocurre dejar que alguien venga desde tan lejos y no prepararle una comida decente! Y no se trataba de una persona cualquiera. ¡Era su propio hijo, Dios bendito! Yo tenía ganas de llorar por Chris, estaba decepcionada por él. Miré en el frigorífico, vi cuatro platos de ensalada de queso y saqué uno. Chris y su madre seguían hablando cuando terminé de comerlo. Así que cogí otros dos platos y se los puse en la mesa. Chris estaría muerto de hambre. Me comporté como una camarera, discreta y muda, y Chris me miró, puso una mano sobre la mía y la estrechó.

—Estaré en el jardín —dije.

Pesqué un yogur para mí y salí otra vez. Poco después, ella me siguió. Chris estaba fregando los platos en la cocina. Pareció sorprenderse un poco al verme

comiendo yogur, y sospeché que podían no estar destinados para el postre. De todas maneras, lo terminé. El yogur no cuesta tanto.

Ella se sentó en la hierba y me miró. De vez en cuando fruncía los labios para echar el humo. Golpeaba el cigarrillo con los dedos para que la ceniza cayera en el césped. Parecía sosegada y a gusto consigo misma, pero yo tenía la sensación de que estaba nerviosa y un poco desorientada. Sin duda había supuesto una prueba para ella ver a Chris después de tantos años. A pesar de su aspecto tranquilo y relajado, yo habría apostado que por dentro estaba angustiada. Pensé que en cuanto nos marcháramos se iría a la cama con dolor de cabeza. Me pregunté si fumaría tanto habitualmente. Tosí y ella apartó la mano para que el humo ascendiese a su espalda.

—Christopher me ha dicho que tú también estás en sexto curso, Helen —dijo.

Tenía una voz agradable. Más afectada que la de Chris o la de su padre. Como diría mi madre, parecía haberse casado por debajo de su categoría. ¿No es una tontería? ¿Cómo puede alguien ser inferior porque pronuncie las palabras de forma diferente o porque provenga de otra zona de la ciudad? ¿Qué más da que uno toque la flauta, haga vestidos, cultive tomates o construya armarios? Pensé en el padre de Chris, encorvado sobre su torno de alfarero, pensativo y satisfecho cuando acaricia con sus grandes manos esos cacharros que fabrica. Yo, sin dudarlo, lo preferiría al patas peludas.

Le expliqué que no iba al instituto de Chris, porque allí no tenían música en sexto.

—¿Música? —dijo levantando las cejas. Yo había fisgoneado su colección de compactos. Conoce de verdad a Mozart—. Eso es bonito. ¿Qué más estás haciendo?

Le conté que cultura general, que es obligatoria, y matemáticas, latín y danza; ella volvió a levantar las cejas y yo me callé.

Es culpa tuya, pequeño Nadie. No pienso bailar más. He guardado mis mallas en un cajón: es mejor no volverlas a ver.

—Música, latín, matemáticas y danza —murmuró como si fuera un verso de un poema—. Te gustan las normas, entonces.

Pensé que era una buena observación. Me agrada la gente que piensa por su cuenta.

—¿Y el mes que viene empiezas tus exámenes?

Entonces pensé que no me había entendido, que se había olvidado de ti. Desde ahora hasta que llegues no va a ocurrir nada. Es un vacío, un túnel. Cuando pienso en ello, me hundo en mi misma, me vuelvo del revés y me encuentro contigo en el túnel oscuro.

—Espero que decidas bien, Helen —dijo. Su sonrisa era tan cálida y alentadora que me gustó otra vez—. Te lo debes a ti misma, y a tu madre y a tu padre.

Se inclinó hacia mí y me dio unas palmaditas en la barriga; fue una cosa tan inesperada y tan familiar, tan espontánea, que yo me eché a reír sorprendida, y ella rió también.

—Y te debes a esa cosita.

¿Lo has sentido, Nadie? ¿Lo has oído? Era tu abuela quien hablaba. Seguro que no le gusta la idea de ser abuela. Es curioso que las abuelas de los cuentos tengan bigote y el pelo blanco y lleven audífonos, y la tuya sea esbelta y bonita, y además una conocida alpinista.

Al volver a casa en el tren, Chris y yo íbamos muy callados. Él me rodeó con su brazo y yo me acurruqué con la cabeza recostada en su hombro. Chris debía de creer que yo estaba dormida. Pero no era cierto. Estaba haciendo planes para el día siguiente. Tenía que llamar a Ruthlyn para que viniera a casa a repasar matemáticas conmigo. La música y el latín los llevo bien. La cultura general no se puede repasar. Y danza. Bueno, la danza depende de cómo me encuentre. Pero me siento muy bien. Hablaré con el doctor Phillips, y veremos qué dice. No es demasiado tarde. En el colegio de música ya he hecho todo lo que podía. A lo mejor voy por allí un día. Me parece sentir dentro de mí una especie de burbujeo excitante. No es demasiado tarde. Lo digo una y otra vez, al compás del tren. Hay tiempo aún, hay tiempo aún, hay tiempo aun.

Lo haremos juntos, pequeño Nadie.

Fue una experiencia muy extraña encontrarme otra vez con mi madre, verla como una mujer, no como un fantasma o un ogro ni como un maravilloso ser encantado. Estaba más guapa de lo que yo esperaba. No sé por qué, eso me sorprendió, quizá porque mi padre es un hombre de aspecto corriente. También ella estaba muy nerviosa. Había electricidad en el aire. Creo que Helen era la única que estaba tranquila cuando llegamos, y se puso a dar vueltas como un león en la jaula, fisureando los libros de mi madre y la colección de compactos y cogiendo las fotografías de las paredes. La comida fue realmente penosa. Ya es bastante malo comer delante de extraños, pero cuando ese extraño es tu propia madre, es una especie de tortura. La comida te permite hacer algo con las manos, y eso tranquiliza, pero en cambio te tapa la boca.

Yo aseguraría que Don no tenía ninguna gana de estar con nosotros. Para él debió de ser peor todavía. Pensé que era una delicadeza por su parte quedarse al margen y dejar que mi madre llevase la conversación, sin entrometerse ni hacer preguntas, limitándose a aguantarla, supongo. Entonces Helen les disparó un bombazo, y el pobre hombre no pudo soportarlo. Le sirvió de excusa para desaparecer de la casa, y debió de ser un alivio para él. Para mí lo fue, desde luego. Y después, también Helen se vio desbordada por la situación y salió al jardín. Mi madre y yo nos quedamos solos. En realidad fue entonces cuando empezamos a hablar.

—Te admiro por haber venido —dijo—. Has sido valiente. Eres más valiente que yo.

—Hace mucho tiempo que quería verte —dije—. Desde antes... Bueno, ya sabes, desde antes que Helen...

—Te recordaba como un niño pequeño, apasionado por los trenes de juguete y por Batman, de voz chillona y cara pecosa, y me encuentro con un joven enamorado que pronto va a ser padre.

Hasta sin comer lentejas me costaba trabajo tragar.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—No sé —dije.

—¿Qué quieres hacer?

—Todo —seguía intentando tragar—. Quiero hacer mi licenciatura en Newcastle —me miré las manos—, y quiero estar con Helen. Pero no sé lo que Helen quiere. Tampoco ella lo sabe.

—Christopher —dijo—, cuando dejé a tu padre hice una cosa horrible.

—Ya lo sé.

—Pero antes había hecho otra todavía peor: casarme con él.

Me escocían los ojos y no podía mirarla.

—¿Puedo hablarte de eso?

—Si quieres.

Yo no sabía si quería saberlo o no. ¿Era a eso a lo que había ido? No tenía ni idea.

—Cuando conocí a Alan era seguramente más joven que Helen. Mi padre había muerto cuando yo tenía doce años. Mi madre no supo enfrentarse a la situación. Hay personas que reaccionan ante esas cosas con una fuerza que ni siquiera conocían; otras se sienten totalmente desarmadas. A mí me llevaron con mi abuela, y ella prefería a mi hermana. Pero entonces a todos les gustaba más Jill. Salí de la escuela a los dieciséis años, aunque todos pensaban que debía seguir estudiando. Pero estaba harta, sabes. Lo que necesitaba era ser yo misma, probar de qué era capaz, no sé si me entiendes. A veces hacemos mal las cosas por razones justas. Y conocí a tu padre en el trabajo. Él trabajaba en la fábrica y yo estaba en la oficina. En la pausa de la comida, solía sentarse a mi lado en el patio y charlábamos. Creo que me recordaba un poco a mi padre, y porque me traía ese recuerdo, yo pensé que le amaba. Tenía diez años más que yo y era muy callado y comprensivo. Me creía maravillosa, me adoraba. Hizo que me sintiera otra vez especial, querida. Y tenía una casa. Me pidió que me casara con él. Para mí era una salida; además, creía que le amaba. Y quizá era así, pero no era el verdadero amor.

Helen trajinaba en la cocina, tirando cucharas y cacharros. Pensé en mi padre, amable, bondadoso y reflexivo, y sentí ganas de llorar. Mi madre y yo seguimos mucho tiempo sentados, sin hablar, y Helen entró de puntillas, tratando de ser discreta, con dos platos de ensalada. Fue como si hubiera descorrido las cortinas para que entrara la luz del sol. Me sentí relajado. Quise que lo supiera y puse mi mano sobre la suya.

—Estaré en el jardín —me dijo.

La casa se quedó otra vez en silencio.

—Y después conociste a Don.

—Conocí a Don. Fue un par de años después de nacer Guy. Yo empecé a frecuentar clubes y cosas de ésas, sólo por salir un poco. Tu padre os quería mucho, hubiera dado cualquier cosa por vosotros. Lo único que quería hacer por las tardes era quedarse en casa a vuestro lado, leeros cuentos, jugar, hacer construcciones. Yo necesitaba salir, y a él no le importaba. Me apunté a un club de escalada y en él empezó todo. Me enamoré, me enamoré de verdad. Tenía veintiséis años y dos hijos, y por primera vez en mi vida estaba enamorada. Era tarde. Demasiado tarde. No podía soportarlo, no sabía qué hacer con mi vida. Pensé morirme, Christopher, de verdad. No me disculpo ni me perdono, pero sólo podía hacer una cosa para continuar viva: irme con Don. Y después de darle vueltas durante cerca de cuatro años decidí hacerlo.

Apartó su plato, buscó cigarrillos y después los apartó también.

—Empecé otra vez a fumar esta maldita cosa cuando me escribiste la primera carta.

—No querías verme.

—No podía soportar verte, al menos mientras fuiste pequeño. Me sentía mal por haber dejado a Alan. Estaba enamorada de Don. Había conseguido lo que quería y estábamos juntos. Pero para lograrlo había tenido que dejar a mis dos hijos. Sufría por vosotros. Todos los días, durante muchos años, estuve a punto de volver; hubiera sido decir adiós para siempre a mi verdadero yo. Lo que más deseaba era vivir con Don y teneros a vosotros conmigo. Pero yo quería a Alan, no como debe querer una esposa, sino como una hija, como una amiga. No podía quitarle también a sus hijos. ¿Cómo iba a hacerle eso? Decidí no volver nunca a tener contacto con vosotros dos. Supongo que me estaba castigando a mí misma. Ahora sé que fue una decisión equivocada.

Horas más tarde, ya en el tren, sus palabras seguían dándome vueltas en la cabeza, como ratoncillos que corrieran por una red de túneles para pasar de la luz del día a la oscuridad y volver a la luz una y otra vez. Helen parecía dormir acurrucada en mi hombro. Yo estaba contento. Prefería no tener que hablar.

Junio

Hacía un frío increíble la mañana del primer examen de inglés. Habían dicho que en junio habría una ola de calor, cosa que es tradicional y que suele durar hasta el final de los exámenes. El año anterior yo tenía la fiebre del heno, según dijeron, y me pasé los exámenes moqueando, sin entender bien las preguntas porque me lloraban los ojos, y sudando sin parar porque el sol me quemaba en el cuello mientras escribía. Pero este año no ha sido así. Tenía los pies helados y sentí no haberme puesto calcetines de lana. Había estado despierto toda la noche, recordando citas de *Hamlet* y de *Mucho ruido y pocas nueces*. Por la tarde tenía el examen de sociología, y las fechas y nombres me bullían en la cabeza. Además estaban próximos los exámenes de lengua y educación.

La verdad es que todo eso me parecía una pérdida de tiempo. No el aprendizaje, sino el repaso. Es como hacer una comida abundante cuando te basta con un bocadillo. Después vomitas todo eso en el examen y te llenas la cabeza otra vez para el día siguiente.

Los profesores creen que con el repaso se puede lograr mucho, como la gente con la velocidad. Entrás en un estado de irrealidad en el que lo que pasa en tu cabeza es más importante que lo que pasa en el mundo. Aunque, ¿qué es el mundo real? Quizá la única realidad sea lo que en un momento determinado pensaste o experimentaste.

Mientras repasaba para el primer examen de inglés, Hamlet rondaba por mi cabeza como si, al mismo tiempo que mi vida, estuviese viviendo otra. No me hubiera extrañado verle entrar en la cocina, vestido con su jubón.

—Vamos a ver, Hamlet —le hubiera dicho mientras él preparaba una taza de té—, hablemos de tu madre.

Y quizá él me habría dicho:

—Buen amigo, ¿qué hay en nuestros corazones para hablar ahora de madres? ¿No es mejor hablar del amor?

Algo así. Aunque él preferiría usar versos, y Ofelia entraría pálida, chorreando agua y llevando flores, de la mano de Helen. Voy a volverme loco. Mentecato parlanchín.

¿No quiero graduarme en inglés? ¿Para qué sirve todo esto? Yo quiero a Helen.

Antes de salir de casa, me llamó para desearme suerte. Por el ruido del tráfico, pensé que telefoneaba desde la parte alta de su calle. Su primer examen era al día siguiente. Música. Lo aprobaría fácilmente. Siempre aprobaba con facilidad los exámenes. No creo haber conocido a nadie más listo que Helen.

Estuve bien hasta que entré en el instituto y vi a todos nerviosos, dejando caer plumas y bolígrafos y diciendo que no habían dado golpe; me entró pánico. Toda la clase hervía de tensión, como si hubieran colocado postes eléctricos. Tom andaba de

acá para allá, repitiendo citas como quien repasa la lista de la compra, embrollando todo y preguntando sin parar:

—¿De qué obra es esto? ¿Quién es el viejo al que apuñalan? ¿Es de *Hamlet* la escena del balcón?

—Me estás poniendo muy nervioso —le dije.

Me tendió la mano y dijo:

—Suerte, colega. Si lo hecho, hecho está, entonces bien está lo que bien acaba.

—Piérdete —dije.

Respiré profundamente antes de empezar, como para lanzarme desde un trampolín. No sabía aún qué iba a hacer en octubre. Todo estaba confuso. No sabía qué quería hacer aquel día o al siguiente, ni el año próximo, ni nunca. Tampoco sabía qué quería Helen. Ni siquiera habíamos hablado de ello. En cierto modo no podíamos, era demasiado peligroso; las palabras son como reflectores que sondan la oscuridad en busca de soldados que se arrastran asustados. Los acribillan para siempre. Mi padre insistía en que hiciésemos planes, pero cuanto más insistía, más me resistía yo.

—El problema no va a desaparecer, ya lo sabes —me decía—. Será cada vez más grave. Y cuanto más tiempo lo dejes, peor.

Cuando él recibe una factura que no puede pagar, la esconde detrás del reloj durante algún tiempo. Podría habérselo recordado, pero preferí callarme. Helen y yo decíamos que afrontaríamos el problema después de los exámenes. Así nos lo quitábamos de encima. Todo de una vez era demasiado.

En octubre, Helen iría al Real Colegio de Música, y yo a la Universidad de Newcastle. Al menos ésos eran nuestros planes seis meses antes. Parecían dos fotos diferentes, hechas pedazos y mezcladas, como un castillo de naipes que se derrumba.

Nuestro profesor de inglés, Hippy Harrington, me sonrió al entrar en el aula y me hizo un guiño discreto. Yo bajé entre las hileras de pupitres en busca de la M de Marshall, y de repente me sentí tranquilo. Helen estaba bien y contenta, después de aquel horrible comienzo. ¿Qué importaba lo demás? Pronto nacería un bebé que era suyo y mío, ella y yo. Nada iba a detener eso. Si ella estaba tranquila, yo debía estarlo también. Me senté, saqué mis bolígrafos y los puse en fila. Cuando nos dieron la señal, di la vuelta al papel. Era la primera pregunta del examen: «¡Cómo! Mi Lady desdeña...». Me imaginé a Helen frunciendo los labios y mirándome con la cabeza ladeada. Mi querida Lady Nell. Pronto sabremos qué hacer.

6 de junio

Querido Nadie:

Hoy me han sucedido dos cosas.

Tú te has movido. He sentido dentro de mí una especie de palpitación y he sabido que te habías movido. Quizá has arqueado la espalda para darte la vuelta mientras

dormías, no sé; en todo caso, te he sentido. Ha sido como el leve aleteo de un pájaro. Eres una pequeña pieza de un mecanismo asombroso.

Pronto dejarás de ser un secreto. Mi cintura ha desaparecido ya, y mi barriga se está redondeando. Sólo un poco, aún puedo ocultarlo con camisetas anchas. Pero las mujeres del parque sabrán pronto que voy a ser una de ellas, parte de su conspiración, y que nos miraremos unas a otras con sonrisas de complicidad.

Hoy hace un día invernal, el frío me llega a los huesos. ¿Estás bien caliente ahí metidito?

Escucha.

¿Oyes caer la lluvia?

Estoy contenta de que hayan empezado los exámenes. ¡Cuánto me gustaría que mi madre se ablandara con respecto a Chris! Sería maravilloso repasar juntos, tenerle aquí en casa y pasar el tiempo a su lado, oír música y tomar café cuando quisiéramos hacer una pausa, salir a oxigenarnos, dejando que la lluvia nos mojara la cara. Pero ella no quiere ni oír hablar del asunto. Le ha prohibido volver aquí. Ni siquiera me habla de él, ni de ti.

A veces, papá se sienta en el sofá o en el cuarto del piano y me dice que mi madre quiere saber qué planes tengo. Pero ella no se digna preguntarme personalmente, y eso es lo que más me duele.

Yo siempre digo: «No me preguntes, papá. No lo sé todavía».

Otras veces se limita a apretarme la mano, y a mí me entran ganas de llorar. Yo querría apoyar la cabeza en su hombro y llorar y llorar, pero creo que él no sabría qué hacer. Así que me aguanto y él me suelta, por encargo de mi madre, el rollo de que estoy arruinando mi vida.

—¿Qué quieres que haga, papá? —le pregunté ayer, aunque ya sabía la respuesta.

—Quiero que te dediques a la música.

Eso es. Para él es muy sencillo. No afronta los hechos, lo mismo que ella; entonces, ¿cómo pueden culparme?

De todos modos yo he tomado una decisión, y ésa es la otra cosa que ha sucedido hoy. He decidido terminar con Chris.

¿Ves? Yo estoy preparada para ti, sé lo que tengo que hacer. Antes tenía miedo de ti. Ahora, cada centímetro de mí te quiere. Esperaré el momento oportuno, y cuando estemos preparados, yo iré al Conservatorio y tú compartirás conmigo el futuro. No puedo pensar más que en ti. Estoy vuelta hacia mi interior, como un capullo con todo su perfume y su color encerrado dentro de él. Cada segundo del día soy consciente de ti.

Pero no estoy preparada para Chris.

No estoy preparada para compartir mi vida con él, y eso es lo que tendría que hacer. La idea me aterra. Él está muy ilusionado con Newcastle y con la vida en la Universidad. No habla de otra cosa desde que le conozco. Sé que se quedaría conmigo si se lo pidiese. Sería pedirle un sacrificio enorme, pero estoy segura de que

lo haría. Encontraríamos un piso en algún sitio y seguramente su padre y el mío nos ayudarían. Yo perdería para siempre a mi madre. Pero habríamos hecho lo mejor para ti.

Todavía sufro cuando lo pienso. Me he despertado asustada, pequeño Nadie, y no sé si me asustaba más comprometerme para siempre con Chris o pasarme la vida sin él. Hace seis meses, la idea de estar juntos el resto de nuestras vidas no se nos pasaba por la cabeza. Eramos un par de críos que se divertían juntos. Y ahora nos vemos catapultados al mundo de los adultos. No estoy preparada para un para siempre. No estoy preparada para él, y él no está preparado para mí. Además tengo miedo de que todo este sufrimiento te afecte a ti. ¿Es así? ¿Puedes decírmelo?

Voy a esperar hasta su examen final para hablar con él. Sería cruel hacerlo ahora, pero no puedo dejarlo correr, esperar hasta que nazcas, permitir que las cosas sucedan como si fuera imposible evitarlas o detenerlas, o incluso pensar en ellas. Chris y yo pasaremos juntos unas últimas semanas. Si es posible, le veré todos los días.

Y después, cuando pasen los exámenes, se lo diré.

15 de junio

Querido Nadie:

Esta mañana he ido con Robbie a casa del abuelo. Había decidido que si el abuelo no lo sabía ya, tenía que hablarle de ti. Mi madre no se lo habrá dicho, eso seguro. Mi familia es muy reservada.

Hacía frío. En junio debería brillar el sol y tendría que haber fresas, vestidos de algodón, abejas en las rosas y todo eso; pero sólo hay cielos grises y vientos fríos. El tiempo nos cerca como una pared de cemento. En casa está encendida la calefacción, y anoche mamá se llevó una bolsa de agua caliente a la cama. Dice que estamos igual que en invierno.

Ya he terminado mis exámenes. Simplemente apreté los codos, bajé la cabeza y seguí adelante con ellos. En realidad los disfruté. Creo que estaba cargada de adrenalina después de tanto repaso y de todas las angustias con Chris. Me volqué en los exámenes y me sentí renovada por ellos.

El éxito es como una estrella brillante que levantas con las dos manos. Y yo quiero tener éxito, pequeño Nadie. Por nuestro propio bien, quiero que la estrella brille.

Antes de los exámenes, me reuní con Ruthlyn y con otras chicas en el bar del instituto. Me pareció que hacía cien años que no había visto a ninguna, excepto a Ruthlyn. La buena de Ruthlyn se ha portado muy bien conmigo. Ahora lo sabe. Dice que lo ha sabido siempre, pero esperaba que yo se lo dijera. Ojalá no tuviera que irse. Sería estupendo compartir un piso con Ruthlyn. Así tendría una estupenda ayuda para cuidarte. Mientras esperábamos para entrar al primer examen, empezó a contarme que su hermana Grace, cuando estaba embarazada, tenía tal antojo de carbón que

solía masticar trocitos como si fuesen caramelos. Aunque trataba de hablar bajo, su voz es tan fuerte que se habría oído por encima de una orquesta de *rock*. Además estábamos un poco tensas porque íbamos a hacer el examen práctico de *mates*, pero me hizo reír. Seguro que las otras chicas nos maldijeron. Algunas de las que hacen matemáticas son bastante aburridas. Llevan faldas de cuadros y calcetines blancos. Curiosamente, muchas de las estudiantes de música son así también. Antes me gustaban, pero ahora no sé qué decirles. Me siento entre ellas como un ser extraño: todas se fijan en mi barriga, apartan la vista y después se miran unas a otras y sonríen. Yo quisiera decir: «Sigo siendo la misma persona, ¿sabes? No he cambiado».

Pero no soy la misma persona y nunca volveré a serlo.

Se avergüenzan de mí, supongo. Y por extraño que parezca, algo semejante le pasa a Chris. Yo corrí a contarle que tú te movías dentro de mí, y él me miró y sonrió, un poco violento.

—Ponme las manos en la tripa —le dije—, y lo notarás tú también.

Pero no quiso.

Si se avergüenza de ti y de mí, ¿cómo va a poder ser un padre para ti? Sé que tengo razón. No nos tocamos con esa intimidad. Nos cogemos las manos y nos besamos, y yo suspiro por él, pero tengo miedo. ¿Qué pasaría si viviéramos juntos y tuviéramos miedo de tocarnos el uno al otro? Cuando haga su último examen de inglés, se lo diré.

Así que he ido a casa del abuelo con Robbie. Robbie está muy pesado estos días. Le están creciendo los dientes, estoy segura. • Estoy segura de que el año pasado no tenía los dientes tan grandes. Todos los chicos de diez años parecen tener unos incisivos enormes, eso es obvio. Y siempre está riéndose de algo. Antes era un niño que escuchaba cuando le contabas cuentos y con el que se podía jugar a la pelota. Ya hace tiempo que no.

Cuando íbamos a casa del abuelo, me ha preguntado:

—¿Cuándo vas a... ya sabes qué? —y se ha reído con esa voz tonta de bebé, mientras entre sus enormes dientes asomaban burbujas acuosas.

—¿Qué es lo que ya sé? —le he preguntado irritada, aunque sabía exactamente por qué se portaba así. Y él ha sacado la barriga y ha seguido mirándome y riéndose, con su cara de bobo sonrojada.

—Deja de ser tan estúpido —le regañé—. No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Seguro que Chris la tiene —ha gorjeado.

El abuelo había estado nadando. Nos ha alcanzado cuando llegábamos a la puerta y ha saltado la valla para venir a abrirnos. Hemos pasado y el perro se nos ha echado encima para derribarnos.

—Cuidado —ha dicho el abuelo, y ha tendido la mano para sujetarme. Como de costumbre, me ha pasado la mano por el hombro y la cintura y he notado que se ponía

tenso. Yo llevaba ropa ancha y no se me notaba mucho. Pero probablemente se ha dado cuenta.

—Abuelo... —he empezado, pero él ha apartado la mano y se ha ido con Robbie a la cocina sin mirarme. No he tenido ganas de seguirle y he subido derecha a ver a mi abuela. Le gusta mirar a la calle por la ventana, por una rendija de las cortinas. No puedo imaginar en qué piensa durante tanto tiempo. Es como si hubiera entrado en la vejez sin darse cuenta. Cuesta trabajo tratar con ella. Yo me siento a hablar, aunque me encuentro incómoda. Me da pena, con sus ojos siempre tristes. Lo que más me asusta es que mi madre se parece un poco a ella, sobre todo estos días: es como si los pensamientos que bullen en su cabeza fueran mucho más interesantes que lo que ocurre a su alrededor.

El abuelo y Robbie han llegado con los sándwiches y los han puesto en la mesita que utiliza la abuela. Al dejar la bandeja, el abuelo ha besado a la abuela en los rizos de la permanente. Después ha bajado otra vez las escaleras silbando entre dientes y ha subido enseguida con un jarrón y unas rosas del jardín.

—Mira, Dorrie, huele —le ha dicho, y ella ha vuelto sus tristes ojos para mirarle un momento, ha sacudido la cabeza y ha apartado la vista otra vez.

—Entonces, ¿crees que Inglaterra tiene alguna posibilidad? —le ha preguntado el abuelo a Robbie, y los dos se han puesto a hablar de los Campeonatos Mundiales.

Yo me he acercado a la ventana con un sándwich de queso en la mano y me he quedado mirando a los niños que jugaban en la calle. Sus voces resonaban en la pared de ladrillos. Iba a llover pronto, a juzgar por la transparencia del aire. Y de repente, la abuela ha preguntado:

—¿Para cuándo esperas el bebé?

El abuelo y Robbie se han callado inmediatamente. Yo sentía los ojos del abuelo clavados en mí. He tenido que hacer un esfuerzo para mirarle.

—¿Qué dices, Dorrie? —ha preguntado el abuelo—. Estás hablando con nuestra pequeña Helen.

La abuela ha seguido mirándome mientras masticaba un sándwich.

—No soy la pequeña Helen —he logrado decir trabajosamente, porque estaba temblando—. Y la abuela tiene razón.

Robbie ha soltado otra vez una de sus risitas.

—No sé —ha suspirado la abuela—. A lo mejor hay sangre mala en nuestra familia. Como la madre, la hija.

La tarde de nuestro último examen, Tom y yo salimos a dar una vuelta en bicicleta. Yo nunca había hecho de un tirón una carrera tan larga y tan rápida. Recorrimos volando el valle de Hope hasta Castleton y sudamos tinta al subir el puerto de Winnats. Mi corazón debía de estar hinchado como un globo rojo a punto de estallar. Creía que no iba a llegar nunca y de pronto me encontré arriba, con aquel aire y

aquella luz, y me sentí libre como el viento. Luego todo el camino fue cuesta abajo hasta Buxton. Bajamos gritando a pleno pulmón.

—¡Vamos hasta Wildboarclough! —gritó Tom, y salimos disparados hacia los páramos, sin ver ni un coche, ni una bici, ni un excursionista. Arriba había muchas ovejas y muchos zarapitos, que ondeaban en el aire como ríos. Al llegar arriba nos apeamos de las bicis y dejamos vacías las botellas de agua.

—¡Demonios! —dijo Tom tumbado de espaldas, con la camisa fuera y los pantalones del chándal enrollados hasta las rodillas—. El mes que viene tienes que venirte conmigo a Francia, cabezahueca.

—No puedo.

—¿Por qué no? Te prestaré la pasta, si andas corto.

—No es eso.

—Entonces, ¿qué? ¿Helen? Ella no te lo va a impedir.

Yo quería contarle lo de Helen, pero no sabía cómo. He dejado embarazada a Helen. Helen va a tener un niño. Vamos a tener un bebé... No encontraba el vocabulario adecuado. Me había pasado las dos últimas semanas garabateando miles de palabras inútiles en los exámenes y no era capaz de pronunciar la frase más importante de mi vida.

—Helen es estupenda —dijo Tom—. ¿Qué pensáis hacer? ¿Vais a estar juntos el próximo curso?

Yo intenté reír.

—Newcastle está muy lejos de Sheffield —dije. Y después añadí en voz muy baja—: Aunque puede que tengamos que estarlo.

La voz se me espesaba en la garganta como melaza. A cualquiera le habría bastado con eso, pero a Tom no. ¿Cómo puede ser tan torpe alguien que espera sacar sobresaliente en todo?

Tom pedaleaba delante de mí, y yo me quedé rezagado para contemplar el valle. Sabía que Helen y yo teníamos que hablar antes de que acabara el mes, teníamos que decidir lo que íbamos a hacer. Empecé a bajar Wildboarclough hecho un manojo de nervios. Durante el descenso, la velocidad aumentaba. Yo la moderaba con un ligero toque de frenos y me inclinaba a un lado en las curvas. Ante mí se extendía el inmenso paisaje verde, y no había forma de ver más allá de las colinas azules. Si aflojaba los frenos me precipitaría en la nada absoluta, en la más asombrosa calma.

Un par de días más tarde celebramos la despedida del curso. Lo hicimos aceptando una propuesta de Tom: la mitad del grupo quería ir a una discoteca de la ciudad que suele estar llena de críos de catorce años que tratan de ligar con chicas de dieciséis. Patético. Me pone enfermo. Tom sugirió que fuéramos a oír al grupo *Zambian*, que tocaba en el *Leadmill*. Eramos unos diez, incluidas Helen y Ruthlyn. Deberíamos haberlo planeado antes, lo sé. Pero yo no sabía que nos íbamos a decidir por eso.

Ya desde que salimos, Helen estuvo muy extraña, cortante como el cristal. Yo no entendía su humor de aquella noche. Me cogía la mano y dejaba que la besara, y un minuto después estaba fría y silenciosa, como ausente. Cuando se porta así me tortura. No sabía qué demonios le pasaba. No lo supe hasta que la acompañé a su casa aquella noche.

Estaba preciosa. Llevaba algo suelto, azul y flotante. Y el pelo, suave y brillante, reflejaba la luz cuando se movía. Cuando la orquesta empezó a tocar, todos se levantaron a bailar, pero yo sólo miraba a Helen. Había que verla bailar. Todos la observaban. Ella fingía que no se daba cuenta y bailaba con los ojos medio cerrados. De vez en cuando me miraba y me dedicaba esa sorprendente sonrisa suya. En toda la sala no había nadie más para mí.

Mientras la miraba, tuve una idea. Una idea tan perfecta que parecía flotar en el aire, tan estremecedora y obvia que me sentí ganas de gritársela por encima de la música. Pero me la reservé. Me acerqué a ella y empecé a bailar, satisfecho. Decidí contárselo al ir a casa. Era lo siguiente: pediría a mi Universidad que transfiriese mi plaza a Sheffield. Era muy sencillo.

23 de junio

Querido Nadie:

Sabía que tenía que ser esta noche.

He procurado que fuera la mejor noche que hemos pasado juntos. He procurado hacerle saber a Chris que para mí es la persona más especial del mundo. De vez en cuando me acordaba de lo que tenía que decirle al final de la noche. Parecía crecer dentro de mí como si fuese a ahogarme. Yo seguía sonriéndole como si todo marchase bien. Me miraba continuamente y parecía ansioso. Él sabía que algo pasaba.

La orquesta Zambian tocaba una música optimista y alegre. Todos se reían y estaban animados, uno no podía resistirse a bailar con aquella música. Era como si el ritmo se te metiese dentro, en la sangre y en los huesos. Todo el mundo bailaba, viejos y jóvenes. Nuestro grupo lo pasaba bien. Yo llevaba un vestido muy suelto y bailaba sólo para Chris. Sabía que la gente me miraba y estaba segura de que ahora todos notaban que estaba embarazada. Me he dado cuenta del momento exacto en que Tom lo ha descubierto. Se ha quedado pálido. Ha mirado a Chris y después a mí, y yo le he sonreído. «No importa, Tom —hubiera querido decirle—, todo va bien».

Chris ha estado mucho tiempo sentado, mirándome. Parecía hipnotizado. No creo que haya advertido siquiera los cuchicheos que pasaban de unos a otros. De repente se ha levantado, ha venido a buscarme mí y se ha puesto a bailar con esos pies desenfrenados que tiene. Es como si los tuviese atados a las manos con cintas elásticas. Le falta coordinación, no sé cómo puede sostenerse en la bicicleta. Y mientras le veía bailar, moviendo los pies sin orden ni concierto, yo pensaba cuánto

me gusta, pequeño Nadie. No quiero decir esa otra palabra, es demasiado peligrosa. Duele mucho, mucho, mucho.

Cuando hemos salido, casi amanecía ya.

Al principio íbamos todos juntos. Después nos hemos ido separando en parejas y en grupos; Chris y yo nos hemos quedado solos, cogidos de la cintura. Andábamos muy despacio para alargar el camino. Yo quería que durase siempre. No quería decirle lo que sabía que tenía que decir. Y al llegar a la esquina de nuestra calle, Chris me ha dicho:

—Nell, no deberíamos tener que darnos las buenas noches. Ahora tendríamos que estar juntos todo el tiempo.

Y entonces se lo he dicho.

Helen:

No tienes derecho a hacerme esto. No puedes dejarme ahora fuera de tu vida. No puedes apartarme. No lo consentiré.

La tiré a la papelera.

Querida Nell:

Te amo

También la tiré.

Helen:

No puedes decirlo en serio. No, por favor. Por favor, deja que nos veamos otra vez. Por favor, tenemos que hablar.

Otra más.

Reescribí todas y las metí en un sobre. Escribía todos los días. Ella no contestaba. No me contestaba siquiera. De repente, yo no existía. De repente, el cincuenta por ciento de ese bebé se suprimía para siempre. Ni siquiera había preguntado qué quería yo. Me dijo lo que quería ella y se fue. Salió de mi vida y se metió en una habitación con la puerta cerrada. Ruthlyn me dijo que Helen estaba muy trastornada. Maldito derecho tenía a estar trastornada. Ella había sido la que me había dado con la puerta en las narices. Esa fue la conclusión que saqué entonces. Ella había tomado la decisión por su cuenta, como si no tuviese nada que ver conmigo.

Y cuando no estaba furioso, estaba desesperado. No podía hacer nada. Flotaba en el espacio y miraba a la Tierra, miraba a Helen; estaba a un millón de kilómetros de distancia, estaba en el destierro.

Una noche, mi padre me oyó llorar. No me colocó los viejos clichés de que hay muchas mujeres en el mundo, o de que ya se me pasará y estaré mejor sin ella, ni de que los hombres no lloran. Nada de eso. Entró, se sentó en una silla junto a mi cama y

me tocó en el hombro, sólo para que supiera que estaba allí, y me dijo que quizá más tarde me apeteciera ver el partido de Irlanda contra Rumanía y que él me guardaría una cerveza. Sólo vi los penaltis de desempate. Durante cinco minutos completos me olvidé de Helen. Casi.

Tom me llamó para ver la semifinal entre Inglaterra y Bélgica en la gran pantalla del polideportivo. Fuimos primero a la pared de escalada. Yo me senté a mirarle. Las voces de alrededor sonaban como en sueños. Todos aquellos estudiantes se movían, se reían y actuaban como si nada hubiese sucedido. No podía creer que no lo supieran, que no les importara. Estaba hecho polvo. Salí a rastras detrás de Tom, como un viejo.

—Estás más triste que un ciprés —dijo Tom.

—Déjame en paz, Tom.

—Es una puta por hacerte esto —dijo él.

Casi le pego. Si no hubiera sido más alto que yo y lo bastante fuerte para sujetarme el brazo, le habría dado un puñetazo en la nariz. Me echó el brazo por encima del hombro y me llevó al edificio Mandela. Estaba abarrotado de estudiantes: eran al menos mil y veían sentados el partido en la pantalla grande. Pasé todo el partido alelado, con la cara de Helen flotando delante de la pantalla, Helen riendo, Helen echando atrás la cabeza, Helen bailando con los ojos cerrados y el pelo caído sobre la cara. De pronto, en el último minuto de la prórroga, Inglaterra marcó un tanto. Fue como un disparo: Bang, un gol, claro como el agua. Me levanté y grité con todos los demás, sin saber lo que hacía. Todo el salón estaba en pie, vociferando y levantando los brazos. Después ya no nos quedamos a oír el comentario. Salimos del edificio Mandela con los brazos en alto, dando gritos, locos de remate, unos mil tíos bajando en tropel por el Moor. Como si una marea nos arrastrase. Era delirante. «¡Inglaterra! ¡Inglaterra!», gritaba yo también.

No recuerdo haber ido a casa aquella noche.

Estaba enfermo. Eso sí lo recuerdo.

Julio

Cuando me di cuenta de que Helen iba en serio, lo único que se me ocurrió fue huir como fuera. Después de pasar días enteros pedaleando por su calle, esperando en nuestros lugares preferidos y buscándola en nuestros rincones especiales, todos esos sitios se me hicieron odiosos. No podía soportar la idea de estar allí sin ella. Leadmill, las tiendas de discos, la Fox House, el bar de la calle Atkinson en que solíamos tomar chocolate caliente: yo detestaba todo eso. Me aterraba encontrarme con ella y que no me hablase. Tenía miedo de derrumbarme o de cometer alguna estupidez si la veía. Helen me obsesionaba en todas partes. Cada vez que cogía un autobús, esperaba que estuviese en él. Cada vez que entraba en una habitación, pensaba que ella estaría dentro. Ella ocupaba todos los espacios de Sheffield, pero no estaba en ellos. No estaba en ninguna parte. Había desaparecido de mi vida y se había llevado lo mejor de mí.

Por eso, cuando Tom vino un día y se sentó un rato conmigo en el patio y dijo:

—La oferta sigue en pie, Chris. Si quieres venir a Francia, yo puedo prestarte dinero.

Yo me levanté de mi coma y dije:

—Sí, iré contigo.

Ojalá no lo hubiera hecho.

Querido Nadie:

Hoy, cuando estaba sentada en la cama, rodeada de todas las cartas que te escribo y con la foto de Chris en la mano, ha entrado mamá en la habitación. Se ha quedado en el umbral, con unas sábanas limpias para mi cama en la mano, y me ha mirado. Yo he sentido sus ojos fijos en mí y he recordado lo que me dijo la abuela: «Como la madre, la hija». ¿A qué se refería, mamá?, he querido preguntar, pero no me he atrevido. Y he estado a punto de decirle: «He terminado con Chris. Ayúdame, mamá».

Miraba la foto de Chris por última vez, porque he decidido guardarla y apartarla de mi mente. Ella se ha quedado un momento quieta, sin decir nada. Después ha venido a mi cama. Yo no me atrevía a mirarla. Deseaba acercarme a ella y hablarle. «Si se queda en mi cuarto», he pensado, «hablaré con ella». Junto a mi cama ha vacilado un momento. Yo sabía que estaba mirando la fotografía y que quizá se preguntaba por todas estas cartas. Por un momento me ha parecido que iba a decir algo. Estábamos enredadas en una trama de silencio y algo se movía entre nosotras, tendiendo hilos de una a otra. Yo temía que mi respiración, o cualquier otro movimiento mío, pudiera romper los hilos. Ella se ha inclinado muy suavemente, ha

dejado las sábanas limpias encima de la cama, tapando las cartas y la fotografía, y cuando he mirado hacia ella, sólo la he visto salir de la habitación, un poco agachada, y cerrar la puerta.

Tom y yo salimos para Francia el 11 de julio muy temprano, exactamente veinte días después de que Helen terminase conmigo. Fue un viaje horrible. Yo pinché al ir a la estación, no nos quisieron facturar las bicicletas con el equipaje después de haber pagado por ellas, y el tren tuvo una avería. Así que cuando llegamos a Londres era hora punta y tuvimos que atravesar la ciudad en bicicleta, con un tráfico horrible, para llegar a la estación Victoria. Y Tom se mareó en el *ferry*. Pero al fin llegamos Francia. Nos entrenamos bajando hasta el valle del Loire. Después emprendimos una gira por Francia que nos llevaría hasta los Alpes, para volver a casa a finales de mes. Hippy Harrington nos había dado algunos libros después de los exámenes; sus biblias, los llamaba él. Uno de ellos se titulaba *Zen y el arte de cuidar la motocicleta*.

—¿Es un manual? —me preguntó Tom.

—Es formidable —dije yo—. Es un rollo y trata del dolor de la existencia.

Creo que ese libro me curó. Tom era imposible. Prefería cocinar, hacer la compra y levantar las dos tiendas antes que sacar una llave inglesa y arreglar su bici. Así que yo me encargaba de eso. En cierto modo ayuda a pensar sobre la vida, supongo. Tener que arreglártelas para seguir viviendo te hace descender a lo elemental. A veces me daba cuenta de que en realidad era feliz. No lo hubiera creído posible. Estábamos recorriendo una de esas sorprendentes carreteras francesas, tan rectas, con campos y campos de apretados girasoles amarillos a un lado y a otro, sin más sonido que el canto de los pájaros o el de Tom en su bici, y el largo y caluroso día tendido ante nosotros, y me di cuenta de que me sentía completamente feliz. Por la noche, cuando terminaba de leer *Zen*, apagaba mi linterna y me tendía oyendo a los buhos en la oscuridad, el dolor se hacía sentir de nuevo.

—Chris —me dijo Tom una noche. Su tienda estaba a un par de metros de la mía —, ¿estás despierto?

—No.

—¿Todavía la echas de menos?

—¡Por Dios, Tom!

—Como no te oía roncar, ya sabía que estabas despierto. Encendió su linterna y se arrastró metido aún en el saco de dormir. Abrió la cremallera de mi tienda y nos sentamos los dos en la abertura. Las estrellas eran enormes. Se oía muy cerca el discurrir de un río; era una noche llena de ruidos, que se agolpaban partiendo de la oscuridad.

—¿Oyes ese perro? —preguntó Tom.

—Zorro, diría yo —contesté.

—Apuesto a que tienes razón.

También se oía una liebre, o algo parecido, atrapada en algún sitio y llorando como un niño.

—¿Has terminado el libro? —preguntó.

—No, lo disfruto; es bueno.

—Yo estoy leyendo uno de Kerouac: *En el camino*.

—Otro de los recomendados por Hippy.

—¡Pero no puedo creer que esté escrito en 1959! ¡Ya es historia!

—Quizá todos los chicos deseen huir y cruzar el horizonte —dije—. Por eso sigue funcionando.

—Se han vendido dieciocho millones de ejemplares. Eso significa algo, supongo. Al menos significa que dieciocho millones de tíos lo han leído, han querido recorrer grandes distancias y volver la cabeza y encontrarse de nuevo al otro lado.

Ahora estábamos tumbados de espalda, metidos en los sacos de dormir y con las manos debajo de la cabeza, de cara al cielo, como un par de orugas vueltas del revés.

—¿Van en busca de algo o huyen de algo?

Yo me di la vuelta. Las estrellas eran demasiado brillantes, demasiado frías, heladas y crueles.

—Yo creo que simplemente van a un sitio, a cualquier sitio, por puro placer.

—¿Hay algún sitio adónde ir, a fin de cuentas?

Tom y yo seguimos hablando de lo mismo durante horas fin y al cabo, Jack Kerouac había muerto diez años después de escribir ese libro. Bebía para olvidar. También eso puede significar algo, es otra forma de viaje. Mientras estuvimos hablando, a ratos medio dormidos, para volver a despertar y seguir hablando, Helen estuvo allí, en mi mente, más brillante que las estrellas.

17 de julio

Querido Nadie:

Me parece imposible que estemos a mediados de julio y lleves seis meses dentro de mí. Ahora ya no es un secreto, por muy anchos que sean mis vestidos. Pretender esconderte ahora sería como querer detener el día que viene. Sigues empujando con los brazos o con las piernas, como si quisieras hacer signos para decir: ¡Hola! ¡Estoy aquí! Tú no me haces caso, pero yo pienso en ti continuamente. No te vas de mi cabeza.

¡Y hace tanto calor! Estamos en medio de una ola de calor. Yo ando como con la cesta de la compra atada a la cintura. Intento imaginarte en esa fresca cueva marina donde vives. ¿Es como estar en un oscuro estanque rocoso, dando vueltas y vueltas, con la marea de mi corazón latiendo? ¿Estás tranquilo, acurrucado ahí, sano y salvo? Eres una persona real. Estoy impaciente por verte.

Pero éstos son pensamientos de los días felices, pequeño Nadie. Ahora me despierto noche tras noche, sola y asustada. Anoche salí al jardín. El cielo era claro y

las estrellas parecían enormes. A pesar de la hora, se oía el murmullo de la ciudad, el ruido del tráfico. En todas partes, en todo el mundo, la gente se estaba moviendo; había gente que moría y gente que nacía. Nuestro jardín estaba lleno de sombras: árboles, la luz de la luna, sombras, plata y terciopelo, soledad, silencio, sombras susurrantes. Me hubiera gustado gritar: «¿Qué voy a hacer? No sé dónde ni de qué vamos a vivir. No sé cómo cuidar de ti. No sé si soy lo bastante fuerte para esto. Estoy asustada de la oscuridad». Y cuando volví a entrar en casa y vi la cocina con todos sus aparatos útiles y relucientes, con toda su tranquilidad doméstica, me asustó la luz. No sé lo que me pasa. Deseo que Chris me abrace y me diga: «Todo va bien, lo superaremos, podemos hacerlo juntos». Pero he dado la espalda a todo eso, y nada impedirá que llegue el día, nada impedirá que tú nazcas. Tú entrarás en el mundo rebosante de poder y sabiduría, porque sabes cómo nacer. Yo no sé nada.

Cerré las cortinas porque no podía soportar la visión del cielo; empezaba a haber luz: llegaba el amanecer y nada lo detendría.

Al día siguiente, Tom me echó una bronca porque me había pasado la noche roncando y no le había dejado dormir. Los dos estábamos tan cansados que nos llevé dos horas desayunar, recoger las tiendas y cargar las bicis.

—No podemos andar haciendo esto todo el tiempo —gruñí.

Yo quería lanzarme a correr como el viento, flagelarme. Tom sólo había ido a descansar. Nos colamos en un *camping* y nos dimos una ducha, que fue formidable. A la noche siguiente, un granjero nos dejó entrar gratis en su finca. Hablamos con él mientras ordeñaba las vacas. ¡La leche salía caliente y humeante! Nunca había visto ni probado nada igual. El granjero metió una jarra en la lechera y nos la dio para que bebiéramos. Sabía a hierba. El francés de Tom es de pena, pero cuando no sabe una palabra, se la inventa, la dice con acento francés y sale del paso. Yo pierdo horas buscando el tiempo del verbo y pensando si los nombres son masculinos o femeninos, y cuando tengo la frase correcta, es demasiado tarde para decirla, porque ya están hablando de otra cosa. Así que, aunque yo he hecho el mejor examen de francés, Tom es quien habla, y yo me limito a colocar palabras en las casillas libres. La mujer del granjero nos dio licor de naranja hecho en casa, y después resultó más fácil la conversación y empezamos a bromear. Creo que lo bebimos demasiado deprisa.

Al día siguiente atravesamos en bicicleta algunos pueblos, con dolor de cabeza y teniendo que recordar que se circula por la izquierda y que las plazas son lugares peligrosos. Me imaginé a Helen oyendo la noticia de que yo había muerto en Francia. ¿Lo sentirías, desdeñosa Nell? Aquella noche hizo demasiado calor para dormir. Yo tenía quemaduras del sol y estaba escocido del sillín. Las *baguettes* me habían hecho ampollas en la boca. Y todas las chicas que veía me recordaban a Helen.

Compré tres postales. Una para papá, otra para mi madre y otra para Jill.

Querido Nadie:

—Abuela —dije—, cuéntame cosas de cuando eras pequeña.

Su habitación estaba casi a oscuras, aunque fuera hacía un día espléndido. Tenía las cortinas corridas, para que no entrara la luz del sol. Yo odiaba la falta de ventilación.

—¿De cuando era pequeña? ¿Para qué quieres saber eso?

Yo quería saberlo todo, Nadie. Quiero asomarme a todos los rincones.

—¿Vivías en Sheffield?

Se echó a reír inesperadamente.

—Yo vivía en un cajón.

Eso ya lo sabía. Me lo había dicho cuando yo era niña. Pero nunca me había explicado qué quería decir. Esperé en silencio. Fuera, el abuelo podaba el seto y silbaba.

—En aquellos tiempos, si no podías permitirte una cuna, ponías al niño en un cajón. Está bastante bien, diría yo.

«Bueno», pensé, «yo haré lo mismo si llega el caso. Pero antes me ocuparé de forrarlo con algo suavcito». Y ella dijo:

—Y ¿qué mejor sitio para esconderme? Si yo lloraba demasiado, o si la señora de arriba quería ver las cocinas, mi madre empujaba el cajón y yo desaparecía. Muy práctico, ¿no te parece? —rió otra vez, con una risa breve y aguda, que más parecía de una niña pequeña que de una mujer de setenta años.

—Pero no lo hacía, ¿verdad, abuela?

Me echó una mirada severa.

—No es que no estuviera casada, si es que estás pensando eso. Estaba casada con el mayordomo. Pero no le permitían tener niños mientras estuviera de sirvienta. Hubiera perdido su empleo. Por eso yo era un secreto.

—Pero no cerraba el cajón, ¿verdad?

La abuela cerró los ojos. Juntó las manos, las apretó debajo del pecho y bajó la barbilla. Su voz me llegaba como un murmullo.

—Creo que ahora lo recuerdo. Había unos estantes repletos de ollas negras. Yo oía ruidos de faldas, pasos y voces.

Recuerdo la luz del día y cómo se hacía la oscuridad delante de mi cara: así —dijo, y movió las manos ante los ojos, de modo que sus párpados temblaron ligeramente. Después volvió a juntar las manos en el pecho—. Me acuerdo de que aquello se movía y daba de repente una sacudida. ¡Crack! Y también recuerdo el olor, cargado y dulzón.

—¿Te asustabas?

—Era muy pequeña para asustarme —dijo con su voz débil y quejumbrosa—. Además, me gusta la oscuridad.

Salí a ver al abuelo. Quería ayudarlo a recoger las ramas cortadas, pero no me dejó. Así que me senté en una silla al sol y le miré. Refunfuñaba cada vez que se paraba.

—La abuela está dormida —le dije.

—Sí, sí —contestó—. Ahora dormiré hasta la hora del té.

—¿No puedes convencerla para que se siente aquí fuera alguna vez?

—Lo hará cuando le apetezca. A lo mejor una mañana se levanta más contenta que unas pascuas. Pero cuando no está de humor, nada le hace cambiar.

—Mi madre nunca viene por aquí, ¿verdad? —dije.

El abuelo gruñó. Al agacharse se le coloreaban ligeramente las mejillas. Deseé que me dejase ayudarlo. La alheña soltaba un olor fuerte y dulzón cuando él la rozaba.

—Tiene sus propias ideas. Viene cuando tiene ganas.

—¿Te alegró que se casara con mi padre?

Ya ves lo que pasaba, Nadie. Yo quería saberlo todo y nunca me había atrevido a hacer ciertas preguntas. El abuelo se apoyó en la escoba del jardín, se mordió los labios y se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Nosotros pensábamos que formaban una pareja extraña: ya sabes que él es muy reservado. Ella tenía carácter. Pensábamos que no iban a congeniar. A tu madre siempre le ha gustado aprender, superarse, y esas cosas. Yo creo que tu padre le parecía bastante distinguido porque era bibliotecario. Pero pienso que ha sido más bien una decepción para ella.

—¿Y por qué? —me sentía desleal al hablar de ellos como si fueran extraños, pero me picaba la curiosidad—. Yo creo que papá está loco por mamá.

—¡Oh, sí! Haría cualquier cosa por ella. Cualquier cosa por una vida tranquila, supongo —el abuelo se echó a reír—. Pero la obligó a abandonar el baile.

—¿El baile?

Ahora se afanaba en limpiar el sendero, quitando trozos de ramitas. Yo me bajé del taburete y fui detrás de él.

—Tu madre estaba loca por el baile, ¿no lo sabías? De niña brincaba por la casa como un hada —volvió a reír, moviendo la cabeza, al recordarlo—. Se adornaba con cualquier cosa: cintas, bufandas, cordones... ¡Hasta cortaba tiras de papel higiénico o de periódicos y las utilizaba como serpentinas! Conoció a tu padre en un club de *jazz*. Era el pianista. Un empleo nocturno, ya sabes. Ella iba con frecuencia allí, a bailar con sus amigos. Era una bailarina con clase. Supongo que por eso se enamoró de ella tu padre.

Hice esfuerzos por imaginármelo: luces difusas y humo, papá sentado al piano en mangas de camisa, tocando música de *jazz*; ¿mamá...? No, no podía imaginar a mamá.

—Pero ¿por qué la obligó dejarlo?

—No estoy seguro... Después de la boda, él pareció poner los pies en el suelo. Y le prohibió seguir yendo al club. Es la única vez que le he visto hacer una cosa así, ya sabes que tu padre es un hombre tímido. Probablemente no le gustaban esas exhibiciones. Al menos para su esposa.

—No sabía nada de eso —dije.

—Bueno —contestó, mientras observaba cómo una pareja de gorriones tomaba un baño de polvo en sus barreduras; supongo que hay muchas cosas que los hijos nunca saben, ni se imaginan, de sus padres.

Adelantó la escoba, y los gorriones levantaron el vuelo, todavía peleándose, y salieron en direcciones opuestas. El abuelo recogió las últimas hojas y se limpió las manos en el pantalón.

—Las personas quieren casarse. Piensan que van a conquistar el mundo, pero no es así, ya lo ves. Se les cierran todas las puertas.

Levantó el saco para volcarlo en el montón de la hoguera.

—No lo voy a quemar todavía, está verde. Además, me gusta encender hogueras al atardecer, en la oscuridad. Es agradable sentarse sólo aquí fuera y contemplar las espirales de humo. No hay nada como el olor del humo de madera, Helen. Y cuando me siento aquí sin más compañía que las moscas y el chisporroteo de la hoguera, viene un sapo y se agazapa junto a mí, ahí donde estás tú, lejos de las llamas. Se queda ahí parpadeando, deglutiendo y contemplando la hoguera con sus pequeños ojos brillantes, amarillos por el reflejo de las llamas. Pensando tonterías como yo, supongo. Cualquiera diría que hay demasiado calor para él, pero ya ves. Un bicho gracioso, ya lo creo —dijo moviendo la cabeza.

—Es hora de que vuelva a casa, abuelo —dije.

La verdad es que no tenía ganas de irme. Me gusta estar con él.

—Helen —dijo cuando se acercó a besarme—, ¿se va a casar contigo ese chico?

—No, abuelo. Yo no quiero casarme.

—Es un chico agradable, pero es joven. Los dos sois demasiado jóvenes para esto.

—Ya lo sé. Pero ya está hecho.

Mientras me acompañaba por el sendero, recogía los trozos de alheña que se le habían caído del saco y los ponía en la palma de la mano.

—Conozco a tu madre. No te lo va a poner fácil. Si necesitas un hogar, para ti y para el niño, Helen... aquí lo tienes. No hay mucho sitio, pero me gustaría...

Yo asentí.

—Podrías venir aquí. Recuérdalo.

Hoy hemos hecho un largo viaje, pequeño Nadie. Parece que hayamos recorrido kilómetros y kilómetros a través de espacios extraños. En cualquier caso, me siento un poco más cerca de mamá. Pero todavía queda un largo camino por andar y muchas más preguntas que hacer.

Al mirar atrás y repasar lo que sucedió durante las vacaciones en Francia, sólo puedo explicarlo por las circunstancias. No encuentro nada que me excuse.

El día en que empezó llevábamos ya dos semanas de vacaciones, y mi bicicleta me estaba creando problemas serios. La rueda de atrás se había torcido y la llanta rozaba en el cuadro. Se salía la cadena, estábamos subiendo cuestas terribles y yo tenía quemaduras del sol y me dolía el culo. Buscamos una tienda de bicicletas, y la que encontramos estaba cerrada porque era lunes. Nos sentamos en el suelo a comer *baguettes*. Yo tenía la boca llena de llagas por las cortezas, así que sólo podía comer la miga. No había manera de arreglar la bici. Todos los radios estaban sueltos, algunos habían atravesado la llanta y pinchado el neumático. Yo supuse que alguien habría pisado la rueda en el último *camping*. En *Zen*, Persig llama a estas cosas «trampas de la energía». A mí se me ocurrieron epítetos más expresivos. Tom no me servía de ayuda. Sólo quería parar a un camión y volver a casa en autostop. Al fin lo hicimos hasta un *camping* lleno de guijarros, donde pasamos dos horas montando mi tienda. Después pude dedicarme en serio a la rueda de atrás. Necesitaríamos un par de días para ponerla a punto. Yo me sentía muy tranquilo, cosa bastante rara.

Tom empezó a montar su tienda y se encontró con que la bolsa tenía un agujero grande, y el doble techo media docena de agujeros pequeños. Era para no creerlo. La había llevado en mi bici, y uno de los radios tenía que haberla atravesado. Juramos como carreteros. Tom estaba de un humor de perros y echaba pestes contra el calor, contra Francia y, sobre todo, contra mí. Pero no terminaron ahí los sucesos del día. Él fue a ducharse y yo vacié la otra mochila. Mi saco Me dormir estaba empapado de aceite.

Para colmo, aquella noche empezó a llover. Tom iba a tener que compartir mi tienda y yo iba a tener que dormir sin saco. Mi rueda trasera estaba hecha pedazos en el lugar que debían ocupar mis pies. Cerca de nosotros, dos chicas se pusieron a montar su tienda. Como tenían problemas con los guijarros y nosotros no hacíamos otra cosa que hablar, Tom fue a ayudarlas. Yo me senté, enfurruñado, e intenté leer *El restaurante del fin del Universo*, que no me hacía reír. En una isla del río, junto al *camping*, había una discoteca, sin duda la peor del mundo. Tom y las dos chicas fueron hacia allí, riéndose sin parar, y yo hice como que no los veía. No podía leer y, después de un rato, fui a mirar. Era un asco. Una de las chicas me vio y me hizo señas para que me uniera a ellos, pero no me acerqué. Me volví a la tienda porque me sentía fatal. La chica sonreía como Helen.

Mucho después de media noche, Tom entró a gatas en mi tienda y me despertó para decirme que yo ganaba por dos a uno: su tienda, con más agujeros que un colador; mi rueda de atrás, hecha pedazos, y mi saco de dormir, lleno de aceite. Estaba muy animado haciendo el recuento.

—Y me he enamorado, Chris —dijo cuando me estaba durmiendo.

Al día siguiente gasté noventa francos en una tienda de bicis. Lo primero que hice fue dejar allí la bicicleta; el resto del día lo pasé leyendo. Terminé *El restaurante y*

empecé *El guardián del centeno*. «Te cambiará la vida», me había dicho Hippy. Bueno, yo necesitaba un cambio. Tom y las dos chicas andaban tonteando, jugaban a lanzarse el plato y habían reunido a su alrededor a todos los perros del *camping*. Se pasaban el tiempo riendo y fastidiándome. Las chicas eran de Gales y se llamaban Bryn y Menai. Estaban recorriendo Francia en autostop, cosa que me parece estúpida para dos chicas. Entre ellas hablaban siempre en galés, y eso me irritó al principio. Bryn, la pequeña, era morena y no paraba de hablar. Intenté ignorarla, pero parecía saber mucho de libros y me preguntaba qué pasajes me gustaban más. No soporto a la gente que me habla cuando estoy leyendo. Pero siempre que la miraba me encontraba con su increíble sonrisa.

A las seis en punto fui al pueblo a recoger la bici. Fue estupendo. Compré algo de vino en el camino e invitamos a las chicas a cenar con nosotros. Por la noche volvimos a oír la música y fuimos a la horrible discoteca de la isla. ¡Fue fantástico!

23 de julio

Querido Nadie:

Hace exactamente un mes que terminé con Chris. No es nada fácil. No puedo dejar de pensar en él. Me sorprende no encontrarle nunca; no vive tan lejos de mí. Parece haber desaparecido de la faz de la Tierra. Algunas veces me sentía mucho más vieja que él. Otras veces me hacía perder la paciencia por ser tan romántico, tan poco práctico. Ahora me doy cuenta de que es eso lo que más echo en falta. Él pensaría que con rodearme con sus brazos y amarme todo volvería a estar bien. Ahora, hay ocasiones en que creo que es verdad.

Por fin, esta tarde he hablado con mamá. Me ha costado. Papá había salido con su orquesta y Robbie estaba cavando un agujero en el jardín de atrás: ha decidido hacer algo por el medio ambiente y va a construir un estanque. El sol entraba en la habitación. He preguntado a mamá si le apetecía una copa de jerez. Se ha quedado asombrada, pero se ha sonreído y ha dicho que sí. Yo he tomado zumo de naranja, claro, con un montón de cubitos de hielo. ¡Ni gota de alcohol para ti, renacuajo!

Le he dicho que había terminado definitivamente con Chris. Y no me ha importado mostrar mi dolor delante de mi madre mientras hablaba. Ella escuchaba en silencio. No me ha abrazado ni nada, por supuesto. No sabe cómo hacer esas cosas, y yo me he alegrado de que no lo haya hecho. Era mejor para controlarme.

Le he dicho que no quiero casarme ni vivir con él, y que no creo que Chris y yo debamos atarnos uno al otro. Sobre todo, he añadido, porque sería una locura que Chris renuncie a su plaza en la Universidad. Yo no quiero ser responsable de eso. Y el modo más fácil de evitarlo era romper con él. Me sabía de memoria el discurso.

Mamá ha estado mucho tiempo sin moverse de su sitio, bebiendo el jerez casi como si besara la copa, mojando sólo los labios. Me ha repetido una vez más que piense en la posibilidad de darte en adopción y yo he dicho con toda firmeza que no,

lo mismo que otras veces. Tú me has dado un par de patadas entonces, estoy segura de que has oído lo que yo decía. Ella se ha limitado a asentir y ha suspirado un poco, pero todo sin ninguna emoción.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —me ha preguntado.

Le he dicho que buscaré una plaza en la Universidad de Sheffield para graduarme en música cuando tú tengas edad suficiente para ir a una guardería. Y quizá algún día me admitan en Mánchester para hacer composición. Ha puesto una cara como si pensara que es una locura creer en tal posibilidad. Pero esas cosas suceden a veces, estoy segura. Un niño no es el final de todo, también es el principio de algo. Luego le he dicho que sé que ella no quiere que viva en su casa, una vez que tú nazcas, y que el abuelo me ha ofrecido un cuarto en su casa. Entonces ha levantado las cejas. Ella apenas va por allí, no creo que su madre le agrade. O quizá no le gusta como es ahora, una mujer prematuramente envejecida, que lleva años soñando despierta. Bueno, eso es lo que yo pensaba. He descubierto que la mantiene alejada algo mucho más profundo y más serio que eso.

—Ese no es un lugar idóneo para un bebé —ha dicho. Y entonces yo le he contado lo que le había oído a la abuela.

Había pasado días enteros registrando papeles en las cajas y carpetas de mi padre y mi madre; buscaba mi certificado de nacimiento y el suyo de matrimonio. No sé dónde los han escondido. Me sentía como un ladrón nocturno, tocando cosas prohibidas. Aunque la búsqueda resultaba infructuosa, volvía a buscar una y otra vez en los mismos lugares. Y empecé a sentir una especie de fiebre, como si una parte de mi vida se hubiese perdido y no fuera a encontrarla nunca. Como mamá seguía allí sentada, tan callada y sorprendida, sorbiendo jerez de la copa ya vacía, me he armado de valor y le he preguntado, pequeño Nadie, si yo nací antes de que ella se casara. Ha cerrado los ojos y se ha estremecido, como si de repente estuviese helada hasta los huesos. Fuera, cantaba Robbie mientras cavaba su agujero. Tenía que hacer mucho calor. En cualquier momento entraría a buscar agua y se dejaría caer en el sofá, con las piernas estiradas, nos miraría a una y a otra y pensaría que se estaba perdiendo algo. Dentro del cuarto zumbaba un moscardón, atrapado quizá entre las cortinas.

Mamá ha dicho que no, claro que no: llevaban dos años casados cuando yo nací. Ha cogido una carta que había encima de la mesa y ha empezado a abanicarse con ella.

—Qué calor más espantoso —ha dicho.

Yo estaba ya como un perro que olfatea, excava y saca a relucir toda la porquería.

—Pero hubo un niño, ¿no es verdad? La abuela me dijo: «Como la madre, la hija». ¿Qué quería decir?

Tenía que averiguarlo, Nadie, por ti. Forma parte de tu pasado y de tu futuro.

—Si no fui yo, ¿quién fue? ¿Dónde está ahora?

Ella me ha dicho que no es asunto mío. Y yo, que me sentía tranquila pensando que soy una persona igual que ella, lo mismo que tú eres igual que yo, y que ella es

igual que esa anciana que se pasa el día y la vida mirando por una rendija de las cortinas de su dormitorio, le he dicho que yo creo que sí es asunto mío.

—¿Qué pretendes preguntarme, Helen? —me ha dicho por fin.

Y yo le he contestado que lo que me dijo la abuela sonaba como si yo fuese hija ilegítima. Estaba segura de que es eso lo que quiso decir. Le he repetido la frase «mala sangre». Era difícil decir una cosa así. «Como la madre, la hija». Me hacía daño a mí misma también. Te hacía daño a ti.

—¿Me crees capaz de semejante cosa? —ha dicho entonces con voz fría y temblorosa—. ¿De una cosa tan sucia como ésa?

No. No podía imaginármelo, la verdad. No, si ella pensaba que es una cosa sucia. ¿Cómo puede ser sucio el amor? Si hubiera dicho escandaloso, o ridículo, o irreflexivo, no me habría dolido tanto como la palabra «sucio». Me he quedado atontada por un momento. Después le he preguntado si ha estado enamorada alguna vez, cosa que probablemente ha sido una impertinencia. Pero es tan difícil hablar con ella. En ocasiones es una mujer tan cerrada, tan hermética. Me parece imposible que haya tenido alguna vez mi misma edad. No quiere dar nada, como tampoco quiere tomar nada de mí.

—Bien. ¿Estabas enamorada de papá cuando te casaste con él?

¿Por qué no me contestaba al menos eso, en vez de estar allí sentada con los labios apretados y los ojos cerrados, alejada de mí? Yo quería ver a Alice, la jovencita que fue, verme en ella a los dieciocho años. Y ella no podía contestar, o no quería. ¿Significaba eso que sí o significaba que no? Yo recordaba cómo era mi madre en mi infancia, cuando había bebido un poco. Recuerdo haberla visto una vez bailando en la cocina y haciéndonos reír a Robbie y a mí. Mi padre también la miraba, con gesto mitad de orgullo, mitad reproche, y ella se acercó. Le puso las manos en los hombros y bailó para él, mirándole a los ojos, y los dos se quedaron muy callados, hasta que a mí me dio apuro y cerré la puerta. Cosas como ésa no volvieron a suceder.

Entonces, cuando yo estaba a punto de renunciar y salir de la habitación, ha dicho:

—Si quieres saberlo, Helen, la ilegítima no eres tú, sino yo.

El moscardón se había quedado en silencio. También Robbie había dejado de cantar.

—Yo nací fuera del matrimonio, como se decía entonces. Nací del pecado. Y nunca le perdonaré eso a mi madre.

Ha sido entonces cuando ha empezado la conversación, pequeño Nadie.

—Ni siquiera sé quién es mi padre —ha dicho—. Lo único que sé, Helen, es que era bailarín en un club nocturno. Fue tu padre quien lo averiguó.

Para mí ha sido una auténtica sorpresa oír tales noticias. Me he acercado a la ventana y he mirado a Robbie, que seguía cavando. Uno de sus amigos había venido a ayudarlo. Se habían quitado las camisetas y ya tenían los hombros rojos, y seguramente doloridos.

—Así que en realidad el abuelo no es...

No lograba asimilarlo. Me sentía más cerca de mi abuelo que de ningún otro miembro de mi familia; siempre había sido así.

—Se casó con ella cuando yo tenía casi nueve años. Y puedo decirte que fue un gesto valiente y generoso. En aquella época, una madre soltera era una mujerzuela. Su hijo, ¿una deshonra? La familia de mi madre la rechazó. Era una proscrita, y yo también. A quienes no tenían padre los llamaban bastardos. Y eso me llamaron a mí cuando fui a la escuela. Así comenzó mi vida.

Es como si hubiese cargado sobre sus hombros toda la culpa, toda la vergüenza de la familia, y se hubiera pasado la vida intentando arreglar las cosas. Entonces la he entendido, por primera vez en mi vida. He entendido su compromiso con la palabra «decencia», una palabra que ella guarda como una gema, como un legado precioso de otra época. Yo estaba más turbada y confusa que si hubiera dicho lo que yo pensaba que realmente había sucedido: que yo había nacido antes de casarse ella, o que ella había tenido un hijo de soltera. Porque lo que me ha contado es algo que ella no eligió ni jamás deseó. No podemos elegir nuestro nacimiento, pequeño Nadie. Yo he decidido por ti.

Ya no es un estigma, como lo era cuando mi madre era niña. A nadie se le insulta por eso.

De todas maneras, espero que me perdones.

Bryn me dio un libro de Barry Hines que acababa de leer. Dije que le conocía, porque vive en Sheffield. En realidad no le conocía, pero había visto su fotografía en el periódico. Me dijo que era un regalo de despedida, porque aquel día salíamos para Borgoña.

—Puede que nos veamos allí —dijo—. Espero que sí.

Salimos de la Dordoña, y ese mismo día llegamos a Auvernia y estuvimos contemplando las montañas y haciendo fotos mientras Tom hablaba sin parar de Menai. Esa noche acampamos en una colina ventosa. Hacía mucho frío, sobre todo para mí, que no podía usar el saco de dormir. Era como si estuviéramos muy lejos de la civilización. La mujer del *camping* tenía ojos de bacalao y Tom la bautizó como Pez del final del Universo.

—¡Quiero a Menai! —seguía diciendo—. No puedo vivir sin ella.

—Yo pensaba que no creías en el amor —le recordé—. Siempre decías que cambiar de novia es como cambiar de calcetines.

—Eso era antes de que el amor me levantara ampollas. Estoy sangrando por ella, Chris.

—Vete a paseo. El amor no es más útil que un tubular deshinchado en una bicicleta de montaña.

Creo que entonces yo pensaba así.

27 de julio

Querido Nadie:

Mamá y yo fuimos hoy juntas a la ciudad.

—Quiero comprarte algo bonito, Helen —dijo sin más.

Hacía mucho calor y tú no me ayudabas; seguías bailando en tu limbo, moviendo las manos, o qué sé yo. Primero estuvimos viendo telas.

—¿Te gusta ésta? —me preguntó acariciando una tela azul, muy suave.

—Es preciosa, mamá —dije. Tenemos una cosa en común: a las dos nos gustan los tejidos y los colores. Cuando yo era pequeña, ella solía hacerme todos los vestidos.

—Entonces te lo compraré —dijo—, y haremos un vestido suelto para que estés fresquita.

Podía haberme comprado un vestido de premamá; cualquier talla. Pero no habría sido lo mismo, y yo lo sabía.

Después fuimos a Atkinson, al bar donde Chris y yo solíamos tomar chocolate. Por una parte, esperaba verle; por otra, no quería ir. En cierto modo fue como exorcizar a un fantasma: entrar en aquel lugar, sentarse, aceptar su ausencia como un hecho. Tomamos bizcochos y chocolate caliente con nata.

—Yo solía venir aquí con Chris —le expliqué. Lo dije porque en ese momento me sentía cerca de ella. Hacía tiempo, cuando yo tenía ocho o diez años, salíamos juntas a menudo. Robbie se quedaba en casa con papá y ella me llevaba de tiendas y comprábamos telas para mis funciones de baile.

—Lo comprendo —dijo—. Cerca de la estación vieja había un sitio como éste, y allí me llevaba tu padre hace años —sonrió—. Había un trío que tocaba *jazz*. Pasábamos horas cogidos de las manos, con una taza de chocolate que nos duraba toda la tarde.

Chris y yo escuchábamos aquí *rock* en mi *walkman*, con dos juegos de auriculares. A veces, él cantaba sin darse cuenta. O a propósito para hacerme reír.

Al regresar a la parada del autobús vi a Jill. Al principio no me reconoció, y la verdad es que no quería hablar con ella: el recuerdo de lo que ocurrió la última vez que la vi me hacía sentirme muy violenta. ¿Cómo pude hacerte, pequeño Nadie, una cosa tan monstruosa? Entonces yo era otra persona, un poco insensata, creo, una chiquilla asustada, un animal atrapado. También estaba violenta por lo que ella nos había contado a Chris y a mí, aquel íntimo secreto. Me hubiera gustado contarle mi huida, nuestra huida, de aquella clínica. Bueno, supongo que puede notarlo. Sólo tiene que mirarme para saber cómo me va.

Me parecía que habían pasado mil años desde aquel día. Tampoco sabía cómo presentársela a mi madre, porque ella compartía mi secreto, y yo el suyo. Creo que se dio cuenta de mi apuro, pues se puso a hablar de caballos y de establos y después, cuando llegaba nuestro autobús y ella estaba a punto de irse, dijo:

—Esta mañana he recibido una postal de Francia. Lo está pasando bien, ¿verdad? Así que estaba en Francia. Entonces, ¿no le importa? ¿Puede irse de vacaciones y olvidarnos?

Sentí un vértigo de emociones contrapuestas. No me entendía a mí misma. Deseé escapar y esconderme, estar sola en algún sitio, abrir mis pensamientos como un cuarto cerrado con llave y vagar por ellos. Se había estropeado el día y había desaparecido la agradable sensación de cordialidad entre mi madre y yo. Yo estaba demasiado absorta en mí misma para hablar. Era como si me hubiese quedado muda, no se me ocurría nada que decir, ni podía contestar a ninguna pregunta que ella me hiciera. Sabía que ella estaba disgustada, y yo lo estaba también. No sabía qué hacer. Me senté un rato en el jardín. Ella entró para cortar mi vestido. Habíamos pensado hacerlo juntas.

Cuando Tom y yo llegamos a Borgoña, estábamos empezando a hartarnos. Por la noche, cayó encima de la tienda algo que arrancó todas las cuerdas. Por suerte, pude abrirla en la oscuridad y arrastrarme hasta la tienda de Tom. Era verdad que ya no se cambiaba de calcetines. Aquello apestaba. Por fin los hice una pelota y los tiré fuera de la tienda. A la mañana siguiente los encontramos en un charco.

—Al menos se han lavado un poco —le dije.

Finalmente llegamos a un pueblo pequeño, rodeado de campos llenos de vacas blancas, y buscamos el *camping*.

—¡Lo que yo daría por una cama! —exclamó Tom—. ¿Has oído hablar de esas cosas, Chris?

—¿De qué cosas? —dije.

Había visto algo antes que él: una tienda que me era familiar. Y dos chicas que leían tumbadas boca abajo.

—De unos soportes de madera con colchones, sábanas y almohadas. Parece que son ampliamente utilizados como alternativa a un saco extendido sobre el barro y las piedras.

Entonces las vio él también. Levantó el puño hacia mí y yo levanté el mío. Reímos sin parar.

Esa noche nos sentamos los cuatro juntos a beber vino y a mirar las estrellas. Las bautizamos con nombres como Harry Destellos y Chispitas, Luz Celeste y Brillo Fácil y, después de probar en francés, Bryn los tradujo al galés. Quiere ser escritora. También piensa estudiar inglés en Leeds el curso próximo. Era extraño que me recordara tanto a Helen, aunque no es como ella, ni mucho menos.

Se suponía que al día siguiente íbamos a continuar hasta los Alpes, pero no lo hicimos. Ni siquiera hablamos de ello. Sería el destino, como dice Tom. Si al menos hubiéramos ido a otro *camping*.

A mediodía salimos a dar un paseo, con un calor abrasador, y recorrimos caminos tortuosos entre campos de trigo.

—Hace un día muy pesado —dijo Bryn. Me miró y añadió después de apartar la vista—: Pero no quiero que termine.

Después recitó de memoria un poema de Welsh y se puso a explicarme la complicada versificación de ese autor. Al intentar componer un poema según ese modelo, nos entró un ataque de risa. Y de repente nos dimos cuenta de que habíamos perdido a Tom y a Menai y que no teníamos ni idea de dónde estaban. Hacía tanto calor que era como si paseáramos por un horno. Los grillos chirriaban a nuestro alrededor, llenando el aire de sonidos. Nos acercamos a un grupo de árboles en busca de sombra y descubrimos un río. Fue como un sueño. Bryn se desnudó y se metió al agua sin dudar. Yo no lo podía creer. Helen no lo hubiera hecho jamás, y Bryn se quitaba la ropa y, como si fuese la cosa más natural del mundo, se volvía hacia mí riéndose y salpicando en el agua. Sólo se oía el zumbido de los insectos y los chirridos de los grillos.

—Vamos, Chris —llamó Bryn.

Más abajo había unas vacas dentro del río, y en el agua flotaba algo sospechosamente marrón. Por eso no me apetecía meterme. Pero ella siguió salpicándome, y al final me tiré yo también. Nadamos hasta las vacas, que volvieron la cabeza para mirarnos con sus grandes ojos tristes. Había enormes libélulas verdes y azules silbando a nuestro alrededor. Bryn dijo que eran *demoiselles*. Salimos y nos tumbamos al sol. Casi me daba miedo mirarla.

Me contó que ella y su novio habían reñido antes de iniciar el viaje y que nunca pensó que se sentiría feliz otra vez y que aquel día estaba siendo fantástico. Yo le hablé de Helen.

—¿Cómo es? —preguntó Bryn.

«Como un poema», hubiese querido decir. «Como una estrella».

—Es una estudiante brillante —dije.

—Entonces demasiado lista para ti —contestó riendo.

Me hubiera gustado contarle lo del bebé, pero no pude. Le conté que Helen había dicho que no quería volver a verme, y ella me preguntó si había sufrido por ello. Le dije que sí, y se me quebró un poco la voz. Seguimos echados en silencio; la hierba estaba llena de amapolas, mariposas y libélulas verdes, y yo me preguntaba qué demonios iba a hacer, tal como empezaba a sentirme, cuando ella se volvió hacia mí en la hierba, extendió los brazos y empezó a besarme.

¡Oh, Nell! ¡Yo te quería tanto...!

Agosto

8 de agosto

Querido Nadie:

Hace demasiado calor. Me he convertido en un buque que se tambalea, en un galeón enorme que oscila con velas hinchadas. ¿Cómo es posible que engorde más sin explotar? Una vez vi en una película que un hombre se atiborraba de comida hasta explotar delante de todo el mundo en un restaurante. Me reí muchísimo.

Y tú no me ayudas. Te pasas el tiempo dándome patadas y codazos. Supongo que te encontrarás un poco agobiado ahí dentro. A veces pienso que eres tan grande como una de esas ballenas que suben pesadamente a la superficie del mar y arquean su formidable lomo. He escuchado un disco de ballenas que cantan. Pueden oírse unas a otras a sesenta kilómetros de distancia. ¿Cantas tú también ahí dentro?

Antes creía que los océanos eran lugares silenciosos. Pero, con tantas ballenas cantarinas, tienen que ser más ruidosos que las autopistas.

He estado asediada por médicos, comadronas y personal sanitario. Han comprobado mi peso y tu tamaño, el latido de tu corazón y mi presión arterial. Se ocupan de mí y temo que también de ti. Sueño que estoy echada en una cama de hospital y que alguien pasa delante de mí con un cochecito. Tú estás dentro y tratan de separarte de mí. Yo quiero sentarme, pero me pesan demasiado los brazos y las piernas. Quiero gritar, pero tengo la boca tapada. Mi madre, sentada junto a la cama, sonrío.

Me han dicho que haga unos ejercicios de respiración y relajación, pero en cuanto los empiezo me pongo a temblar. Nadie, ¿cómo será tu nacimiento? Por mucha gente que haya conmigo ese día, yo sola tendré que soportar el dolor. Y aunque nadie me oiga, grito interiormente con todas mis fuerzas y sigo aparentando que estoy tranquila y no me preocupo. En casa, cuando me siento con Robbie delante del televisor, estoy gritando, por tranquila que parezca. Ruthlyn me ha acompañado hoy a la clase de relajación. Odio esa clase. Me veo diferente, años más joven que las demás, sin compañero. Ruthlyn ve siempre el lado divertido de las cosas. Nos hemos reído en el autobús, camino de la clínica. La gente nos miraba como si estuviéramos invadiendo su intimidad por el simple hecho de reírnos. Después se miraban unos a otros y sonreían al fijarse en mí, o mejor dicho, en ti. Me sentía como una cría de doce años. ¡Una mujer ha llegado a darme palmaditas en la tripa al salir del autobús! ¡Qué cara! ¿Qué le parecería si le dieran palmaditas a ella?

—Estás preciosa, cariño —me ha dicho, y me ha acariciado la barriga como si fuera una bruja buena haciéndome un conjuro. Yo no me veo preciosa; además me duele siempre la espalda: pesas mucho.

En la clínica prenatal he tenido que echarme de espaldas en el suelo, inspirar y espirar lenta y regularmente, volverme a un lado y a otro, mover las piernas a un lado y a otro, con suavidad. Yo era entonces plenamente consciente de ti. Algunas mujeres estaban allí con sus maridos, que les sujetaban los tobillos mientras simulaban los dolores de parto. Ruthlyn ha hecho lo que ha podido, poniendo cara de persona seria y eficiente. Pero cada vez que me miraba a los ojos, se le escapaba la risa. Reír no hace daño, y ninguna de nosotras lo tomaba muy en serio. No parecía real. Nos mirábamos unas a otras como niñas tímidas en una nueva escuela. Yo me sentía violenta y, al mismo tiempo, apoyada por ellas. Después hemos hablado de cuando lleguen nuestros bebés y, de pronto, me ha parecido todo mucho más real. ¡Sólo faltan unas semanas! ¡Es cierto! ¡Va a suceder de verdad!

Estoy impaciente por verte.

Al salir, me sentía relajada. Me hubiera ido derecha a la cama. Para variar, tú estabas dormido. En el autobús, Ruthlyn y yo nos hemos sentado detrás de una madre joven. Llevaba en brazos a un niño que no dejaba de mirarnos por encima del respaldo del asiento. Nosotras nos reíamos y agachábamos la cabeza para hacerle sonreír. Pero estaba muy serio, como un viejo profesor enano que nos mirara severamente. ¿En qué estaría pensando? ¿Piensan los bebés? ¿Tienes tú pensamientos? ¿O son los pensamientos consecuencia de la experiencia?

Después, de repente, el niño se ha cansado de nosotras, o del viaje, o de la vida, o de lo que sea, y ha empezado a berrear. Ha entrecerrado los ojos, ha inflado los carrillos como globos rojos, ha abierto la boca y se ha puesto a chillar, gritar y berrear. La pobre madre lo ha intentado todo: besarle, chistarle, ponerle de pie, mecerle y meterle en la boca el dedo doblado. Al final estaba más colorada que el niño, y en el autobús todo el mundo parecía violento, acalorado o enfadado. Estoy segura de que se ha bajado antes de su parada. Se ha levantado de pronto, cargada con su bulto chiflón y sus dos bolsas de compra. Le iba a ser imposible salir con el cochecito plegado entre todos los demás equipajes, y me he levantado para ayudarla. Ella me ha dedicado una mirada de lástima, comprensiva y desesperada. Tampoco llevaba anillo. ¿Vivirá sola con su niño? ¿Y llorará el bebé de esa manera toda la noche? Parece que sigo oyéndole. ¿Lo oías tú también, pequeño Nadie?

Cuando he vuelto a sentarme, Ruthlyn me ha sonreído.

—Pobre mocoso —ha susurrado—. El tuyo no será así, Helen.

Pero en aquel momento, Ruthlyn y yo estábamos en mundos distintos.

Cuando se supieron los resultados de los exámenes, el viaje a Francia parecía algo remoto. Fui en bici a casa de Tom y los dos juntos nos dirigimos al instituto. Nos habrían mandado las notas por correo, pero no sé si hubiera sido capaz de abrir el sobre. En la puerta de la secretaría chocamos las manos, como lo habíamos hecho el día del primer examen. La señora Price me sonrió y señaló la mesa donde estaban

extendidas las papeletas. Al principio no encontraba mi nombre, después no lograba ver la nota entre tanta palabrería. Inglés. ¡Sobresaliente! Pegué un grito, y la señora Price se echó a reír. Mi corazón volvió a latir: no me había dado cuenta de que se me había parado. Aprobado en francés. El corazón se me paró otra vez cuando leí «muy insuficiente» en cultura general. ¡Muy insuficiente! Tenía que haber un error. Empecé a contar puntos y comprobé que me faltaba una nota. No la encontraba. Ni siquiera me acordaba de qué materia se trataba. Tuve que sentarme un rato. Para la Universidad necesitaba tres notables, y no los tenía. Entonces comprendí lo mucho que significaba para mí graduarme en inglés. Antes había evitado pensar en ello, no estaba en condiciones de concentrarme en nada. Probablemente me había venido bien estar fuera. Y quizá Bryn me había ayudado también, en cierto modo. Y ahora veía perdida *mi* gran ocasión. El destino otra vez. Siempre manejando *mi* vida.

La señora Price levantó los ojos de su máquina de escribir.

—¿Está todo bien? —preguntó.

—Pues no —dije—. Creo que se me ha traspapelado algo. Ella se levantó y miró entre los papeles.

—Me hacen falta tres notables. Y tengo un sobresaliente, un aprobado y un muy insuficiente, y una nota que no encuentro —me aclaré la garganta—. Sociología, eso es.

—Tienes un notable —me dijo ella.

Tiene algo de bigote en el labio superior, pero es agradable. Debe de ser bueno tener una madre como la señora Price. Huele a polvos de talco.

—Ve a hablar con el señor Harrington —me dijo—. Él te lo resolverá.

Tom tuvo que darse cuenta de que algo iba mal, pero bajó la cabeza y pasó a mi lado como si no me conociera. Delante de la puerta de Hippy Harrington dudé. Un tío tan extrovertido puede ser un latazo. Quise sonreír, y tenía los labios como pegados. Cuando entré estaba silbando y, al verme, se levantó de un salto, derrochando energía. Extendió el brazo por encima de la mesa y, como un perro bonachón con la cola, desparramó el montón de papeles.

—¡Chris, muchacho! —gritó—. ¡Sobresaliente en inglés! ¡Sabía que lo conseguirías!

Estaba tan contento que logró que yo despegara los labios y sonriera. La verdad es que empezaba a pensar que lo había hecho sólo por él, como recompensa por su entusiasmo y por su amor a la literatura. Ningún otro profesor parecía tan entusiasmado con sus asignaturas.

—El lenguaje es poder —solía decir—. La literatura es amor. Y la poesía es el alimento del alma.

Siempre recordaré eso, aunque en realidad no sé lo que quiere decir. Una vez que estábamos en clase haciendo un comentario de poesía, nos leyó un poema de Yeats y, al abrir el libro, le temblaron las manos. Nos lo leyó con tal veneración que fue como si nos entregara algo especial, una parte de sí mismo. Bueno, quizá saqué esa nota por

él. Ahora, todo parece muy lejano: tanto leer, subrayar con lápiz y dar vueltas por casa aprendiendo citas. Sólo por complacer al bueno de Hippy.

—Ya estás casi en marcha para Newcastle, ¿eh, Chris?

Le conté lo de las notas y me dijo que pensaba que eran suficientes, que telefonaría y vería lo que podía hacer.

—Pienso que serán suficientes, pienso que serán suficientes, ya verás —dijo moviendo la cabeza con gesto de asentimiento.

Yo me quedé parado sin saber qué hacer ni qué decir. Algo así como adiós y gracias por todo. Por Yeats, claro. Me agaché para recoger los papeles desparramados y él se agachó al mismo tiempo. Por debajo de la mesa me preguntó:

—¿Adónde va a ir tu novia, Chris? Piensa estudiar música, ¿verdad? ¿En Mánchester?

Y yo dije:

—Va a tener un hijo, señor. Lo hemos dejado.

Se dejó caer hacia atrás y se quedó en cuclillas, mirándome por encima del borde de la mesa; yo me levanté despacio. Me sentía más violento y desdichado que nunca en toda mi vida.

—Pobre criatura —dijo. Debió de referirse a Helen o al niño, pero me miró de una manera que el corazón me dio un vuelco. Igual que si supiese exactamente cómo me sentía.

No había nada que decir. Coloqué los papeles en la mesa y me fui a casa.

Aquella tarde llamé a Ruthlyn. Su madre me dijo que estaba muy alterada para ponerse al teléfono.

—Le han dado notable en todo —me contó—. Como ella dice, brilla como un diamante, pero no es lo bastante buena.

—Pobre Ruthlyn —dije—. Entonces, ¿no podrá hacer medicina?

Coral jadeaba un poco. Me parecía ver su cara amable y preocupada.

—Está llorando tanto, que no me lo ha dicho. Yo le digo que no importa, que me puede ayudar con los críos. Pero llora y llora y llora.

—¿Sabe usted cómo ha salido Helen?

—Está arriba con Ruthlyn. Ha tenido sobresaliente en todo.

Yo sonreí al teléfono.

—Dígale que me alegro —contesté—. Y le diga a Ruthlyn que no se preocupe, que puede repetirlo. Dígale a Helen que yo he sacado un sobresaliente, un notable y un aprobado.

Oí cómo arrancaba un papel y murmuraba entre dientes:

—Sobresaliente, notable y aprobado. ¿Por qué no se lo dices tú mismo? Está aquí ahora.

—Sí, por favor.

Me dio un vuelco el corazón y el estómago me pinchaba.

—Helen —dije. La imaginé echando la cabeza atrás, apartándose el pelo de la cara con ese gesto tan suyo, para dejarlo caer otra vez. Durante semanas no había sido capaz de recordar su rostro con claridad—. ¿Helen?

Por un momento oí su voz susurrando algo a Coral.

—¡Ahora está demasiado nerviosa para hablar! —la voz melosa de Coral hablaba otra vez en el teléfono, ahora compasiva—. ¿Qué voy a hacer con estas dos chicas, Chris? Dímelo tú y lo haré.

Pero no contesté. Colgué el auricular despacio, con cuidado, como si estuviera hecho de cáscara de huevo, como si cualquier ruido fuese a destrozar para siempre el breve, tenue y frágil sonido que había percibido antes de que Coral hablase de nuevo: la voz de Helen después de todas aquellas semanas. «No puedo». Recordándolo subí a mi habitación y me senté a mirar el atardecer, los árboles mecidos por el viento y la llovizna que se rizaba al caer como una fina red. El gato empujó la puerta y se acercó sigilosamente a mí, saltó a mis rodillas sin hacer ruido y se quedó quieto y silencioso, mientras en mi mente la voz de Helen se formaba y se desvanecía una y otra vez, como las gotas de agua en la punta de un carámbano.

Unos días después llamó mi madre. Fue extraño oír su voz, que me trajo de pronto a la realidad. Recordé su salón, con los libros, las fotografías colocadas en las paredes.

—Voy a tener unos días libres —dijo. Podría asegurar que estaba fumando—. ¿Te gustaría venir y hacer una pequeña escalada conmigo?

Yo había olvidado todo lo de las escaladas. Me parecía que había sido otro, hacía ya muchos años, quien había hecho aquellos intentos desesperados en la escurridiza pared. Ni siquiera me acordaba de lo que había querido demostrar al hacerlos.

—Estoy tratando de arreglar lo de mi plaza en la Universidad —dije—. ¿Podría ir el mes que viene?

Mi padre estaba en la cocina moviendo platos con cuidado para no estorbarme, quizá escuchando a medias. No sabía qué diría si mi madre quería hablar con él.

—Puedes venir cuando quieras. Trae a Helen, claro. ¿Cómo está?

—Está bien —dije. Papá volvió la cabeza al oírme.

—¿Y qué planes tenéis?

Tenía la boca reseca.

—Es todo un poco complicado por el momento.

—Bueno. Ya me lo contarás cuando vengas. Que sea pronto. Esperamos veros a los dos otra vez.

—Está bien, mamá. Joan. Gracias.

Los teléfonos son unos chismes extraños. Nos convierten en tontos y mentirosos. ¿Cómo vas a decirle la verdad a la gente si no la miras a la cara? Me sentía fatal. ¿Cómo pude contarle a mi profesor de literatura inglesa que Helen y yo lo habíamos dejado y no se lo contaba a mi madre? ¿Cómo podía estar a pocos pasos de mi padre

y hablar con mi madre al mismo tiempo, como si uno de los dos no existiera? Algo estaba pasando. Algo se estaba apoderando de mí, y tenía que arrancarlo como fuera.

Fui a la cocina y me quedé mirando a mi padre. Estaba haciendo tortillas; cascaba cada huevo por separado en una taza, lo olía para ver si estaba fresco y lo sacaba de la cáscara. Las claras se extendían bamboleantes, rodeaban a las yemas y las hacían caer, como alpinistas soltando cuerda. Observé un momento cómo se reventaba y desparramaba el jugo amarillo. No sé lo que me empujó a decirle aquello; creo que tuvo que ver con la forma en la que levantaba el tenedor mirando la yema reventada sin ponerse a batirla y sin hacer nada. Estaba ausente por completo. No sé en qué pensaba, pero no era en las tortillas.

—Papá, ¿te importaría que mamá me llamara por teléfono?

—No especialmente.

Seguía dándome la espalda y manteniendo la misma postura, sin meter siquiera el tenedor en el cuenco, como si le pagaran por no moverse.

—Pero tú estás de acuerdo, ¿verdad?

—Casi —dijo—. No del todo.

Fue como abrir una puerta y volverla a cerrar de golpe después de vislumbrar al otro lado una habitación secreta. Los padres resaltan a veces tan desconocidos.

La siguiente llamada telefónica fue de Hippy, para decirme que no había problemas con mi plaza en Newcastle.

—Estupendo —dije.

—Disfrútalo —dijo él—. Y sácale partido. Sácale partido a tu vida, Chris.

Parecía como si uno mismo nunca decidiese acerca de las cosas. De todas formas, suceden en su momento.

A la mañana siguiente, yo estaba en la cama con algo de resaca cuando Guy asomó la cabeza por la puerta para decirme que alguien preguntaba por mí.

—Dile al tío que sea que me he muerto —gruñí.

—No es tío, es tía.

Guy desapareció y yo salté de la cama. Me arrastré a cuatro patas hasta la ventana, porque no estaba presentable, pero no había señales de ella. Y Guy llamaría a esto una broma. Me eché otra vez en la cama al borde del colapso, cuando oí la voz de mi padre y la risa de una chica. Revolví la ropa en busca de calcetines limpios, di una patada al gato, que dormía en mis vaqueros y mi camiseta, y casi me caí por las escaleras. Mi padre me miraba desde el vestíbulo con una expresión burlona que yo no podía entender; se echó hacia atrás y vi con quién estaba hablando. Era Bryn. Tenía un aspecto fantástico.

Me senté en las escaleras para ponerme los calcetines y ordenar mis ideas.

—¡Hola, vago! —me saludó ella—. ¿Qué horas son éstas?

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Creo que viene a verte —dijo papá. Entró en la cocina; parecía que había alguien más allí, pero no estaba seguro.

—Iba a Leeds en busca de alojamiento para el curso que viene, y cuando el tren ha parado en Sheffield he decidido venir a verte.

—No lo creo —dije. Fui a levantarme y me senté otra vez. Había visto a papá hablar con alguien en la cocina y me di cuenta de que Jill, con una taza de café en la mano, estaba mirando a Bryn. Guy estaba dando la lata con un gorro, entre Bryn y la cocina. Y yo seguía sentado en la escalera, con un calcetín puesto y otro en la mano, mirándola entre los barrotes de la barandilla.

Bryn dejó de sonreír.

—¿No te apetecía verme?

—Claro que sí.

Jill se inclinó hacia delante y cerró con suavidad la puerta de la cocina; Guy me miró como si le hubieran pillado escuchando y corrió escaleras arriba saltando por encima de mí.

Bajé al lado de Bryn. Parecía muy pequeña y estaba muy tostada por el sol.

—Hola —dije. No se me ocurrió nada más.

—Me vendría bien una taza de café —dijo, repentinamente tímida.

No me atrevía a entrar en la cocina, con mi padre y Jill observándome: tendría que presentarla, explicar dónde nos habíamos conocido y todo eso.

—Podríamos tomarlo en casa de Tom.

—Bueno.

«Ojalá esté en casa», pensé. No se me ocurría a qué otro sitio podía llevarla. Corrí escaleras arriba a buscar mis zapatos. Tenía los nervios de punta. No encontraba el peine, y me hubiera venido bien un afeitado, pero cuanto antes saliéramos de casa, mejor. Volví a bajar las escaleras corriendo, y tuve que subir otra vez por mi llave. Estaba como si fuese a coger un tren. Al salir vi su pequeña mochila en el vestíbulo y le dije que la cogiera. Parecía decepcionada y yo me sentía muy incómodo.

Al llegar al final de la calle, empezó a llover.

—Será mejor que volvamos a casa —dije. Estaba empapado, no llevaba nada encima de la camiseta.

—Ni hablar —dijo con voz alta y tensa—. Tengo que estar en Leeds esta tarde.

—Es una lástima —dije.

—Y me gustaría ver a Tom.

—A él también le gustará, creo.

Eramos tan correctos como dos extraños que se encuentran en el tren. No podía evitarlo. Me resultaba difícil creer que un mes antes nos habíamos reído juntos en los *campings* franceses y lo habíamos pasado tan bien como si nos conociéramos desde hacía años. Volvían a mi cabeza los recuerdos de la orilla del río, los chirridos de los grillos y el zumbido de los insectos. ¿Cómo había sido posible? Quizá por el sol o por el vino francés.

—¿Qué tal las notas? —me preguntó.

—Me salvé por los pelos —dije yo—. He bajado un par de puntos.

—Igual que yo —sonrio—. Todas las notas del instituto han sido terribles. Vamos a pedir una revisión.

—Pero tú has aprobado.

—He aprobado. Eso es lo principal.

La lluvia me escurría por el cuello, y el pelo húmedo me caía en los ojos. Estaba un poco preocupado por el dibujo de la camiseta. Lo había hecho yo mismo y no la había lavado aún. Sólo faltaba que empezase a desteñir: me sentiría como un idiota. Pero ése era el menor de mis problemas.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Sólo es la sorpresa. No te esperaba.

—Vale —dijo—. Así que no te gustan las sorpresas.

Seguimos en silencio. Yo pensaba que la casa de Tom estaba cerca de la mía, pero aquel día parecía haberse alejado un par de kilómetros. Por suerte lo encontramos en casa, y se portó muy bien.

—No puedo creerlo —dijo riendo—. ¡Tú en Sheffield, Bryn!

Sacó sus fotos de Francia y las extendió en la alfombra, y Bryn sacó las suyas de la mochila. Poco después estábamos ya riendo y recordando a la gente que habíamos conocido en Francia.

Recordábamos cosas y hablábamos todos a la vez. Puro nerviosismo. Yo estaba medio histérico.

Tom sugirió que acompañásemos a Bryn a la estación y comiésemos algo en el camino. Había salido el sol otra vez. Todavía estábamos de un humor loco; y el destino hizo el resto. No creo que hubiese sucedido sin aquella parada en casa de Tom. Yo me agaché para atarme los zapatos y, por alguna necia razón, Tom levantó a Bryn en el aire y la sentó encima de mis hombros. Ella chillaba y me agarraba del pelo con las dos manos; yo me levanté muy despacio con la espalda recta para no tirarla. Todos gritábamos y nos reíamos. Yo no veía nada porque ella me había puesto las manos en los ojos, pero empecé a andar hacia delante, con los brazos extendidos para guardar el equilibrio, como en un número de circo. Entonces Tom dejó de reír y me puso la mano en el brazo.

Aparté de mis ojos las manos de Bryn, sujetándolas a los lados con los dedos enlazados para que ella pudiera agarrarse bien. Y entonces vi lo que había visto Tom. Dos chicas se habían parado al final de la calle y se estaban despidiendo. Fue como ver una puerta abrirse y volverse a cerrar, pero esta vez no había habitación secreta al otro lado. Una de las chicas era negra. La otra era pequeña y bonita. Me costó reconocerla, había cambiado mucho.

Querido Nadie:

¡Le odio! ¡Le odio! ¡Le odio!

Septiembre

15 de septiembre

Querido Nadie:

Me parece mentira que sólo falten dos semanas. Dentro de mí, muy dentro, persiste ese rechazo, ese miedo. Al mismo tiempo noto una especie de sosiego. Tengo prisa por conocerte. Desearía que aparecieses por arte de magia, como el grosellero que ha salido en el jardín. Me da miedo el dolor, Nadie, no puedo evitarlo. Espero que nos gustemos mutuamente; quiero decir, gustarnos de verdad. Me pregunto qué pensaría mi madre cuando me vio por primera vez.

Mi padre ha comprado una cuna para ti. Fue algo extraordinario verle forcejeando para sacarla del coche, comprobar lo que era, mirar a mi madre para ver su expresión y no encontrar ninguna. Todavía quiere que te dé en adopción. Se limitó a apretar los labios y le siguió escaleras arriba; yo oí el jaleo que armaban moviendo mi cama para hacerle sitio. Y subí las escaleras detrás de ellos.

—Entonces, ¿me voy a quedar aquí? —dije.

—Claro que se va a quedar aquí —dijo mi padre, dirigiéndose a mamá.

—¿Adónde irías si no? —preguntó ella—. Este arreglo no será para siempre, recuérdalo. Y no la dejes armada —le dijo a él—, al menos hasta que nazca.

Se fue a su habitación y cerró la puerta. Yo quise seguirla, pero papá me dijo que no con la cabeza.

—Ella hace las cosas a su manera, Helen —dijo. Después de todo, parece que la conoce bien.

Yo me dejé caer en la cama. Los laterales de la cuna estaban apoyados contra la pared. Era de color amarillo pálido, con conejitos en azul y rosa saltando entre los barrotes.

—¿Cómo voy a quedarme aquí si no me queréis?

Papá se aclaró la garganta y se puso en cuclillas delante de mí, con sus largos y huesudos dedos apoyados en los muslos.

—Pues claro que te queremos. Quítate eso de la cabeza. Eres nuestra hija, no lo olvides nunca. No entraba en nuestros planes tener un niño en casa...

—Tampoco en los míos.

—Sabes que no queremos perderte.

Yo moví la cabeza y él levantó una mano y me tocó la mejilla: un gesto tímido, poco frecuente.

—Te quedarás aquí todo el tiempo que quieras. Te lo prometo. Y tú, Helen, prométeme que no dejarás la música. Algún día volverás a bailar. Prométemelo.

Yo se lo prometí, aunque por dentro gritaba tan alto como para ensordecernos a todos. Quizá eras tú, que hacías tus ruidos de ballena muy dentro de mí. Me quedé sentada hasta mucho después de que mi padre saliera de la habitación para ir a su dormitorio. Conté los conejitos que hacían su interminable y alegre ronda saltarina por los laterales de la cuna. Oía a mi padre y a mi madre, consolándose uno a otro de alguna manera. ¿La ama él todavía?

Después salí para ver a los abuelos. Durante el camino pensé que no recordaba la última vez que fui allí con mi madre ni si la abuela había venido alguna vez a nuestra casa. Me pregunté si esa herida cicatrizará algún día, si a las personas les llega un tiempo en que es más fácil olvidar que sufrir. Pero lo que sabía bien era que yo no podría vivir ahora con la abuela. ¿Cómo iba a poder soportar sus silencios? Algún día intentaré penetrar en su mente y hablar con ella; después de todo, tenemos mucho en común. Quiero preguntarle por mi verdadero abuelo, el bailarín del club nocturno. Lo reservaré para el momento oportuno. No sé por qué nos resulta tan difícil a los jóvenes hablar con los viejos sobre las cosas que verdaderamente importan. Pero con la abuela es difícil hablar de cualquier cosa.

Cuando entré en su habitación se le iluminaron los ojos. Fue sólo un breve chispazo, que se borró después, para volver a caer en su apatía. Yo lo sé, abuela, conozco tu secreto. Me acerqué a ella y la abracé. Oía bien, con un agradable aroma a jabón.

—Tengo un regalo para ti —me dijo.

Era una toquilla para ti. El abuelo me dijo que había tenido que bajar todas las cajas del desván y que ella había pasado horas registrando el pasado para encontrarla. Tiene que haber sido de mi madre cuando era bebé. Quizá era suya, de la niña del cajón. La extendió para que yo la tocara. Después, en vez de dármela, se quedó con ella encima de las rodillas y la miró.

—Es bonita, abuela —dije. Otra vez se estaba escapando. Toqué su mano, seca y apergaminada.

—A lo mejor quiere lavarla antes de dártela —dijo el abuelo—. Es muy antigua. Entonces, ella le miró como si le viese salir de una nave espacial.

—¿Cómo voy a dársela antes de que nazca el niño? —le preguntó—. ¡Puede estar muerto!

¡Oh, no, pequeño Nadie! ¡Vive! Tienes que estar bien. Tienes que ser perfecto para mí.

No, ¿cómo íbamos a poder vivir en casa de la abuela? Quiero que puedas gritar a pleno pulmón cuando te dé la gana, sin que molestes a nadie. Quiero que los dos podamos gritar a pleno pulmón.

21 de septiembre

Querida Helen:

Sé que eres una mujercita independiente y que sabes bien lo que quieres. Te admiro por ello. Deseo que los planes que hagas para el futuro te resulten bien. Suceda lo que suceda, sobrevivirás: tienes cualidades para conseguirlo. Tú y tu hijo necesitaréis dinero, y me gustaría contribuir, hasta que Chris pueda hacerlo por sí mismo, aunque no quiero que ni él ni su padre lo sepan. Será una suma que ingresaré mensualmente en una cuenta para tu hijo, y espero que la aceptes. También espero que algún día me permitas conocer a mi nieto.

Joan

Tiene una letra horrible. Es como desenredar una maraña de lana negra. No puedo aceptarlo, pero me ha conmovido tanto como si alguien me arropase con una manta por la noche.

Sólo puedo concentrarme en ti, que golpeas y empujas dentro de mí todas estas semanas, mientras creces y engordas. Ahora te estás colocando para salir, la matrona me lo contó ayer. Pronto vas a enfrentarte a un viaje largo, oscuro y espantoso. No tengas miedo. Lo conseguiremos juntos.

Fue a mediados de septiembre, antes de ir a comprar los libros de la lista que me habían mandado de Newcastle. Lo pasé bien mirando en las librerías de viejo para estudiantes, comprando ejemplares manoseados, encuadernados en piel, de Milton, Shelley y otros poetas, simples nombres para mí, que habían pasado ya de mano en mano. Las páginas estaban subrayadas y tenían notas a lápiz en escrituras diferentes. De pronto me excitó la idea de unirme a la larga lista de estudiantes de otras épocas. Imaginé a los monjes encerrados en sus celdas, inclinados sobre sus manuscritos, y el crujido de las plumas en el pergamino. Compré un pequeño volumen en cuero rojo de un poema antiguo titulado *Beowulf*. Estaba escrito en anglosajón. No entendía ni una palabra.

Lo más sorprendente del mundo fue entrar aquella tarde en mi casa y ver allí a mi madre. No sabía qué decirle. Abrí la puerta y ya estaba a punto de subir la escalera cuando oí su voz en la cocina. Noté frío en el estómago, quizá por la impresión. Corrí escaleras arriba e intenté ordenar mis ideas antes de verla. La oía reír abajo, en la cocina. No podía entenderlo; no entendía por qué estaba en nuestra casa y no entendía por qué yo estaba tan turbado. No se me ocurría qué decirle. «Puede ser», supuse, «que esté pensando en volver a vivir con nosotros». ¿Quería yo eso? No, ahora no. Me sentí triste, frustrado y enfadado. Me dolía, pero era demasiado tarde. Cuando era un niño de diez años quería desesperadamente que mi madre volviese a casa. Si me hubiesen preguntado por qué, habría contestado que porque ella siempre tenía limpia a tiempo mi ropa de deporte, porque me llevaba en coche cuando llovía y no me

gritaba por sangrar por la nariz. Quizá habría dicho que así papá no se pasaría las horas, noche tras noche, sentado con la cabeza entre las manos. Que Guy no lloraría antes de dormir. Ahora era demasiado tarde. Nada volvería a ser igual.

No me entendía a mí mismo. Escribía cartas a mi madre y hablaba con ella por teléfono. E iba a verla en su casa cuando me apetecía. Pero no quería verla pelando cebollas en nuestra cocina, sentándose con los pies en alto en nuestro sofá para ver la tele, o saliendo en bata del cuarto de papá.

Me lavé, me puse un chándal limpio y bajé. Se oían voces, risas apagadas y cháchara, y todo quedó en silencio al entrar yo. Como si lo hubiera acallado al abrir la puerta. Estaba mi madre, con un aspecto fabuloso. También aquel colega suyo. Allí estaba papá, contando alguna historia de Guy y su telescopio. Yo miré a todos. También estaba Jill, al lado de papá. Se me había olvidado que era hermana de mi madre. Y Guy estaba subido a una silla, pendiente del gato.

—Hola —dije. Me sentí como un tonto, como un chico de seis años que se mete en una fiesta de adultos.

Don me ofreció una copa de una bebida espumosa que debía de ser champán. Algo horrible. Todos me miraban y bebí un sorbo.

—Y brindamos por... —dije. Cualquiera cosa para llenar aquel silencio.

—Nuestro divorcio —dijo mi madre.

—No comprendo —contesté.

—Pues claro que comprendes —dijo Guy, más serio que un búho, con los ojos brillantes y pálido como un muerto.

Pero no lo comprendía. No comprendía que aquellas palabras hicieran sonreír a todos, mirarme y esperar que yo les sonriera también, como si fuera el aguafiestas de la reunión, el tonto del barrio que nunca entiende un chiste. Yo no quería entrar en el juego: no conocía las reglas.

—Tu padre y yo vamos a divorciarnos —dijo mi madre.

—Vaya, es estupendo —dije secamente—. Yo pensaba que lo habíais hecho hace años.

—Por nuestro matrimonio. Brinda por eso, Christopher —Don me tendió la mano.

Pensé contestar que no me gustaba lo bastante para casarme con él, pero no tenía ganas de bromear. Además, nadie lo hubiera entendido.

—Yo creía que ya estabais casados —dije ignorando su mano—. ¿O sólo estabais entrenándoos?

—Don y yo hemos pensado largo y tendido acerca del matrimonio y lo que supone —dijo mi madre—. Y sabemos que estamos preparados para dar ese paso.

Miré a papá.

—Y yo creo que se complementan bien —dijo. Entonces entendí: se estaba librando de su recuerdo, la dejaba ir.

Levanté la copa y la apuré de un trago. Tuve que tragarme un eructo. Me sentía borracho, pero no como los demás: no se me escapaban risitas tontas ni repartía abrazos y todo eso. Les di la mano a todos, incluso a Guy, y me escapé al patio de atrás y estrellé la copa contra la pared.

Fue precioso ver aquel proyectil hacerse añicos; ver cómo las estrellas de cristal atrapaban la luz y se elevaban antes de caer.

Es extraño que podamos dejar durante años que otras personas sean responsables de nuestra forma de pensar, de lo que aprendemos, de cómo hablamos, y de pronto nos demos cuenta de que nos hemos salido de toda esa red protectora y somos libres.

Durante los días siguientes tuve ocasión de conocer a mi madre y a Don bastante bien. Se quedaron en un hotel de Derbyshire y yo fui unas cuantas veces en bicicleta y salí a pasear con ellos. Me sorprendió que él me gustara.

—Vamos, Christopher, llévanos a tus lugares favoritos —decía.

Disfruté haciéndolo. No los llevé al lugar donde quise subir aquella vez con Helen, ni a ninguno de nuestros rincones particulares. Si volvía a ellos, lo haría solo. Pero los llevé al alto de Burbage y nos sentamos en una gran roca, bajo el puente, de forma que podíamos ver el valle abajo, a la derecha, con sus colores cambiantes y los lomos borrosos de las ovejas a la luz de septiembre.

—Ahí pasé mi niñez, mamá —dije. No me importó que sonara rebuscado.

Estoy contento de haber pasado aquellos días con ella. Me gustaba mucho y quería llamarla mamá, no Joan. Los nombres son tan misteriosos.

Pero cuando me preguntó por mis planes de futuro, me callé como un muerto. Habían decidido mi futuro por mí.

—No he hablado con Helen desde finales de junio —dije.

—Lo suponía —contestó mi madre—. Pero ¿podrás olvidar todo eso?

—¡Cómo demonios voy a poder!

Quizá no vaya a Newcastle, le dije. Quizá me pierda en los caminos, con mi mochila, y vagabundee por el mundo. ¿Cuánto tendría que alejarme de Helen para no pensar en ella? Si la luz tarda menos de un segundo en dar la vuelta al planeta, ¿me vería ella desde el otro lado? ¿Cuánto tarda el sonido? Si yo estoy en Ayers Rock y susurro «Nell», ¿me oirá ella en sus sueños? Si no hubiera nada en el camino, ni motores, ni máquinas, ni risas, ni gritos, ni llantos, podría oirme. Europa, Africa, India, Japón, Australia. Si yo recorriese en bicicleta un país tras otro, gritando su nombre sin cesar, ¿me consolaría?

—El tiempo lo curará —dijo mi madre.

Algunos días después de que Don y mi madre volvieran al Norte, recibí una carta de Bryn. Era divertida, con dibujos, chistes y algunos poemas. Escribía mucho, varias

hojas, y terminaba pidiéndome que fuese a verla alguna vez, cuando ella estuviese en Leeds. «Te echo de menos», decía. Me dolió leerlo. Ahora sabía con certeza lo que ya suponía cuando estábamos en Francia y lo que ella me dio a entender cuando vino a verme aquel día. Recuerdo cómo me sentí después de ver a Ruthlyn y a Helen en la calle. Yo me paré en seco para que bajara de mis hombros. Después me metí las manos en los bolsillos y me dirigí a casa con la cabeza como un bombo. Ella y Tom me siguieron, uno a cada lado; Bryn tenía que correr para seguir nuestro paso, lo recuerdo, y yo intenté quitármela de encima como quien se quita una avispa molesta. Pero no era culpa suya. Me volví a decírselo, y ella se quedó mirándome con su cara sonriente y sorprendida. Por alguna razón que no entiendo, me incliné y la besé. Fue un beso de amigo y quería decir: «Lo siento, tú no tienes la culpa». Después fuimos a comprar patatas fritas y la acompañamos a la estación. Y por la manera de sonreírme al decirme adiós, podría asegurar que no solo no se sentía culpable, sino que por su parte éramos mucho más que amigos. Pero yo no le había escrito, ni sabía nada de ella. Pensaba que ya había pasado todo.

Le escribí una carta para decirle que me gustaba mucho, pero que creía que no debíamos volver a vernos. Sabía que le dolería, y no me sentí mejor por escribirle. Pero tenía que hacerlo y lo hice.

30 de septiembre

Querido Nadie:

Me siento rara esta noche. Es horrible. Me cuesta trabajo andar. Tú te has movido hacia abajo. Te has colocado, dice la matrona. Estás preparado y listo para la acción. Ojalá lo estuviera yo. Me siento más bien como si fuera a pasar dormida mucho, mucho tiempo. Dentro de unos días estarás aquí, si eres puntual.

Estoy como una bola. Ni me conozco estos días. Una vez, hace tiempo, había una chica, llamada Helen, que sabía bailar. Sabía incluso doblarse por la mitad. ¿Qué mitad? Después se convirtió en una oruga gorda, después en una crisálida, y entró en coma. Y una amable madrina llamada matrona fue a verla y dijo: «Cenicienta, irás a un hospital y saldrás de tu capullo». Pero lo más sorprendente es que no emergerá una mariposa, con sus alas temblorosas. Emergeremos tú y yo. Y lo más triste es que no habrá un apuesto príncipe. No habrá ningún príncipe.

Querría que todo hubiese pasado.

¡Dios mío, estoy tan harta!

El día anterior al fijado para ir a Newcastle me compré unos vaqueros nuevos. Los encontré extraños porque no tenían agujeros en las rodillas. Mi madre me había dado dinero para que me comprara un edredón, ¡qué ocurrencia! A mí no me preocupaba no tener edredón. Mientras miraba escaparates, vi algo de color azul pálido que me

recordó el vestido que llevaba Helen el último día que estuvimos bailando. Me vino a la memoria un poema del poeta irlandés Yeats, uno de los que Hippy Harrington nos leía. Lo sé de memoria. Tiene razón Hippy: la poesía debe aprenderse de memoria; así la haces, en cierto modo, tuya.

*Si yo tuviera telas bordadas de cielo,
Tejidas con oro, con plata y con luz,
Transparentes telas de un azul sereno.
De noche, de luces y de amaneceres,
A tus pies pondría todos mis tesoros.
Pero en mi pobreza, poseo tan sólo
Los sueños que ahora a tus pies extendo,
Pisa suavemente, que pisas mis sueños.*

Compré una postal y lo escribí. No necesitaba firmar. Después pasé por su calle, y las palabras del poema me golpeaban la cabeza como música. Sólo pensaba poder verla y decirle sencillamente adiós. No era cosa de llamar por teléfono otra vez y sufrir la humillación de que me colgaran sin dejarme hablar. Habían construido alrededor de Helen un muro protector, demasiado alto para saltar por encima y demasiado grueso para derribarlo. Era porque la querían y querían protegerla. Ahora lo entendía; pero era una curiosa forma de querer. Pasé por delante de la casa, mirando y sin mirar. Estaba tan pulcra como siempre. Tiene dinero esta familia. Es curioso, hasta ahora nunca había pensado en eso.

Odiaba aquel silencio. Era como un vendaje que me tapara la boca y los oídos.

Sin darme cuenta me encontré en la biblioteca donde trabaja el padre de Helen. Sonrió al verme y vino de puntillas, con las manos en la espalda.

—¿Qué tal vas con la guitarra?

Sabía que iba a preguntármelo.

—Bien —dije. Miré a la calle por la ventana. Después me volví hacia él, antes de que se fuera—. ¿Cómo está Helen, señor Garton?

Pareció un poco confuso. El señor Garton es amable, una de esas personas a las que no les gusta herir los sentimientos de nadie. Se devanaba los sesos para salir de aquel tema tabú que lo había pillado desprevenido.

—Está enorme —dijo—. Como una bola.

Yo tragué saliva.

—Me voy pasado mañana, señor Garton. ¿Quiere usted... quiere usted darle esto? —le alargué la tarjeta.

Fue como si hubiera sacado del bolsillo un caracol vivo, se lo hubiera puesto en la mano y él no supiera si pisarlo o guardarlo en el bolsillo, apartarlo de su vista o admirarlo por su rareza. De todas maneras, se la dejé. No le di la mano, como debería

haber hecho y como a él le habría gustado, probablemente. Se hubiera sentido mejor. Pero me parece que ya es bastante mayor para saber manejar caracoles.

30 de septiembre

Ayer limpié mi habitación y la preparé para ti. Saqué todos, mis libros y los animales de cristal y de porcelana que he coleccionado desde mi infancia, las máscaras de cerámica y los abanicos de las paredes, los lavé y les quité el polvo. También lavé todos mis pañuelos de gasa. Y quité las cortinas, las lavé y las puse en la cuerda para que se secaran. Mamá me ayudó a colgarlas. Y cuando volvió a la cocina, yo me quedé mirándolas. Eran como alas de pájaros agitándose en busca de libertad, y yo me sentía lo mismo: levantaba el vuelo con ellas. Entré en la cocina, y me senté a comer con mamá; estábamos las dos junto a la ventana y mirábamos aquellas enormes alas, sin decir nada. Pero no nos hallábamos distanciadas, mamá y yo, sabes. No estábamos cerradas una a la otra.

30 de septiembre

Hace unos minutos he sentido una fuerte contracción que ha partido de la base de mi columna vertebral, ha subido hacia arriba, se ha extendido por todo mi cuerpo y me ha paralizado. Ha sido como si se adueñara de mí, y cuando creía que iba a reventar, se ha apagado otra vez.

No estoy asustada. Sé muy bien lo que es.

Significa que ya llegas.

He hecho mi cama y he llevado a la puerta mi maleta preparada.

No voy a decírselo a mamá hasta que tenga otra contracción. Según la matrona, puede durar horas o incluso días. Quiero que tú y yo estemos preparados. Quiero que estemos tranquilos.

Vamos a respirar lentamente los dos. Me parece como si oyera latir tu corazón, muy dentro de mis venas.

Vuelve a venir. Cada vez más arriba. Una enorme ola blanca que sube, y yo me quedo debajo. No permitiré que me ahogue. No lo permitiré.

Sé que estás llegando.

Sin darme cuenta he gritado: «Mamá, mamá». Ella ha venido corriendo a mi cuarto, y yo he tratado de abrazarla. He sentido que algo fluía de mí. Ella me ha sujetado con los brazos hasta que ha llegado la siguiente contracción. La hemos aguantado juntas. Era como estar naciendo. He gritado y ella me ha apretado fuerte y ha sufrido conmigo.

Ahora ha bajado a llamar una ambulancia. No puedo dejar de temblar.

Papá estaba tocando el piano. Es su forma de afrontar cualquier situación. ¿Lo has oído? Es una canción de bienvenida. Pero de pronto he oído que mamá le gritaba, y él ha dejado de tocar. Ha subido a mi cuarto y se ha quedado a la puerta. Yo estaba

apoyada en la cama, esperando que llegara la matrona o la ambulancia o quien tenga que llegar primero. Al ver a papa he vuelto a temblar. Él se ha acercado a mí y ha sacado algo del bolsillo.

—Creo que debo darte esto ahora —ha dicho—. Es de Chris.

Cuando ha bajado nuevamente a su piano, lo he leído. He ido a la ventana y me he quedado allí de pie, mirando la luz de una farola. Era como oír la voz de Chris, que, un poco vacilante, leía aquellas palabras para mí. Al oír un ruido me he vuelto y he visto a Robbie en la puerta; parecía serio y tímido, un poco asustado.

Ha entrado silenciosamente como si me estuviera muriendo.

—He venido a ver si puedo ayudarte en algo —ha dicho. Si no me hubiese dolido tanto, habría sonreído. Pero de pronto me he advertido que podía ayudarme.

—Robbie —he dicho—, ¿quieres llevarle a Chris una cosa de mi parte?

Mientras él ha bajado a sacar del cobertizo la bici, mi Mercury, yo he preparado el paquete. Querido Nadie, ésta es la última carta que te escribo.

Octubre

Cogí el paquete y lo abrí en mi habitación. Era un montón de cartas. Todas empezaban igual.

Querido Nadie.

¿En eso me había convertido yo?

Me senté en la cama con una sensación de angustia y me puse a leerlas por orden. Me hicieron regresar a enero.

Cuando terminé de leerlas, me sentía como flotando en el espacio. Me faltaba el aire alrededor, sólo había neblina, frío y un enorme vacío. Bajé las escaleras. Papá y Jill veían una película en la televisión. Mi mochila estaba allí, empaquetada y lista para Newcastle, apoyada contra la pared. Era casi medianoche.

—El niño está a punto de nacer —dije, y me fui dejándolos con la boca abierta. Salí al patio. El aire me devolvió de golpe la vida.

Saqué la bicicleta del cobertizo, empujé la escalera de mano con gran estrépito y pasé por encima de un saco de patatas y de botes de pintura. Me tenía sin cuidado el alboroto que armaba.

Fui directamente al hospital, tan concentrado como si me arrastrase un imán. Nunca había llevado la bici tan deprisa. La tiré en unos matorrales y entré corriendo en el vestíbulo.

—¿Dónde está Helen? —pregunté a la mujer de recepción. Juro que no recordaba el apellido. Por fin me vino a la cabeza, y me dijeron el número de habitación. Corrí por un laberinto de pasillos que parecía hecho para camillas y mesitas rodantes. Llegué a una sala pequeña, me paré y me apoyé en la pared, sorbiendo aire de donde fuera. ¡Que esté bien! ¡Dios santo, que esté bien!

Abrí la puerta. Los padres de Helen estaban de pie junto a la cama. Cuando entré, se volvieron a mirarme. La habitación empezó a oscilar como el péndulo de un reloj. No podía moverme porque las piernas me pesaban. Un tapón en la garganta me cortaba la respiración.

El señor Garton retrocedió, y yo conseguí acercarme a la cama. Helen estaba sonriente. Pálida, cansada y sonriente.

—Chris —dijo—, mira.

Vi algo muy pequeño, con una cara enrojecida y arrugada, que dormía y respiraba, una presencia increíblemente silenciosa en la habitación.

Te escribo todo esto en mi cuarto de estudiante en Newcastle, Amy. Tu nombre significa amada o amiga, y lo elegimos nosotros. Esta es tu historia, y tú debes conocerla. Algún día, cuando pase mucho tiempo, la leerás y reunirás todas las piezas que contribuyeron a ponerla en marcha.

Espero conocerte algún día. Ahora sólo sé el principio de tu historia.

Cuando te vi en el hospital, tuve que confesarme que durante todos aquellos meses no había pensado una sola vez en ti. No eras nadie. Era en Helen en quien yo pensaba día y noche, noche y día. Quería estar con ella y abrazarla. Quería que todo volviera a ser como antes. Pero cuando por fin la vi, tú estabas allí. Me impresionó tu importancia, tu fragilidad. Me daba miedo cogerte en brazos, incluso tocarte. Intentaba mirarte y decir «es nuestra», pero no podía. Me sentí débil, quise esconderme de ti.

Helen tiene razón: no estoy preparado para ti ni para ella. No estoy todavía preparado para mí mismo.

Noviembre

Querido Chris

Creo que estoy exactamente donde quiero estar en este momento de mi vida. Pienso a menudo en ti, con amor, y espero que seas feliz.

Hoy ha venido a casa mi abuela. No le ha resultado fácil, estoy segura. Nos hemos sentado juntas en el salón: la abuela en una silla, mamá en la ventana, y yo en la sillita baja, con Amy. La abuela apenas ha hablado, pero qué se puede esperar. Sólo me miraba, balanceando la cabeza con ese aire triste tan suyo. Cuando he terminado con Amy y ya iba a acostarla, oliendo a leche y medio dormida, mamá ha venido y la ha cogido. La ha besado, como suele hacer, ha cruzado el salón y la ha puesto en los brazos de la abuela.

Como si pensase que Amy era el delicado hilo que pasa por una prenda remendando sus desgarros.

Este libro ha sido digitalizado desde su edición en papel para EPL. Si has pagado por él te han timado y si lo has bajado de alguna página en la que te saltan anuncios, no tiene nada que ver con epublibre. Si encuentras alguna errata, por favor visítanos y repórtala para que podamos seguir mejorando la edición. (Nota del editor digital)